TOMO XXI.— JUNIO DE 1946.—NUMERO 2



# ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

REVISTA TRIMESTRAL

REGISTRADA COMO CORRESPONDENCIA DE SEGUNDA CLASE. EN LA ADMINISTRACION DE CORREOS DE GUATEMALA, EL 16 DE ENERO DE 1930, BAJO EL NUMERO 8

AÑO XXI | GUATEMALA, C. A., JUNIO DE 1946 | TOMO XXI

OFICINAS:
3A. AVENIDA SUR, NUMERO 1
SUBSCRIPCION:
2 QUETZALES POR AÑO

NUMERO 2

J. FERNANDO JUAREZ MUÑOZ,
DIRECTOR

## SUMARIO

# SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA

FUNDADA EL 15 DE MAYO DE 1923

Y RECONOCIDA COMO ENTIDAD JURIDICA, POR ACUERDO GUBERNATIVO DE 20 DE AGOSTO DEL MISMO AÑO

## Junta directiva para el período de 25 de julio de 1945 a igual fecha de 1946

| | |
|---|---|
| Presidente .......... | Sinforoso Aguilar |
| Vicepresidente .......... | Profesor J. Joaquín Pardo |
| Vocal 1º .......... | Carlos Gándara Durán |
| Vocal 2º .......... | Lilly de Jongh Osborne |
| Vocal 3º .......... | Pedro Pérez Valenzuela |
| Primer secretario .......... | J. Fernando Juárez Muñoz |
| Segundo secretario .......... | Francisco Barnoya Gálvez |
| Tesorero .......... | David E. Sapper |
| Bibliotecario .......... | José Luis Reyes M. |

## Comisiones permanentes para el período de 25 de julio de 1945 a igual fecha de 1946

*Régimen interior:*
La Directiva.

*Publicaciones:*
J. Fernando Juárez Muñoz y Pedro Pérez Valenzuela.

*Geografía y levantamiento de mapas y planos:*
Pedro Zamora Castellanos y Félix Castellanos B.

*Estadística y censo:*
Rafael E. Monroy, Santiago W. Barberena y Francisco Barnoya Gálvez.

*Historia universal:*
José Matos, J. Joaquín Pardo y Roberto S. Chamberlain.

*Historia de Centroamérica:*
Sinforoso Aguilar, Rafael Piñol Batres y Carlos Gándara Durán.

*Indigenismo, etnografía y etnología:*
Antonio Goubaud Carrera, David Vela, Julio Roberto Herrera S., Lilly de Jongh Osborne, Ovidio Rodas Corzo y Jorge del Valle Matheu.

*Arqueología:*
David E. Sapper, Carlos L. Luna y Ricardo Castañeda Paganini.

*Ciencias naturales, agricultura y observaciones meteorológicas:*
Ezequiel Soza y Ulises Rojas.

*Geología y mineralogía:*
Ernesto Schaeffer, Bernardo Alvarado Tello y Carlos Enrique Azurdia.

*Conservación de monumentos arqueológicos:*
Roberto E. Smith, Federico Morales y Eduardo Mayora.

*Turismo, caminos y fotografía:*
Luis O. Sandoval y José C. Diaz Durán.

*Formación del Diccionario geográfico e histórico, bibliografía y bibliotecas:*
Lisandro Sandoval, J. Joaquín Pardo y Rafael Arévalo Martinez.

*Hacienda:*
Sinforoso Aguilar, J. Fernando Juárez Muñoz y Carlos F. Novella.

*Instrucción pública y conferencias:*
Jorge del Valle Matheu, Laura Rubio de Robles y Luis Martinez Mont.

NO. 5447-1150-4-47 TIPOGRAFIA NACIONAL. — GUATEMALA, C. A. IMPRESO NUMERO 2553

# Jesús Castillo

La Dirección

La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala tuvo el privilegio de contar en sus filas, desde muy al principio de su fundación, al Maestro ilustre, cuyo deceso reciente enluta al país entero, que fué el representativo del divino arte, en una línea distinta de la corriente o alta música, para dedicar su genio, su paciente investigación, entre los propios indígenas, para cazar el canto del indio, el melódico son de una música misteriosa, como misteriosa es esta pobre raza tan mal tratada y tan mal comprendida.



El maestro Castillo dedicó su saber y sus energías a desentrañar la escala musical de los aborígenes. Por los valles y las montañas, en atisbo del simplísimo "pito" del pastor, de la "chirimía", del criollo "caramillo", del "tun", en cuyos dos tonos encierra quién sabe cuánto embrujo; fuese el curioso artista, pescando aquí y allá las notas de una escala que parece incompleta, y que no obstante pudo servirles a los indios para expresar las glorias de su

raza, la marcialidad de sus ejércitos que iban al combate, la profunda religiosidad de sus ceremonias litúrgicas, y después, cuando perdieron su libertad, las tristezas de una esclavitud que perdura todavía...

La obra del maestro Castillo, la técnica de sus obras operáticas y folklóricas, han sido discutidas, por la tesis que llegó a establecer sobre la escala musical de los indios; pero sus críticos jamás pudieron presentar testimonios de sus contradicciones ni de sus temas opuestos, y la obra de Castillo ha quedado en pie, como una cosa netamente original, eminentemente mayoide, como un descubrimiento que lograra su paciencia de artista que "ha sentido" esa música, desde "allá en la entraña que no se guía por reglas ni principios" porque ella brota de un alma connaturalizada con lo nuestro, lo que somos, lo que no podemos dejar de ser: descendientes de aquellos mismos indios!

Casi es un lugar común decir que un muerto deja un vacío difícil de llenar pero en este caso, ¿con cuál artista, músico "importado" o nacido en casa, podríamos llenar el hueco que deja don Jesús Castillo? ¿En dónde está el artista que siga las huellas del autor de "Quiché Vinac"?

Para nosotros, sus compañeros de la Sociedad de Geografía e Historia, es una pérdida de verdad. Fué el único que representó, y ¡en qué forma!, esta rama del saber hecho sentimiento; fué el único que dió lustre y sabor a una investigación científica de la más bella expresión de las ternuras y sentimientos de nuestros indios; fué el único y muy ilustre músico que enorgullecía sus filas. Su nombre pasará a la historia como un símbolo.

No hallamos nada mejor para loar su memoria que reproducir el bellísimo artículo que el brillante poeta don Alberto Velázquez escribiera hace tiempo, cuando aún no se vislumbraba el fallecimiento de don Jesús. Hemos querido acudir a él por la sinceridad con que el autor hace el recorrido cariñoso a la obra del inolvidable maestro. Estamos seguros de que los lectores de "Anales" aprobarán nuestra conducta.

Dice el poeta Velázquez:

## Personalidad y obra de Jesús Castillo

Si existe lo que a través de la metáfora pudiera llamarse un "santoral artístico", Guatemala, que cuenta en literatura, poesía, pintura y escultura con recias imágenes de retablo, acopia en predios del folklore motivos en sazón para pretender que un día el continente canonice a Jesús Castillo. Los contornos de su personalidad han ido cobrando relieve y nimbo en el curso de una vida laboriosa, original y amable, a golpes de inquietud de minero lírico que, con atávico instinto y herramientas de inequívoca herencia, ha descubierto y trabajando un metal precioso qué incorporar al acervo de la tradición con que se aspira a nacionalizar la música en los países de la América Latina.

De esta singular figura guatemalense y de su expresión lírica voy a intentar una semblanza. A ver si no resulta demasiado atrevida la aventura de internarme en los campos de la música sin dejar en ellos las huellas del sofisma literario, riesgo que pudiera correr quien sólo lleva sandalias de lego y

báculo de devoción sin servidumbres. No tengo, en realidad, otro título para mi intento que el de esa devoción profana a que con elogio se refiere Camilo Mauclair en su "Religión de la música": eco puro de la emoción, ajeno al mundo de la técnica y jamás nacido a la existencia de la critica, que es como espejo ustorio que refleja la lumbre de los astros, devolviendo en éxtasis el rayo de los éxtasis. Esa susceptibilidad del espíritu para recibir los mensajes de quienes entran en el trance creador de la belleza, es todo el derecho que me asiste en este caso. Respáldame la autoridad de la admiración, y por lo tanto ya estoy situado por encima de la sonrisa de suficiencia de quienes, asumiendo posturas excluyentes, creen que de música sólo pueden tratar los profesionistas, ya sean músicos o críticos musicales. Declaro que la música española y la vernácula de mi país me han subyugado siempre de un modo particular hablando a lo más profundo de mi ser con voz de ángel ancestral. Y eso es todo, y es bastante.

Jesús Castillo, llamado a cumplir un elevado destino en arte, viene a la vida en la amena villa de San Juan Ostuncalco, departamento de Quezaltenango, durante el año 1877. Hace sesenta y dos años. Pero si le hemos de contemplar por el metabolismo del numen y por las glándulas del espíritu, bien podemos decir que Jesús Castillo no tiene edad o que es mucho más joven que ella. Es de esos seres que carecen de punto de referencia en el tiempo y que sólo tienen una madurez que se revela en su obra; siendo por lo demás risueño y ágil, de inteligencia dúctil y sensibilidad incólume, claro como agua de manantial y peregrino como todo lo que es a un mismo tiempo elemental y complicado. En esto de no tener edad ni dependencia cronológica con el calendario parécese a José Rodríguez Cerna, ese otro hierofante de la estética, que ha domado al potro del tiempo con espolines de risa y fusta de juventud.

La savia de su lirismo llega al maestro en quien me ocupo — y más tarde a su digno hermano Ricardo, autor a su vez de tan delicados y sugestivos poemas musicales— por la paterna rama. Su padre, don Gregorio Maximiliano Castillo, deudo de una familia numerosa y patriarcal, merecedora de análisis novelado, grávida de contenido humano como las de la Biblia, mancebo es cuya barba endrina y ensortijada antójase afín a la de José Asunción Silva, y músico, no de profesión sino de temperamento. Nervio fino, fibra sutil la suya, esencia de autenticidad apolínea, virtud legítima y pródiga como la del cenzontle y el guardabarranca. Su vida efímera — porque es un elegido de los dioses — se distribuye entre la tierra y el arte, dentro de un culto mellizo a la agricultura y a la música. Gozan sus manos del dominio de un número variado de instrumentos, y cuando allá en su rincón edénico de la costa del Tgüininhuitz no poda arbustos ni siembra semillas, arrancando estará notas al violín frente al magnífico crepúsculo; y así su vena de compositor deja ensayos felices de todos los géneros, y una composición suya, "La Diosa Venus", obtiene medalla de oro en la Exposición de París en 1889.

Considérese pues, si, nacido el padre bajo el signo de esa pánica inquietud, y viendo despuntar precozmente en el hijo idéntica vocación, va a poner obstáculos a su impulso, a estilo del progenitor burgués que sueña con el descendiente abogado o médico. La biografía de Jesús Castillo no ofrece la dra-

maticidad absurda de un anhelo vocacional contrariado. Tiene él la suerte de hallar en la comprensión del padre el estímulo simpático y la orientación inteligente que habrán de llevarlo de meta en meta, a través de pasajes estelares de su numen, a su cima de maestro, que es la cima de un hermoso destino.

Es un tierno adolescente herido ya por el venablo lírico cuando recibe el bautismo de la docencia musical en las primeras lecciones del maestro Francisco Morales, un violinista obscuro pero de grata recordación por aquellas tierras donde quedó el reguero de su memoria. Sométesele también a la instrucción indispensable porque ya estamos en la época en que el saber es pan y la cultura luz. Ven así aparecer un día los eucaliptos centenarios del Instituto nacional de varones de Occidente, la amable, luminosa y eterna sonrisa de Jesús Castillo, que aún no luce bozo ni habla con voz varonil. Nada tiene de extraño que allí se sepa distinguir como discípulo aprovechado quien trae del campo y la montaña el don constructivo de las aves y uno como sentido de la tierra que le va a servir más tarde de verdadero talismán. Llega al aula con una sabiduría infusa de flora, fauna y musicalidad nemorosa, que es la levadura con que va amasando su pan de autodidacto. Lo que sí parece raro es que llegue a ameritarse modelo en la conducta, quien como artista tiene dentro de sí el azufre de la curiosidad de la vida y el aguijón de la inquietud errante.

A los estudios del bachillerato corren paralelos los especiales de música, que son para él como solaz compensador, juego colmado de las únicas aguas que importan porque son piélago de ensueño, trampolín de disciplinas gratas y cristal donde se espeja el infinito. Su primer profesor de piano es oriundo de México y se llama Fernando Soria. Luego, halagado por el éxito fácil en el dominio del instrumento, prosigue sus disciplinas bajo austera dirección de don Alejandro Espinosa, a quien sucede muy pronto en el empeño de enseñarle, el notable pianista hijo suyo, grande y pequeño, europeo y nativo, hoy anciano y siempre niño, don Miguel Espinosa, a quien Dios guarde muchos años.

Un inefable mago de la música, de temperamento artístico descomunal, que se llama Rafael Guzmán — a quien veo con dolor que muy poco se recuerda y nombra ya al hacer el recuento de los valores musicales de nuestro país —y que pasó por sobre la cordillera del piano regando emocionantes armonías con una elegancia nazarena, es el amigo angélico de Jesús Castillo en los años de sed y de absorción de su juventud. A Rafael Guzmán toma por modelo para formar su escuela pianística; de él recibe la influencia de expresión y el "gusto" musical, de él la manera de ejecutar que en el correr del tiempo transmite a sus discípulos y es sello inconfundible de su enseñanza; porque conviene agregar que, cuando iba describiendo apenas el círculo de sus catorce años, Jesús Castillo apura la amarga prueba de la orfandad, quedando por algún tiempo bajo la tutela y protección de su tía paterna doña María Castillo de Barrientos y dedicándose muy pronto al magisterio del piano, sacerdocio que ha ejercido con amor y eficacia desde aquella época.

Es doña María excelente señora ama que posee un raro don comprensivo de las cosas. Cabe sus manos todo se edifica en salud y en bondad bajo un código de sabios principios. Durante los días de vacaciones llévase al so-

brino, que ya le procura tan justa ufanía y le hace concebir tan legítimas esperanzas, a su finca "La Providencia", en predios del Tgüininhuitz, de Costa Cuca. De esta suerte el futuro folklorista de Guatemala se está buena parte del año, durante muchos años sucesivos, en íntimo contacto con los indios *mames,* peones de labranza de la hacienda en quienes va estudiando gradual y empeñosamente las costumbres, la psicología y, de manera principal, la música y las danzas; música que por cierto ya había empezado a aprender y a amar de niño, allá en las anchurosas llanuras de Ostuncalco.

Más que *aprender* el muchacho había comenzado a *intuir* las características de la música precolombina. Otros han pasado celebrando con sonrisas y efímeros comentarios esas melodías que parecen inspiradas por un genio de la montaña. El es el primero que se detiene en elación muy suya y que se inclina con amor sobre el manantial para abrevar en las mieles del tesoro. Negar a Jesús Castillo su don de extasiado descubridor sería tanto como regatearle a Schliemann la paternidad de los tesoros de Troya. Henos aquí ante un caso singular de identificación de la música con el alma comprensiva que la absorbe. Ella envuelve un mensaje de eternidad y él es el destinatario de tal mensaje. ¿Se trata de un fenómeno de atavismo? Jesús Castillo tiene, mitad por mitad, sangre india y española; pero las han tenido a su vez en análogas dosis cuantos han sido incapaces, antes de él, de separar las esencias, a menudo amalgamadas, de la música que constituye la manifestación autóctona y de la que teniendo origen español o siendo de etimología criolla, que también la hay, ya lleva una influencia de la música de carácter étnico que se desenvuelve en las chirimías de las arcadias altenses. Es la intuición artística, es una especie de adivinación genial, de milagrosa certidumbre, la que va a obrar desde entonces en la discriminación de los elementos.

El primer paso serio que da aquel joven inquieto, en el sentido de hincar su pica en la veta musical indígena de Guatemala, es la "notación" que hace del "Baile de los toritos", poema vernáculo que se estila principalmente en las fincas de Costa Cuca. Realiza esa compilación el año 1896, a los 19 años; y con parte del material recogido compone su primer trabajo sobre música regional, llamado "Primera obertura indígena", obra ingenua, bastante deficiente, desde luego, en su forma y estructura, pero evidentemente genuina como muestra del folklore de carácter autóctono.

Mejorando paulatinamente la técnica estructural a medida que maduran sus facultades y que se le definen mejor matices e inflexiones, le vemos ir componiendo en el correr de los años otras oberturas, que ya llegan a 7 en una gama de evolución bien ostensible. Le vemos alternar con la recopilación de otros poemas regionales, como el "Baile de la conquista", el de "Los Venados", el de "La Culebra" y otros que hoy escapan a mi memoria, la creación de su "Primera Suite Indígena" y de su "Primera Suite Española".

Doble y meritísima labor esta de recopilar y de crear; de ser a un mismo tiempo folklorista y precursor de una música nacional. La recopilación hecha por épocas y por regiones hasta donde lo permiten las circunstancias, teniendo en cuenta el punto de vista musical intrínseco de las diversas formas armónicas, rítmicas y tonales de la música, que los caracteres psicoló-

gicos de las razas hermanas quiché y cakchiquel han permitido conservar en toda su pureza — aunque infortunadamente en filones reducidos —, al punto de que Castillo sabe distinguir la que es anterior y posterior a la Conquista, a pesar de que esta última no tiene, como pudiera creerse, sombra de mezcla con la música de los conquistadores ni está perturbada por sus influencias, es empresa que requiere, en caminos de perseverancia, un esfuerzo de progresiva erudición unido a la intuición artistica. Luego, la edificación de música propia sobre tan peregrinos cimientos arqueológicos, respetando la pureza de la línea melódica y sin que los temas se salgan del ambiente musical que les corresponde, revela en todo caso facultades demiúrgicas de excepción.

Los trabajos de Jesús Castillo permanecen ignorados del público metropolitano hasta marzo de 1915, en que el Presidente Estrada Cabrera, a quien han llegado noticias de ellos, hace venir a su presencia, para conocer obras del conterráneo, al grupo marimbístico de José Ovalle. Tanto por el resultado de ese concierto como por las referencias que por entonces hacen en los periódicos algunos dilectos escritores quezaltenses, el licenciado Virgilio Rodríguez Beteta, a la sazón director del "Diario de Centro América", envía a Jesús Castillo, dentro de cálida excitativa, una invitación formal para que se consagre a componer la música de una ópera indígena planeada por él bajo el título de "Quiché Vinak". Castillo acepta jubilosamente la propuesta y pone el numen a la obra. Esta es lenta en su gestación, que el maestro va realizando a través de personales vicisitudes. Por fin, el 25 de julio de 1924, en la celebración del IV centenario de la fundación de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, se representa la ópera, aún entonces inconclusa, en el teatro "Abril", siendo ésta la principal nota de arte de aquella memorable fiesta. La ópera "Quiché Vinak" queda definitivamente instrumentada y concluída el año 1925.

La ópera "Quiché Vinak", que consta de tres actos, es propiamente una tragedia musicada, en cuyo argumento Rodríguez Beteta dió unidad a todas las costumbres de la raza quiché. Dado lo precario de los materiales étnicos que van quedando como saldo de la música tradicional, hase conceptuado por los entendidos como un portento de imaginación creadora esta vasta fábrica musical, que constituye por eso mismo el más arduo esfuerzo del maestro. Hay en ella, naturalmente, elementos de genuinidad autóctona, otros, en mayor proporción, de colorido vernáculo, y por último, el paisaje de la obra está hecho de material criollo. Es una obra, por lo tanto, que no puede ostentar el sello de pureza original que hubiera tenido si hubiera sido compuesta en la época a que su asunto se refiere. Pero, con todo, Jesús Castillo dió en ella la talla desmesurada de su potencia artística, y sobre todo, la muestra más elocuente de su identificación con el alma de la raza quiché.

Si de la obra de nuestro ya célebre compatriota no poco se ha llegado a conocer y a aplaudir por públicos del exterior, en América y Europa, merced al expectante interés que sobre los acontecimientos artísticos mantienen las instituciones culturales, ninguna como "Quiché Vinak" ha bogado en las aguas de la popularidad y del renombre. Ora es la Unión Panamericana por medio de Mr. Franklin Adams, ora el Teatro Auditorium de Nueva York, ya el Liceo

de América en Madrid, bien la Sociedad Pro Arte Teatral Cubano de La Habana, y numerosas empresas radiográficas de los Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica y numerosos países de la América Latina las que, al solicitar las obras de Castillo, que colocan en un elevado nivel de apreciación, le recomiendan que no omita aunque sean trozos de la ópera que versa sobre el momento en que entre los reinos indígenas de Guatemala se vaticinó el advenimiento de los españoles. La Banda de la Marina y del Ejército de los Estados Unidos la dió a conocer en fragmentos en 62 ciudades europeas, y algunas de las más destacadas sinfónicas del gran país del Norte la han ejecutado en repetidas ocasiones.

En la actualidad nuestro compositor, que no conoce el reposo y que tiene la facultad de acometer simultáneamente trabajos de diverso género, dedica especial consagración y exquisito cuidado a los materiales de su ópera "Nicté", de factura moderna. Pero la obra vértice de Jesús Castillo es la última que va saliendo acabada de sus manos: el ballet "Guatema", espejo en que su madurez se complace en uno como doble narcisismo, pues se contemplan al mismo tiempo en esa superficie, que es la conciencia gozosa del artista, la esencia musical de una civilización de misterioso tramonto — la civilización maya — y el alma de quien ha hecho del hallazgo de esa música verdaderas vendimias de creación.

Tiene realizada, en efecto, una obra a estas alturas considerable, la cual consiste de dos *suites* indígenas, cuatro rapsodias, tres poemas sinfónicos, siete oberturas, una ópera, varios trabajos sueltos, una *suite* en miniatura y, como estudios más serios dos reconstrucciones y una sinopsis sobre música rigurosamente autóctona, relativa a cinco tipos musicales y sus correspondientes escalas, interesantísimo tema con que el maestro se propone obsequiar en no lejano día al público adicto a las especulaciones artísticas. En cuanto a las investigaciones de índole folklórica, Jesús Castillo, hombre como ya dije, sin edad, tiene "una sed de ilusiones infinita". — En el porvenir seguiré adelante con ellas, y moriré en mi ley — díjome la última vez que personalmente cambiamos impresiones. Y yo pensé que esta inquietud, como la de los buscadores de oro, debe de ser insaciable.

Bien sé, señores, que nada nuevo he venido a decir acerca de la personalidad y de la obra de Jesús Castillo, sobre todo para quienes me escuchan desde Guatemala. De lamentar es que el tiempo disponible para esta breve conferencia haya impuesto un carácter superficial a la misma; pues quedan muchas cosas significativas por decir, que decididamente no pueden tratarse reloj en mano. Declaro, para terminar, que nunca será bastante lo que aquí hagamos para honrar y enaltecer esta figura benemérica a la que tanto debemos. Hoy que ya sabemos que nuestra mayor importancia está en esas raíces que se hunden en la obscuridad de un pretérito inquietante y en esos sillares truncos en que palpitan los rastros de una civilización que tanto intriga a los sabios, consideremos que, al cumplir con tan trascendental destino artístico como es el suyo, y al hacernos herederos de una prehistoria musical y de una música de alta jerarquía que marca a Guatemala rumbos de nacionalización, Jesús Castillo ha prestado al país, desde los campos del folklore, un servicio

patriótico imponderable; servicio que cobra ingente significación y se vuelve continental hoy que un ideal febril mueve a los espíritus de América a la causa del americanismo a través de la tradición secular, y que los músicos han comprendido — al decir de Adolfo Salazar — que es dentro de la misma América donde sus musas tienen el refugio. En ese afán incontenible de simultaneidad panamericana se amerita altamente el apostolado de quienes han consagrado su vida toda a la reconstrucción de elementos que pueden servir de base a la formación de tipos nacionales. La cruzada es colectiva en América, y Jesús Castillo es el cruzado que ofrece Guatemala al sonar el clarín de las reconstrucciones: gracias a él, los que levantan ese valioso inventario del tesoro musical de América no nos encuentran con las manos vacías. A eso se debe que su persona se haya convertido en una entidad institucional y que no haya en el país, por ningún sector ni concepto, otro individuo que sostenga un radio tan vasto y tan activo de correspondencia con personalidades e instituciones de todos los demás países; servicio que por sí solo suele agobiar a nuestro modesto compatriota.

Presento en público las más rendidas excusas al maestro, si por acaso me escucha, por esta relación que le hará contraer el rictus con la sonrisa de quien se siente defraudado. Su obra reclama una exégesis que yo no podría nunca intentar: mi voluntad está para ello no sólo con una venda en los ojos, sino también atada de manos.

# La Medicina de los Indocubanos



Conferencia dictada por el doctor Héctor ZAYAS BAZAN y PERDOMO en el seno de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, en la sesión solemne el 23 de mayo de 1946

Honorable señor Presidente:

Señoras y señores:

Agradezco sinceramente el honor que me ha conferido la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, al hacerme uno de sus miembros extranjeros.

Este título representa un honor y un estímulo. Honor por la institución de que procede. Por haber adquirido las disciplinas geográfico-históricas un gran auge en este país. Estímulo, porque a todos los aficionados que invertimos parte de nuestro tiempo en su cultivo, se nos recompensa con largueza.

La historia muchas veces postergada, es el retablo de los soñadores e idealistas. De aquellos que sacrifican tiempo, dinero y paciencia para penetrar en sus misterios. Frente al duro batallar de la vida, ella significa un remanso, un recodo plácido en el áspero camino, rinconcito para la meditación y el ensueño.

Nuestros países tienen un devoto y rico acervo cultural. Es deber de las clases intelectuales, cultivarle y conservarle Conservar la tradición de un pueblo es conservar con sanidad, su cuerpo y su espíritu. Por fortuna observamos que una corriente en este sentido se desarrolla en nuestros pueblos. Y, uno de sus exponentes más brillantes, es precisamente la labor cultural que realiza esta academia. Su loable esfuerzo, al través de su larga y meritoria vida, han atraído las miradas de otros países que han aplaudido su labor; ha hecho robustecer el vínculo que a ellos le uniera y le ha proporcionado estrechas relaciones con todos los amigos de la civilización y de la ciencia.

Las páginas de sus Anales, como abundante fuente, logran apagar la sed de saber innato de los que cultivan esta ciencia y recibir así de manos de la instrucción, la corona inmarcesible de la verdadera gloria, de las glorias destinadas a la emancipación del espíritu humano. Y, así como los atenienses en los tiempos gloriosos de Pericles elevaron sobre la roca del Acrópolis a la Diosa de la sabiduría una imagen de oro y de marfil que fué y es fiel exponente por el ideal del arte que representa, también aquí, en esta cima, cinturón de América, tierra que una vez vista, prendida al alma nos queda con garfios de oro, podemos decir: que hemos visto a Minerva, simbolizando así, la ingente labor que por estas alturas se realiza, por la eternidad del arte, de las letras y de las ciencias.

Vivo ejemplo de esto último, es la acertada disposición enunciada en los Anales de esta corporación, correspondiente al número tres de septiembre del año pasado, creando la comisión de indigenismo en consonancia con los acuerdos producidos en el Congreso de Pátzcuaro en México. Velando así por la nacionalidad homogénea, por los medios de cultura y desarrollo económico para incorporar así a la raza indígena al impulso que demanda la nueva Guatemala, la moderna civilización.

Permitidme además agradeceros de igual manera vuestra bondad al aceptar este trabajo de ingreso, que no tiene otros méritos que la devoción a la verdad histórica con que ha sido hecho, necesario a su vez, si aspira a despertar el interés de esta institución, fiel reflejo de honda y serena tradición científica, característica típica en los de su clase, como es el de esta Academia de Geografía e Historia de Guatemala.

El tema que he de tratar: *"La medicina de los indocubanos"*, ha de interesar históricamente y como elemento en la vida psíquica de los pueblos, al tratarse de sociedades que pertenecen a la categoría de incultas.

Así, el estudio de las prácticas médicas de nuestros indios ha de referirse ligeramente a las de los siboneyes y especialmente a las de los taínos que vivieron en Cuba; cuya rápida extinción de unos y de otros, por la crueldad de la colonización, que fué un hecho cierto a todas luces, nos privó de tener un mejor conocimiento de esta pobre raza.

*Los inidos de Cuba.—Su origen*

Los tiempos prehistóricos nos hablan por los hallazgos de huesos humanos fósiles y por los restos de mamíferos ya extinguidos de una época en que probablemente Cuba y las demás Antillas formaban parte del Continente Americano y se encontraban habitadas.

Para la historia los pobladores de Cuba vinieron en una edad no muy remota, aunque la fecha de su establecimiento no ha podido determinarse, variados grupos sociales fijaron su residencia en la isla y con la natural evolución, dieron origen a los distintos períodos que se conocen por sus caracteres etnológicos, por sus costumbres, por su lenguaje y por todo lo que constituye un estado de progreso.

Sorprendida violentamente por el descubrimiento y luego por la conquista, la cultura milenaria que se extendía desde el estrecho de Behring hasta la Tierra del Fuego, fueron destruidas todas sus expresiones en el arte y la ciencia, convirtiendo al inmenso continente en muda tumba de razas. Cúpole al aborigen cubano ser el primero en sufrir al europeo invasor que le privaría de su amada libertad, en la variada gama de los requerimientos, las encomiendas y la llamada experiencia; cosas que jamás aceptó el indocubano.

Los indios de la mayor de las Antillas en los días de la conquista tenían una cultura muy inferior, a la que importaron los dominadores; y estos primitivos habitantes vivieron en la esplendidez de una hermosa naturaleza en un espacio de tiempo amplísimo, que abarca desde sus orígenes hasta su total extinción por los conquistadores.

Los primeros aborígenes supónese provenían del continente; producto de tribus atrasadas que huían acosadas por otras más fuertes, y desplazadas así, se extendieron por todas las Antillas tanto menores como mayores. Supónese pues, que la primitiva población insular debióse a continuadas emigraciones de la Florida, en tiempos antiquísimos, en verdadero período formativo de la civilización que alcanzaron las tribus del norte del continente americano.

La arqueología cubana nos enseña que existieron grupos aborígenes de distintas culturas, considerando sólo datos incidentales y pequeñas referencias a la supervivencia de algunos de estos grupos; ya que el colonizador español con quien tuvo relaciones estables fué con el indio agrícola que denominamos taíno.

*El indio ante el descubrimiento*

Cristóbal Colón hace formal presentación de los indocubanos ante la historia, ya que en sus dos primeros viajes a las Indias, toca como es conocido en la costa norte y sur de la Isla de Cuba.

A los primeros rayos de la aurora del 12 de octubre de 1492, apareció ante la asombrada tripulación de las naves de Colón, la primera tierra americana, la isla de Guanajaní o Guanahaní, que llamaron San Salvador, saltando de sus bajeles el almirante, tomó con cuerpo y ánimo posesión de ella, a nombre de sus majestades católicas; regándola con lágrimas de júbilo (Historia de Cuba de Urrutia, página 45), en posteriores días reconoció las islas que denominó Concepción, Fernandina e Isabela, situadas en los cayos y poco distantes de la primera tierra descubierta.

En estas últimas islas obtuvo información de una tierra cuya riqueza y magnitud le ponderaron en grado sumo. A ella se dirigió el almirante, descubriéndola el 27 de octubre de 1942, no desembarcando sino hasta el otro día, fondeando en la desembocadura del poético río, que denominó San Salvador, en acción de gracias al supremo hacedor (pág. 70 de la obra de Urrutia).

En efecto, grande emoción debe haber causado al almirante el contemplar frondosos y variados árboles y esbeltas palmeras, que daban sombra a sus puras y cristalinas aguas, siendo el conjunto del paisaje tan hermoso, cual si la providencia se hubiera complacido en cubrir de gala la ribera, para recibir al genio; todo aquello era un edén, accidentado en partes, plano en otras, en todas la exuberante vegetación florida, que embalsamaba el aire, a la vez que aumentaba su encanto el trino de las bellas y desconocidas aves de brillante plumaje, de variadísimos matices, que ora volaban, ora se posaban en las frondosas copas de los árboles.

Ese paraíso al que llegó Colón con indios de la isla de Guanajaní, según refiere el historiador Valdés (pag. 28 de su Historia de Cuba) y que en la tarde del día 29 de octubre manda a reconocer, mediante embajada de indios lucayos y dos españoles, Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, con encargo de saludar al soberano de la región, era Cuba, ¡eslabón de tierra de la América inmortal!, ¡la tierra más hermosa que ojos humanos han visto!, a la que como sucesores, directos herederos de aquellos primitivos pobladores, amamos sus tradiciones, que las consideramos nuestras, con afán las desentrañamos y al procurar conocerlas, sirvenos ello de vivo interés e íntima satisfacción.

No experimentamos los cubanos, la íntima complacencia vuestra ante una palabra indígena, para vosotros es vivencia, el agradable colorido por la presencia del indígena; para nosotros evocación, recuerdo . Cada nombre de la vieja raza extinguida en la topografía de nuestra patria, producenos alegría, al escuchar el sonido melodioso del léxico aborigen, es música y evocación de una antigua raza, que se caracterizaba por su dulzura y a la que no podía animar otra energía, que la que alienta a las almas tiernas y generosas, capaz de desarrollar sólo sentimientos de amor y benevolencia; así, nos explicamos señores, que fuera esta raza, a pesar de los prejuicios de la colonización, la que animara en aquel humilde sacerdote, la emancipación de los indios, ante el carácter absorbente y demoledor del conquistador. Fueron estos nobles sentimientos de los indocubanos, los que convirtieron al padre Las Casas, en el apóstol de las libertades de los indios, germen de todas las protestas, origen de la esplendorosa libertad de la América.

Amor y dulzura, engendro de libertad por cualidades temperamentales de la raza aborigen, suicidio colectivo, valor en la defensa del suelo americano, rayano en el sacrificio; cual fué la muerte del heroico cacique Hatuey, a manos de las huestes conquistadoras, en rojiza hoguera; fueron estas, bases en que descansó la lucha por defender los sagrados derechos de libertad, que le legaron sus antepasados a la raza aborigen.

De este trágico pasaje de la conquista, nos llega de Herrera, viejo cronista de la época, en su "Historia de las Indias", la supuesta alocución de Hatuey a sus súbditos a la vista de las naves españolas que habían partido de Salvatierra, con Velásquez a su frente:

> "Hélos allí, los creímos venidos del cielo a librarnos de la ponzoña del caribe y de la muerte, más perversos y crueles que el caribe mismo. Abusando de nuestra simplicidad y prevalidos de la fuerza pretenden tener derecho a nuestra tierra y a nuestra libertad, porque un hombre a quien ellos llaman Papa ha dado posesión a otro hombre muy poderoso que llaman su Rey y Señor. Dícennos que estos tiranos adoran a un Dios de paz e igualdad y nos usurpan nuestra tierra y nos hacen sus esclavos; háblannos del alma inmortal y de los premios y castigos eternos y nos roban nuestras cosechas, seducen nuestras mujeres, violan nuestras hijas. Incapaces de probar sus fuerzas con nuestro valor, se cubren cobardes con esas armaduras de hierro que no pueden romper nuestras macanas; dudosos aún de su ventaja, usan del rayo que nos hiere desde donde no puede alcanzar la punta de nuestras flechas y montados en esas fieras las manejan cual si fueran guaminiquinajes, más para huir de nuestra saña que para correr a probar pujanza a nuestro brazo. Pero ellos son pocos y nosotros muchos; ellos combaten en tierra extraña y nosotros en la nuestra propia; ellos invocan un Dios sediento de sangre y de oro y nosotros tenemos de nuestra parte un Dios justo y sabio. Los caciques vecinos vendrán en nuestro auxilio, las breñas cortarán el vuelo a sus caballos, el tronco de la ceiba será nuestro escudo, contra el rayo escondido y nuestros Cemís harán trizas sus coronas.

El oro vil que se esconde en las entrañas de nuestra tierra: éste es su señor, a éste sirven, tras éste solo andan: vedle aquí.

Ahora conviene que arrojemos a lo hondo del río a ese Dios por quien tanto daño nos hacen los cristianos; porque en ninguna parte que lo guardemos, aunque fuese en nuestras entrañas, no estaríamos seguros de que esos caribes no nos sacasen con la vida; así no sabrán en dónde está y dejarán tranquila nuestra tierra".

Meses más tarde, cayó Hatuey en poder de Velásquez y sentenciólo a morir en la hoguera. El padre Las Casas que presenció el suplicio del valeroso cacique describe la ejecución, diciendo:

"Atado a un palo, decíale un religioso franciscano:

—¡Arrepiéntete y jura el cristianismo!

—Para qué — le replicó el indio.

—Para que vayas al cielo, donde van los buenos.

—¿Y al cielo van los cristianos? — interrogó el cacique.

—Los buenos sí — contestó el sacerdote.

—Entonces no quiero ir al cielo, para no ver jamás a ningún cristiano", —dijo con energía y profundo rencor el primer mártir de las libertades cubanas.

*Características de los siboneyes*

Fueron éstos, en un tiempo los primeros pobladores de Cuba, luego mucho tiempo después los invasores taínos y por último, los conquistadores españoles.

La antigua historia de los siboneyes, está amparada por las edades anteriores al descubrimiento. Sus costumbres, nos dice el señor Cosculluela, en su interesante trabajo, titulado "Nuestro pasado siboney", son desconocidas por falta de trabajo analítico; el idioma desaparecido totalmente; la religión mal interpretada por los cronistas poco escrupulosos; la organización social ignorada por completo, son todos ellos factores carenciales, en la constitución de la sociedad indígena de la época de la conquista, que impiden dar unidad a su historia.

Pichardo Moya, en su interesante trabajo, "Los indios de Cuba en sus tiempos históricos", nos dice: "que el indio era un incidente en la conquista y no un elemento de la sociedad que se historiaba; siendo así que al describirlos los historiadores seguían a los primitivos cronistas de Indias, cuando algunos de ellos podían haber conocido sus últimas comunidades y documentarse de primera mano, tradicional y arqueológicamente". Y, el mismo autor en su trabajo: "Caverna, costa y meseta", nos dice: "que los documentos contemporáneos llaman cayos — muy posiblemente a lo que nosotros hemos llamado siboneyes — cuyo carácter agrícola es muy dudoso, no hablándose de ranchos alzados cuando se refieren a ellos y sí de indios que surgen de isletas circundantes y apartados despoblados de la región".

Para el padre Las Casas, siboney, era aquel de cultura arcaica, "reconocible por los hallazgos de útiles e implementos en cuevas y abrigos rocosos", siendo ésta la expresión más acertada de los primitivos ocupantes del suelo cubano.

En las colecciones de variados objetos usados por los indígenas de Cuba, puede observarse un conjunto primitivo paleolítico de útiles de piedra, conchas, huesos, maderas y ausencia total del pulimento y tallado.

Todo esto nos hace suponer, que los siboneyes habían perdido antes de la conquista castellana, su territorio y hasta el nombre como veremos del análisis etimológico que demuestra que siboney es palabra taína.

Briton nos dice de la palabra siboney, que la misma es de origen aruaca, descomponiéndola en la raíz *siba,* que significa roca y en el sustantivo *eyeri,* que quiere decir hombre, esta expresión como vemos, resulta muy acertada para que los taínos en su invasión a Cuba, llamaran a sus habitantes "hombres de la roca"; es de apuntar también como fundamental, la diferencia entre una raza y la otra, la falta de deformación craneana en el siboney.

Cosculluela en el trabajo ya citado, nos enumera los objetos que componían el ajuar siboney, tales como el raspador o gubia, construido en la concha del caracol del "Strombus gigas" u otro grande análogo, la vasija formada por el propio caracol; percutidores de y morteros de piedra, hechos de roca dura; piedras de pedernal grandes y chicas, muy numerosas, hachas de conchas y algunas de piedras, pedazos grandes y chicos de rocas duras, que sirvieron para pulverizar y reducir los hematites que usaban para la pintura corporal, como pendientes y cuentas de conchas.

Y, por último, a manera de referencia en el tiempo, fijaremos dos épocas aproximadamente de la vivencia de los siboneyes en territorio cubano; la una, desde su ubicación en Cuba, en que aparecen como únicos dueños de la tierra hasta la invasión taína. Y, la segunda, desde la ocupación taína en el cual comparten el suelo y por tanto el dominio de la tierra, hasta que van siendo desplazados por el incremento de las tribus taínas, primero en el oriente y luego paulatinamente hacia el occidente, donde son localizados en la época de la conquista y en los cayos circundantes de la Isla de Cuba.

*La raza taína*

Los aruacas procedían de Sudamérica y los primeros historiadores de Indias: Oviedo, Pezuela y Las Casas, nos decían que etimológicamente en lengua aruaca, *taíno* significa persona noble, gente elevada.

En su primer viaje Colón tuvo contacto con los indios del norte y del extremo este de la actual provincia de Oriente, con seguridad que correspondían éstos a la raza taína y fueron taínos los indocubanos agrícolas con los cuales tuvo en realidad mayor contacto el colonizador español.

La organización de los taínos era sencilla, estaban agrupados en comunidades que recibían el nombre de cacicados, siendo soberano del mismo el cacique o jefe superior y al segundo en categoría se le denominaba *nitaino:* el poder era hereditario. Pedro Mártir de Anglería al referirse a la forma monárquica del gobierno aruaca en la Perla de las Antillas, decía: "que estaba templada con tanta bondad y piadosa moralidad que era desconocida la soberbia". El taíno amaba entrañablemente a sus príncipes y les profesaba profundísimo respeto, no privándole ello de llaneza en el trato y gran confianza en todos los actos en que intervenían unos y otros.

El idioma aruaca era vistoso y en los nombres de las divisiones políticas del territorio impuestas por los taínos, observamos por las parciales incorporaciones silábicas, que la naturaleza ocupaba la mayor representación, junto a sus deidades, mitos y leyendas que enmarcaba su politeísmo. Así, el cacicado de Bayaquitirí, por ejemplo, significaba: Padre de toda la tierra y en las cercanías de Baracoa (Padre nacido de la tierra) en torno a las lomas Toeya, que significa en lengua aruaca, tierra en forma de senos, existió el cacicado de Maguana, y, efectivamente las lomas aludidas tienen la forma de los órganos lácteos femeninos.

La jerarquía aborigen cubana, comprendía cuatro clases o castas: la de los caciques, que gobernaban o mandaban, señor absoluto del reinado, la de los nitaínos o jefes subalternos, la de los Beiques o Behiques o sacerdotes, y por último la de los taínos o clase noble en donde se distinguían los ancianos o anabó y los trabajadores agrícolas llamados anaborias.

Los indocubanos adoraban el sol y rendían tributos a ídolos que denominaban Zemíes, éstos eran la expresión material de un poder divino y omnipotente, siendo objeto de adoración en los caneyes sagrados en los boios o bohios de los aruacas y en cuevas dedicadas al rito por las tribus siboneyes; su fabricación no era voluntaria y el material, ya roca o madera, previamente aparecía rodeado de una aureola de milagro, condicional precisa para la talla o labrado de la imagen sagrada. No practicaron la zoolatría, comprobada por la ausencia de representación en los descubrimientos arqueológicos; adoptando siempre la talla, formas humanas.

El beique o sacerdote, como todo personaje que enmarca este carácter en toda sociedad primitiva, era influyente y principal en las cortes taínas de la Isla de Cuba. Así vemos, que cuando el cacique de un estado quería de su Zemí felicidad para su pueblo, se embriagaba en compañía de su beique con cojioba (polvo de tabaco) que absorbían por medio de un tubo, que aplicaban a la nariz y que denominaban calimete; a la terminación del sopor que le proporcionaba la intoxicación sufrida por el tabaco, deduciendo por las visiones buenas o malas de la embriaguez la fórmula que más convenía a los fines del mejor gobierno para su tribu. Al Dios del mal le llamaban Mabuya, al Paraíso, Coyaba y a la divinidad suprema Atabeira.

*Las ideas religiosas: su influencia en la medicina*

No fueron los indocubanos, ni los indios más civilizados de la América: aztecas, mayas e incas, inferiores ni diferentes en la práctica del culto religioso y médico a la de los primeros pueblos primitivos que nos ha legado la historia.

Enrique Paz Soldán, en su magnífico ensayo sobre "Medicina aborigen peruana", compara y así lo expresa en su trabajo al decir: que sin comparación no puede haber ciencia, ni perspectiva, ni clasificación, ni conocimiento alguno; los imperios orientales primitivos y bárbaros, en particular el Egipto faraónico y la China arcaica, que se presentan como arquetipos genuinos y fraternales, por espontánea coincidencia, con el imperio incaico.

Así vemos, al politeísmo de la antigua India Oriental, que de la primera religión en que adoraban las fuerzas de la naturaleza se transforma con el tiempo para admitir una serie de dioses con poderes y aspectos distintos, como Brahma, Vichnú, Siva y Parwati, esposa de este último que presidía los partos y toda clase de operaciones mágicas que tendían a poner al hombre en relación con los dioses.

Entre los medas y persas, sabemos por el libro sagrado Avesta y su interpretación el Zend, obras ambas del reformador Zoroastro, que desde la creación del mundo, reinaba un principio bueno Ormuz y otro malo Ariman, colocando una corte de genios buenos y bienhechores encarnación de las facultades soberanas de Ormuz y a manera de corte de Ariman a los genios de las tinieblas y de las maldades; en la interpretación de su práctica médica, los genios malos enviaban las enfermedades al género humano. Y en el Vendidad, libro de las leyes del Zend-Avesta, existían tres clases de médicos, unos que curaban mediante el cuchillo, otros con plantas y otros valiéndose de la palabra divina. Consideraban, asimismo, las plantas medicinales como obra de Ormuz, dones de su bondad, mientras que las plantas venenosas se creían obra de Ariman.

En el Egipto, encontramos asimismo, muchas divinidades de su mitología que guardan estrecha relación con la medicina y la farmacia, tales como Osiris, Isis, Horus y Set, aunque ninguna tan interesante como Duhit o Thot, representación análoga al Hermes de los griegos o al Mercurio de los latinos.

Igual o análogo proceder encontramos en los otros pueblos de la antigüedad, en los cuales los sacerdotes representaban el poder intermediario entre la divinidad y el hombre, concepto este constante en las sociedades primitivas.

Si la medicina de un pueblo, da la medida de su capacidad cerebral, la medicina de un siglo, nos enseña su desarrollo intelectual — dijo con muy buen acierto L. Barbillón —; y, es así, señoras y señores, que podréis apreciar, por la medicina de los indocubanos, muy lejos de toda práctica científica, que sus posibilidades no le permitieron el estado de los mismos en la hora del descubrimiento.

*Las ideas religiosas: Su influencia en la medicina de los indocubanos: el behique y el boito*

El cronista de los tiempos coloniales, Rafinesque, interesante y romántico en la descripción que realiza de los tiempos históricos de los aborígenes de Cuba, sitúa la embajada que del Este llegó, como misionera que en santa cruzada introdujo la civilización y la enseñanza al principio de la existencia de los indocubanos, o séase en la época en que comenzaron a vivir, cuando se encontraban en la mayor ignorancia.

Esta leyenda reconstruida elegantemente por el citado cronista, expone: que tres ancianos o boitos organizaron el pueblo.

Correspondiéndole a Boito I introducir el cultivo del campo y enseñar los métodos de la fabricación del cazabe. Agrupó la población en castas o cla-

ses denominadas: taínos o nobles, behiques o sacerdotes y anaborias o trabajadores. Fundó el culto, estableció fiestas sagradas y declaró el uso de la tierra en común como la libertad de la luz y la utilización del agua.

Boito II o Buchú-itihu (anciano eminente) enseñó el uso del algodón y las yerbas sagradas *gueyo* y *zoquen* e introdujo la práctica médica.

Y Boito III o Baio-habao (mar lira) fué el encargado de enseñar y cultivar la música siendo con seguridad el inventor del bao, instrumento de tres cuerdas, que les proporcionó los armoniosos acordes de la música instrumental, con temas proporcionados por la influencia de la diosa de la poesía, Anamayuna, y en el que intervendrían como natural motivo, propios de los tiempos legendarios e históricos de toda sociedad primitiva, los de carácter guerrero, amparados en este caso por el dios de la guerra, Braidona, denominado así por los indocubanos.

Los Boitos han sido designados también bohiques, behiques o beiques, aunque esta última designación excluyendo la consonante muda "h", parece ser la que utilizaban los taínos, ya que ellos no usaban las consonantes mudas, igual ocurre con la palabra bohio o boio. Es indudable que el calificativo behique o Boito, ya en su práctica como médico o sacerdote, tuviera su origen en esta trinidad conservada por la tradición.

Por la índole de este trabajo, es Buchú-itihu el anciano eminente, el que nos interesa conocer para saber sus prácticas médicas y los medios de que se valía para procurar llevar el alivio y la paz espiritual a aquellos enfermos, integrantes de la sociedad primitiva que habitaban el suelo cubano; y, que por ser primitiva como la de todos los pueblos primitivos según hemos tenido oportunidad de observar, estaba íntimamente ligada a las prácticas y ritos religiosos. Creían los indios que las enfermedades eran manifestaciones de la cólera divina de determinado dios, castigo motivado por falta de determinada práctica o faltas cometidas que los enfermos trataban de expiar con arrepentimiento y sacrificios diversos.

Si la práctica médica y el uso del botamen indígena con fines a su utilización terapéutica, adquiere interés científicohistórico, no menos importancia adquiere el estudio de las relaciones entre su medicina y las ideas religiosas de los aborígenes de Cuba.

Es cosa definida que la medicina ejercíala el boito, médico en cuyas prácticas intervenían las creencias religiosas.

Corriente es, el confundir la personalidad del behique o bohique sacerdote con la del boito, médico. Los historiadores de Indias están de acuerdo en esto, y por nuestra parte no tememos en dejar sentado este concepto, por el análisis histórico y la lógica que él desprende. Es cierto que el boito médico se hallaba investido de la autoridad sacerdotal, pero también es indudable que en ellos era secundaria y casi de invocación en la cura de los enfermos. En estas condiciones, partiendo de la base de que eran profanos, se admite que el pueblo se atreviera a castigarlos, cuando no obtenían los resultados apetecidos en la curación de los enfermos, pues no podemos admitir que en esas sociedades primitivas, los sacerdotes pudieran ser juzgados por el pueblo que era esclavo de su voluntad; mas es lógico suponer que las

represalias de que nos habla la historia, tomadas en las personas de los boitos, fuera posible por ser los mismos de menor categoría, en más íntimo contacto con el enfermo y que por tanto recayera sobre ellos la cólera de los familiares; pero nunca sobre sus sacerdotes o behiques o consultores superiores.

El misterio que procuraban investir a todo lo que los rodeaba, era sin duda la causa de sus alucinaciones, motivo este, por el cual les lucía que oían hablar a los árboles; interpretación en este caso de un Zemi; su temor a las sombras de la noche, por pensar que las tinieblas eran propicias a los difuntos y aprovechaban así la oscuridad para comunicarse con los vivos. Deniker, en sus razas étnicas, nos cuenta que, "los seres incultos se pasan la existencia acomodándose, o en lucha perpetua con los espíritus, considerando que al lado de los espíritus perversos existen otros verdaderamente protectores que defienden a los humanos de sus contratiempos.

Rara vez el hombre primitivo busca a los espíritus para combatirlos, prefiere valerse de otros medios, por ejemplo de oraciones, ofrendas, sacrificios y nuestros indocubanos como hemos visto, crearon sus Zemíes, como amparo a sus temores y supersticiones, apareciendo como fiel intérprete del mismo el behique, gran fingidor, que hacía creer que recibía inspiraciones divinas.

Fué la sugestión el medio poderoso con seguridad empleado, hecho demostrable por su práctica médica, sus creencias y por el firme convencimiento que tenían los enfermos del aserto anterior, al considerar al boito, capaz de extraerle y quitarle sus padecimientos, utilizando para ello una variada gama de procederes complicados y absurdos, pero en los cuales no dudo un solo momento en admitir que obraban de *buena fe* y por lo tanto toda palabra que tienda a desvirtuar este aserto, a mi juicio está mal empleada.

El boito se preparaba con ayunos y purgantes previos. Realizando aspiraciones nasales con el polvo del tabaco a lo que llamaban *cojaba,* aspiración que prolongaban hasta la completa embriaguez, y, en este estado se consideraban con el suficiente influjo y capacidad para obtener del Zemí, el origen de la enfermedad. Vemos así, que no nos resulta extraña la narración del ermitaño de la orden de San Jerónimo, Román Pane, al referirnos que en este estado, aseguraban ver dar vueltas a sus bohíos, confundirse los unos con los otros y a los hombres marchar con los pies en el aire. Fumaban los primitivos habitantes para resolver los grandes problemas que les afectaban de índole social e individual, corriendo parejo el uso con el abuso del mismo.

Después de esa labor preparatoria, cuando iban a visitar un enfermo los boitos, antes de salir de su casa sacaban del fondo de las cazuelas el tizne o carbón, se cubrían de negro la cara y procedían a dar su consulta: en seguida tomaban unos huesecillos o carne, los envolvían en algo y se los ponían en la boca. Ya purgado el enfermo entraba el médico y se sentaba delante de él, solo: tomaban algunas hojas de la yerba de la goia (la planta tabaco, *Nicotiana tabacum)* hojas grandes por lo común, agregaba una cebolla, la mojaba hasta formar una pasta, y la ponía por la noche en la boca del enfermo, lo que le servía de vomitivo, arrojando así lo que había comido. Cantaban entonces y bebían encendiendo una antorcha.

Descansando algunos instantes, el médico se levantaba y se dirigía hacia el enfermo que estaba sentado solo en medio de la habitación, y giraba a su alrededor dos veces, le cogía las piernas palpándole de la cintura a los pies, y lo estiraba con fuerza como si quisiera arrancarlo de su lugar: esto terminado salía de la habitación y cerrando tras sí la puerta, le decía desde afuera: "vete para la montaña o el mar, donde quisieres"; se volvía al lado inverso poniéndose las manos juntas; soplaba como por una cerbatana y colocándose las dos manos sobre la boca, la cerraba, sus manos temblaban en seguida como si tuvieran frío, soplaba y recogía el aliento como si sorbiera la médula de un hueso. Luego aspiraba al enfermo en el cuello, en el estómago, en las mejillas, espalda, vientre y senos. Terminada esta operación se sacaba de la boca el pequeño envoltorio. Si era comestible le decía: ya ves lo que te había hecho daño y de dónde te lo he sacado, advierte que ha salido de donde tu Zemí lo había colocado, porque no le rezabas, ni puesto ni hecho altar, ni sacrificado nada. Si era una piedra, le decía: consérvala muy cuidadosamente; pues suponían que las mismas eran de gran utilidad en los partos de sus mujeres. El valor de estas piedras en los partos es creencia semejante a la que concedió y actualmente concede el vulgo a determinados santos especialistas de origen divino que llenan el cuadro de la patología mística.

Para los hombres de la Edad Media, desvalidos en presencia de los sombríos horrores de la naturaleza, no podía existir proceso natural alguno que explicara suficientemente el apaciguamiento de las fuerzas naturales, sino únicamente un milagro. Fué la primacía de la fe, el centro vital de la Edad Media; así, observamos en el interesante trabajo de Francesco, "Los santos como auxiliadores de las enfermedades", una serie de datos interesantísimos, tales como el llamar a la vía láctea los franceses, "camino de San Jacobo", al cardo lechero de los Alpes, "la paja de la cama de nuestra señora", y, en Flandes a las pequeñas bayas que maduran en invierno, "las lámparas de Santa Gúdula"; al patrón protector contra el sarampión y las viruelas, San Magín de Tarragona, también invocado por las mujeres estériles; San Lucas, patrón protector de los médicos, que alivia el sufrimiento de los moribundos. La protección de la vista fué encomendada a dos mujeres: Santa Odilia, que nació ciega y debe su origen a la historia de su vida, y Santa Lucía, que por el fonetismo de su nombre y etimología, nos dice: que Lucía, es una palabra que significa más luz. Santa Apolonia nos la presentan como patrona de los dentistas y el acónito que constituye un remedio casero contra los dolores de muelas, conocido es de mucho tiempo atrás con el nombre de "hierba de Santa Apolonia". Santa Ágata de Catania, es la patrona protectora de los enfermos del pecho y San Sebastián y San Roque, son los santos que aportan su auxilio contra las epidemias. A San Ciriaco, corresponde el patronazgo de los enfermos mentales y San Blas, el de los enfermos de la garganta y por último, San Leonardo, patrón protector de los animales enfermos.

Al exponer estos interesantes datos, pónese de relieve y este es su único objeto, que la medicina en sus orígenes ha sido idéntica en todos los pueblos, y que aún en aquellos que alcanzan mayor grado de civilización, se fijan en la ignorancia de las clases bajas, mil supersticiones y creencias extrañas que sólo combaten los seres privilegiados de la ciencia.

La equivocación, poco o ningún resultado en el tratamiento impuesto por el boitio al enfermo, o en caso de que éste falleciera, tuviera muchos deudos, o fuera señor de pueblos poderosos, se procedía a investigar la conducta del médico.

Para saber si el enfermo murió por culpa del médico o por falta de observancia en la dieta impuesta, tomaban una yerba llamada gueyo, de hojas gruesas y largas, que también llamaban sacon. Extraían el jugo de sus hojas, cortaban al muerto las uñas y cabello de la frente, lo reducían a polvo entre dos piedras y lo mezclaban con el jugo de la yerba para dárselo así a tomar al difunto, introduciéndoselo por la boca o la nariz. Inquiriendo del mismo si había observado la dieta impuesta. Esta pregunta la formulaban varias veces hasta que parecía como si contestara, dando aparentes muestras de estar vivo, satisfaciendo así las preguntas y expresando si el boitio no cumplió con su dieta; de ser así, se comprobaba que la inobservancia de la misma era la que había producido la muerte del paciente. Y, acto seguido, procedían a enterrar de nuevo al difunto.

Cuando los parientes del muerto estimaban que éste después de haber tomado el brebaje daba muestras de encontrar responsable de su muerte al boitio, los parientes se reunían en espera del mismo, le daban una paliza que le quebraba las piernas, brazos y cabeza, quedando el mismo molido y al parecer muerto. Así, en estas condiciones, pensaban que por la noche venían culebras de todas clases, blancas, negras, verdes y distintos colores más, que lamían las contusiones del médico. Después de pasado el tercer día, el médico se levantaba y marchaba alegremente para su casa y los que a su paso encontraba, y le preguntaban, si no había muerto, él respondíales, los Zemíes en forma de culebra me han socorrido. Los parientes se desesperaban y procuraban matarlo por todos los medios, y si podían atraparlo, lo castraban, pues pensaban que ésta era la única manera de hacer morir a un boitio médico.

Otro medio de investigación que practicaban los parientes o deudos para depurar la responsabilidad médica, a manera de ensayo de medicina primitiva política, consistía en hacer un gran fuego, como para un horno de carbón, y cuando la madera estaba en brasas ponían al difunto sobre un brasero y lo cubrían con tierra y allí lo dejaban por un término voluntario, terminado el cual, formulaban sus preguntas. Si el humo se elevaba hasta el cielo, perdiéndose de vista y descendía y entraba en la casa del médico; si el mismo no había observado la dieta, se cubría de úlceras, desprendiéndose su piel, señal ésta de inobservancia en la prescripción y razón por la cual había fallecido el paciente.

*La práctica médica*

Antes de la conquista de la Isla de Cuba, formaban el sacerdocio, la medicina y la farmacia, una sola profesión. Ya hemos visto la influencia de las ideas religiosas en la medicina, en la cual existía como punto de partida, la concepción de la enfermedad como castigo divino, y hemos de proceder a analizar sucesivamente la práctica médica; el Botamen indígena de aplicación terapéutica entre los indocubanos y su farmacia primitiva.

Conocieron nuestros aborígenes de algunas enfermedades en las cuales su intuición, la tradición y la práctica les hacían imponer un tratamiento (Las Casas, H. de las I. pág. 500) a sus enfermos más o menos lógico: por ejemplo, sabían del valor del aislamiento para evitar el contagio; a la elevación térmica de los enfermos la designaban con el nombre de sacon o sachon, que indicaba calor y a la anemia la denominaban con el nombre de Hipa, que indicaba palidez en el enfermo (pág. 300 de C. P. de Bachiller), de ahí que hipato fuera la designación utilizada para los individuos de color amarilloso, por consecuencia de determinada enfermedad. Igualmente, hemos visto que practicaron la cremación cuando inquirían el conocimiento de la intervención del médico en la causa de la muerte del enfermo.

Aunque la terminología médica que hemos de emplear, no constituye en su verdadera acepción, lo que en realidad es cada una de ellas, la empleamos como medio de dar unidad al trabajo y poder así exponer en una forma más racional, sus distintas prácticas médicas, aunque éstas de por sí eran primitivas y rudimentarias, como propias de todo pueblo primitivo.

El concepto que tenían de la anatomía, se circunscribía al mero conocimiento de las regiones superficiales de las partes del cuerpo, sin entrar en detalles, ni nombrar ningún órgano más profundo que la piel, a no ser el testículo, único que aludían y bien puede considerarse el mismo como externo. Conocían que el cuerpo estaba sostenido por el esqueleto óseo, limitándose a saber que existían los huesos, sin que asimismo nos haya legado la historia un conocimiento amplio que pudieran tener en la rama de la osteología. Ignoraban el músculo, aunque tenían conocimiento de la carne; reduciéndose como hemos visto sus conocimientos anatómicos, al de las partes observables, a la morfología externa del cuerpo humano, a aquella que es tangible y dentro de esto era su apreciación de disposición de los mismos, pero nunca de conocimiento de la estructura en sí.

En su fisiología, eran aún más rudimentarios; un breve conocimiento de los ojos, por practicar su destrucción en señal de castigo al igual que la del testículo, aunque esto último lo verificaban porque lo consideraban esencial en la vida de ciertas personas; y, es posible que supieran que el hueso era necesario en la vida para ejecutar los movimientos de locomoción.

Las funciones del gusto, olfato, oído y tacto, es de suponer las conocieran, pues estas facultades en los pueblos primitivos se desarrollan y son de constante aplicación en todos los órdenes de la vida.

El AXE de los indígenas, o sea la patología del hombre civilizado, era cosa más conocida de los mismos, aunque imperfectamente.

En las afecciones de la piel, distinguían el acné, que padecían mucho las mujeres y un mal denominado *caracol,* cuya característica era la aspereza de la piel, principalmente de las manos, y, que por la descripción que de la misma se ha hecho, pudiéramos pensar en la sarna, aunque ello no constituye una afirmación definitiva.

Entre las enfermedades parasitarias según narración del obispo de Chiapas en su Historia de las Indias (pág. 348, del tomo V), padecieron de la muy molesta de los piojos *(pediculus capitis)* conocida ya en Europa des-

de tiempo inmemorial, y la de las niguas *(pulex penetrans)* (Oviedo, tomo I, pág. 349) que causó muchas molestias y preocupaciones a los españoles, por los males secundarios a que daban lugar. Con respecto al piojo no ha podido determinarse si el mismo fué introducido por los conquistadores y así lo hace consignar el padre La Casas.

Fueron también conocidas, por los indígenas, ciertas enfermedades de las vías digestivas y vías respiratorias, tales como las diarreas, parásitos intestinales, constipación y el asma; al igual que ciertos estados patológicos de las vías urinarias, como la dificultad en la emisión de la orina y los dolores de ciertas enfermedades femeninas.

El problema de la sífilis americana precolombina ha sido asunto muy discutido; catedrales de papel, nos cuenta Martínez Durán, en su interesante obra: "Las ciencias médicas en Guatemala" (pág. 28 del cap. VI) se han escrito referente a este tema: "racistas apasionados e historiadores parciales han sostenido con audacia, ya que no con verdad, que la sífilis es un regalo de América a la Europa sana y culta. Se ha discutido mucho y poetas y hombres de ciencia encontraron en el problema, motivo para sus versos y obras históricas. Don Mariano de Padilla, médico guatemalteco, fué el primero que publicó en América un estudio serio sobre el origen de la sífilis, hecho este que hizo decir a un científico norteamericano, que el Dr. Padilla había escrito la primera página de la historia de la medicina americana (1861)". A Gonzalo de Oviedo, se debe la gracia de la paternidad americana de la sífilis, pues fué el propagador de esta idea absurda, que tiene tanto de peregrina y de poco cierta.

Lo cierto de todo esto es que, la fecha del retorno de los conquistadores a Europa, está en contradicción con el decir de don Gonzalo de Oviedo, y que si tal noticia adquirió caracteres de certeza, fué con cargo al crédito de que disfrutaba este señor por ser el historiador de la Corte.

El edicto del Parlamento de París, de 6 de marzo de 1496, determina que la sífilis se encontraba en su apogeo desde 1494 y Oviedo en su capítulo XIV, libro IV, fecha la introducción en 1496; mientras desde 1492 se sufría el mal en Italia, según Clavijero.

Don Antonio de Gordon, en su trabajo Medicina indígena (pág. 22), nos dice, que a mayor abundamiento, Mr. Dufour, en su obra: "Historia de la prostitución" (pág. 381, tomo IV) ha demostrado la antigüedad del mal, desde época remota, encomiando la conducta del insigne Paracelso, cuando se ocupó de la epidémica que tuvo dicha enfermedad en el siglo XV; siendo curioso que de los múltiples nombres que le dieron, sólo haya prevalecido el que le asignó Frascator, que supone al pastor Syphile castigado a padecer la enfermedad por haber ofendido a los dioses.

Con todo esto, dado por sentado, no es dable atribuir lo que no nos corresponde en propiedad. La sífilis existía pues, en Europa, con anterioridad al descubrimiento de América.

De su cirugía primitiva tenemos conocimiento por el cuchillo de piedra que empleaban, denominado *manaia,* con el cual dicen abrieron la espalda a Caracaracoel, cuando le sacaron la tortuga hembra (pág. 319 de C. P. de Ba-

chiller) y, Oviedo en la obra citada con anterioridad, nos cuenta: "he notado que los indios cuando conocen que les sobra sangre, se sajan por las pantorrillas y en los brazos, de los codos hacia las manos, en lo que es más ancho encima de las muñecas, con unos pedernales muy delgados que ellos tienen para esto, y algunas veces con unos colmillos de víbora muy delgados o con unas cañuelas". Y, Bachiller, nos dice, que empleaban las púas del maguey para practicar las citadas sangrías (pág. 297 de su C. P.). Practicaron además el vaciamiento del globo ocular, es de suponer en forma grosera y dura, sin atención postoperatoria. Igualmente verificaron la reducción de las fracturas, utilizando palmas pequeñas y hojas; y finalmente debemos incluir entre las prácticas quirúrgicas que realizaban la de la castración, que consistía en una incisión en el escroto y magullamiento del cordón, dejando a los cuidados de madre natura, la cicatrización.

De las facilidades en el parto, el padre Las Casas nos narra: "que era cosa maravillosa con cuán poca dificultad y dolor parían, cuasi no hacían sentimiento alguno más de torcer un poco el rostro, y luego, que estuviesen trabajando y ocupadas en cualquier oficio, lanzaban el hijo o hija y luego lo tomaban y lavaban la criatura, y asi misma, en el río; después de lavadas daban leche a la criatura, y se tornaban al oficio y obra que hacian". Eran raros los accidentes consecutivos al alumbramiento, quizás por la asepsia del procedimiento de los baños.

El doctor Enrique López expone, que pudiera alguna vez haberse practicado la operación cesárea descansando su creencia en una fábula que recuerda: "que en la mitología de Haití se dice que la mujer Tauhuana murió de un parto" y, "que le abrieron el vientre y le extrajeron cuatro gemelos". Y, Monarde, afirma el uso de la cebadilla con el objeto de expulsar la placenta y el feto muerto, retenido. Además empleaban la xutola (Bachiller, pág. 347), planta a la cual daban gran mérito e importancia como auxiliar en los partos.

Con respecto a los abortivos, es de significar que los mismos eran conocidos por los indocubanos, y en los días de la colonización usaron de ellos en abundancia, para impedir la procreación y evitar con ello dar más esclavos a los dominadores españoles.

Fueron sus prácticas higiénicas y las costumbres morigeradas la causa de la edad avanzada que se observó en los días de la colonización en los habitantes de la Isla de Cuba, como aseguraba el obispo de Chiapas, al apuntar como dato curioso que había muchos ancianos que pasaban de más de 80 años (Las Casas, T. V., pág. 450).

Las mujeres desarrollaban muy jóvenes, siendo ello el motivo por el cual casaban a temprana edad, siendo moderadas en sus relaciones sexuales y muy fecundas; no se observó en los matrimonios que éstos fuesen consanguíneos y sus hijos se llevaban por regla general, un año, siendo frecuentes los partos dobles.

Uno de sus principales tratamientos, aparte de los ya enunciados, tales como el sugestivo, cuando hablamos de las ideas religiosas y de las sangrías, cuando tratamos de la cirugía, era el régimen hidroterápico, indicado en distintas afecciones como elemento de gran utilidad en la práctica médica de los

indígenas. En enfermando alguno de sus miembros, ya fuera mujer u hombre, si estaba muy mal, lo sacaban de la casa los parientes y deudos y lo ponían cerca del monte, dejándole algunos jarros de agua y otras cosas de comer, sin permanecer persona alguna, y lavándole de cuando en cuando, ya que utilizaban como casi único medio curativo el bañarla, aunque ello le acarreara la muerte por los continuos baños fríos a que los sometían, lo cual verificaban por pura costumbre o tradición o superstición, pensando que el agua tenía la virtud de limpiarles los pecados y darle sanidad al cuerpo.

Es de suponer que los enterramientos estarían sujetos a determinadas prácticas religiosas. Los verificaban bipersonales en los casos de muerte del cacique, al cual seguían por sacrificio personal el Behique y una o dos de sus esposas; es indudable que la forma de enterramiento relatada por los cronistas de Indias se refería en especial a la consignada. Procedían a envolver al finado desde la cabeza hasta los pies, con una tira de algodón, a manera de venda, que apretaban convenientemente; cavaban al mismo tiempo en la tierra un lugar apropiado, que le daban la forma abovedada, al revestirla con palos y hojas, de manera que la tierra no tocase al cadáver; dentro de ella colocaban un duho o dujo, especie de banquillo en el cual sentaban el cuerpo del fallecido, colocando a ambos lados sus joyas y objetos más preciados, así como algún alimento como cazabí o cazabe, el pan de los indocubanos y agua en abundancia; terminada así esta operación, cubríanlo todo con troncos, ramas y tierra; otras veces los enterramientos eran colectivos y escogían un lugar alto o cercano a un río, depositando sus cadáveres en posición decúbito horizontal.

La incineración de los cadáveres practicábase como hemos visto con anterioridad, cuando se deseaba depurar la responsabilidad del Boito por el tratamiento impuesto al difunto.

En los monumentos funerarios que la arqueología cubana ha podido determinar, se observa una diferencia clara entre la práctica de enterrar sus cadáveres entre siboneyes y taínos; sirviendo estas adquisiciones científicas para ratificar en unos casos y rectificar en otros, aseveraciones que durante siglos fueron admitidas como ciertas, a tenor de las narraciones hechas por los antiguos cronistas de Indias. Es indudable que la práctica de enterrar sus muertos tenía una doble finalidad, cual era, una el gran respeto y cariño que sentían por sus difuntos, otra, bajo el punto de vista médico, representaba una práctica higiénica y por último en sus enterramientos, como hemos visto, establecían distingos de clase, ya fuera su monarca o sencillamente gente del pueblo.

Los siboneyes enterraron a sus muertos en el piso de las cuevas, sin observar una posición determinada y en algunos especiales, como los observados en la Ciénaga de Zapata, utilizaron "terraplenes funerarios".

Los taínos, hacían "lometones de tierra", fuera de las poblaciones, donde depositaban a sus muertos, en posición doblada de lado y a menudo mirando al este; otras veces depositaban el cadáver en una cueva y cerraban su entrada con piedras.

*El botamen indígena.—Empleo racional del mismo como medio terapéutico por los indocubanos*

Es indudable que los elementos utilizados por nuestros indígenas con fines curativos en sus enfermos obedecieron al empleo y comprobación gradual de los mismos a través de los años; como no menos cierto es que los españoles valiéronse de esta experiencia, que no pocos problemas les resolvería en un instante dado, una raíz u hoja utilizada oportunamente, salvando así una vida y enriqueciendo de paso el arsenal de elementos curativos.

Suministró, pues, el descubrimiento a más de los nuevos agentes medicinales, una serie de prácticas y manipulaciones de nuestros indios que, aunque groseras, se derivaron de los mismos interesantes conocimientos y enseñanzas que influyeron decisivamente en el alivio o curación de los dolores y enfermedades de los humanos.

Remítese al 5 de junio de 1493, la primera noticia, pudiéramos llamar de conocimiento terapéutico en el nuevo mundo. En efecto estando Colón todavía en las costas de Cuba en esta fecha, llamóle la atención una resina, y a tenor de lo que nos refiere el "extracto de su diario", "envió a Rodrigo Sánchez y a maese Diego a los árboles y trajeron un poco de ella, y dícese que se conoció como almáciga, aunque se ha de coger a su tiempo y que había en aquella comarca para sacar mil quintales cada año... dícese que manifestó un indio por señas que el almáciga era buena cuando dolía el estómago".

Fué de uso común y conocido el empleo de la medicación para provocar el vómito y la evacuación, en el primer caso ya hemos visto que utilizaban una planta llamada gueyo, que la consideraban sagrada, para provocar la expulsión de los alimentos por la boca y del fruto del manzanillo *(Hippomane Mancicella* L). Familia de las Euforbiáceas, conocido en México con el nombre de árbol de la muerte), dividido o masticado se obtiene excelente resultado como purgante, también se utilizaba el látex, bastando una gota a lo sumo dos para obtener un rápido y eficiente resultado.

El guaguasí *(Zuelania guidonia,* Sw. Britton, Mills, Fam. Flacurciaceas), es una de las plantas más afamadas por sus virtudes medicinales en Cuba y los indígenas utilizaban sus resinas para conseguir flujos diarreicos más o menos abundantes. Fué el Sasafrás *(Elophrium graveoleus,* H. B. K.) un medicamento importante, del cual utilizaron las hojas, raíz y corteza, que aromática se parece a la canela, empleándolas para combatir las calenturas.

Utilizaron el betumen en determinadas afecciones del útero y el guayacán *(Guayacán officinale* L. Fam. Zigofilácea, conocido en Cuba con el nombre de guayacán negro) los indígenas le llamaban Hoaxacán, por sus favorables efectos para curar las bubas, tomando para ello el agua, producto de haber puesto en maceración palos picados del árbol con agua; también utilizaron la corteza y sus resinas para las enfermedades de la vejiga y de los riñones.

Ya hemos visto el gran uso que hacían del tabaco, probablemente la planta sagrada llamada gueyo, siendo indicado en casi todas las afecciones, llevándolo hasta la exageración.

La verbena *(Verbena officinale* L. Fam. Verbenáceas), es una hierba pequeña propia de lugares húmedos y utilizaban de ella las hojas y sumidades floridas, con finalidades antihelmínticas, utilizaron asimismo la cañafístula para combatir la constipación y la infusión de ciruelas tomando de ella sus hojas para lavar las partes enfermas. La guayaba *(Psidum guajaba,* L. Fam. Mirtáceas) de las cuales empleaban las hojas, fruto y corteza, el fruto verde lo empleaban para curar las diarreas y maduro contra el estreñimiento.

La piña *(Bromelia, ananas* L.) la utilizaron como alimento y para despertar el apetito en los enfermos. Y conocían que el zumo de la yuca, que denominaban Hyen, aun en pequeñas cantidades era tóxico y provocaba la muerte, pero no trataron de averiguar la causa de su poder tóxico. No obstante hacer gran uso de esta planta, especialmente en la confección del cazabí o cazabe, que era uno de los mejores alimentos.

Atribuyéronle a la jagua y hobo, propiedades especiales para dar fuerza a las extremidades una vez lavadas con agua procedente de la maceración de estas plantas.

*Farmacia primitiva*

Fué la farmacia entre nuestros indios, grosera e instintiva, sin base científica, cual en los pueblos primitivos del antiguo y nuevo mundo.

Ya hemos visto cómo dividían groseramente el fruto del manzanillo para obtener su acción vomitiva y purgante: extraían asimismo la savia de la referida planta, siendo suficiente tres o cuatro gotas para obtener el efecto deseado. Recogían la resina del guaguasí y en la fabricación del aceite de ricinus, lo obtenían de la misma manera que Dioscórides señalaba en su libro.

Preparaban un hidrolado con el leño del guayacán y recolectaban las raíces, las hojas y las cortezas del sasafrás y hacían infusiones de hojas de guayabas y de ciruelas, y del goaconax obtenían un bálsamo tratando los pequeños troncos por el agua y el calor, procedimiento por el cual hacían salir a la superficie del líquido una substancia aceitosa que guardaban con sumo cuidado.

La medicina indígena de Cuba sin salir de su empirismo rudimentario, procuraron establecer un sistema curativo bastante razonable dado su medio, y del cual se derivaron interesantes conocimientos en la rama de la higiene y de la terapéutica, que como hemos visto en el curso del presente trabajo supieron utilizar los españoles.

Asimismo, es indudable que estuvieron en camino de poder obtener conquistas en orden al mejor tratamiento de las enfermedades y es de esperar que las continuas exploraciones que practica la Comisión nacional de arqueología de Cuba, tiendan cada día a esclarecer, aún más, los conocimientos relativos a la medicina de los indocubanos.

Al terminar este trabajo, quiero una vez más dar a ustedes las gracias más expresivas por la atención prestada.

# Máximo Gómez, el Libertador



Discurso pronunciado por el doctor Horacio ABASCAL en la sesión solemne de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 23 de mayo de 1946

Un carácter de acero que se aferra
en ocultar su fondo de ternura;
mucho de Don Quijote en la figura,
mucho de San Bernardo en lo que encierra.

MAXIMO GOMEZ — Mercedes García Tudurí de Goya.

"Era el año 1861, cuando tuvo lugar un acontecimiento inesperado y sorprendente: Santo Domingo se anexó a la monarquía de España, y aquel suceso trajo a poco tiempo la guerra que hizo que aquélla la abandonase nuevamente. La anarquía y el desorden amenazaban concluirlo todo; y yo tuve que refugiarme en Cuba, trayendo conmigo a mi madre y dos hermanas. Acosado por la miseria y el pesar, lejos de mi patria, busqué en los campos de Cuba un rincón donde, trabajando, descansar de vida tan azarosa". Quien esto escribió era un joven nacido en Baní, de apuesta figura y trigueña la faz, de ojos y pera negrísimos, que había sido comandante de las Reservas dominicanas y formara parte de aquel grupo de "jinetes de lanza y machetes de cabo" que decidieron la sangrienta jornada de Santomé.

El sitio que escogió para establecerse fué la jurisdicción de Bayamo, y en el caserío de El Dátil experimentó el dolor de perder a su madre. Corriendo el año 1868 se encontraban adelantados los trabajos de conspiración para levantarse contra el dominio español, y él, que ya estaba iniciado, tanto por sentimientos como por haber palpado las penas de los criollos, se sintió dispuesto a seguir con ellos en la conquista de la independencia de la patria, que a partir de este día consideró como suya. Desde esa ocasión hasta el instante mismo de su muerte, en las páginas de la Historia de Cuba se encuentra por doquier el nombre de Máximo Gómez y Báez, porque fué en la guerra el soldado más completo de cuantos tomaron parte en nuestras luchas emancipadoras; en la paz, el más ferviente cumplidor de la ley y amante de la civilidad; y en todo tiempo, el esclavo a una norma de conducta definida, de la cual no se separó una sola línea ni aun en los momentos más difíciles de su existencia.

A la revolución llegó sin preguntar qué categoría le daban, ni qué fuerza mandaba. Y allí donde los grados se improvisaban, el veterano de las campañas dominicanas, recibió de manos del poeta José Joaquín Palma los galones de sargento. En las filas cunde la alegría; pero la columna del coro-

nel Demetrio Quirós viene sobre Bayamo, ya está en Baire y hay que defender a Jiguaní. En el grupo insurgente nadie conoce una palabra del arte de la guerra. El jefe que ha oído decir que "extranjero sabe", le ordena: "Usted va a mandar nuestra vanguardia. Escoja doscientos hombres y disponga lo necesario". Gómez, de gran sagacidad y rápidos movimientos, prefirió, en lugar de defender a Jiguaní, sorprender los batallones españoles a la salida de Baire; y dominando la distancia que lo separaba, escalonó varias emboscadas con la consigna rigurosa de que nadie se levante ni haga fuego hasta que él en persona salte al camino y grite: ¡Al machete! La columna quedó destrozada en la Venta del Pino. Y ese 26 de octubre de 1868, no sólo Máximo Gómez saltó, sin disputa alguna, de sargento a general, sino que es la fecha inolvidable en que el atrevido banilejo enseñó a manejar a los cubanos el machete redentor.

Toma el mando de Jiguaní. Su autoridad es acatada por todos. En Charco Redondo, un rincón de la Maestra, asienta su campamento y comienza la ardua tarea de instruir las masas heterogéneas que pronto iba a ver cambiadas en aguerridas tropas.

Donato Mármol, el jefe del departamento oriental, ha muerto. El gobierno piensa que para sustituirlo no hay un candidato mejor que Máximo Gómez. Y le entrega el mando de la división.

El conde de Valmaseda publica ese año una proclama declarando en paz el territorio de Oriente, y en ella dice: "La región pacificada sólo alberga en sus elevadas montañas o en sus inmensos bosques algunos pocos negros cimarrones o criminales, que no salen de sus madrigueras". Gómez contesta la proclama invadiendo la rica zona de Guantánamo. En un mes ataca y destruye poblados, ingenios, cafetales, fincas de crianza. En la región que "se encontraba en paz" dió los combates de Tí-Arriba, El Cristal, La Candelaria, Charco Azul, Banes, Borjita, Tempú, Santa Ana de Griñán. En la Indiana sus tropas se cubren de gloria; y en las hondonadas de La Galleta y La Estacada sus tenientes le exigen a los cazadores de San Quintín, el heroísmo que hay que derrochar para ganarse la corbata de San Fernando. Marcha al Ojo de Agua, a Mayarí, a Jarahueca. Y el mismo día que Valmaseda ordena se cante solemne *Te-Deum* en la catedral de Santiago, tiene la osadia de llegar a las puertas de la capital, asaltando el cuartel y entrando a sangre y fuego en el poblado de La Socapa.

A continuación de la triunfal campaña de Guantánamo viene el rozamiento con Céspedes por una cuestión de disciplina, y éste lo destituye del mando de la División de Cuba. Los jefes y oficiales vacilan al escuchar la orden del presidente. Mas el recio dominicano, para quien la ley es una religión, les dice: "La mejor muestra de simpatía que ustedes pueden darme es marchar callados y contentos a ayudar al gobierno a llevar a cabo un gran plan que hemos estudiado". Y concluye: "Yo no soy más que un soldado, como lo sois vosotros, para servir a la patria". Meses antes habia trazado su proyecto de invasión, que no pudo realizar hasta casi un cuarto de siglo después.

Con dos ayudantes y diez rifleros, sus doce apóstoles, como él los nombra, se retira al corazón de la montaña. Allí permanece justamente un año. Una tarde recibe un oficio del gobierno. En Jimaguayú ha caído Ignacio Agramonte. Es difícil encontrar el hombre que lo reemplace. Se piensa en Máximo Gómez. ¿Cómo responderá? Cuando llega junto a Céspedes, que lo abraza con efusión, Gómez sólo le dice: "Aquí tiene usted otra vez a su viejo soldado". "En marcha, general", son las palabras del presidente. Al otro día parte para Camagüey, donde mandará la división del centro.

Aunque con cierta desconfianza al ocupar el nuevo destino, se encuentra en su elemento, porque combatirá con mucha caballería y en tierra llana. Como tanteo da los combates del Atadero y San Felipe y el ataque de Nuevitas. En seguida, la primera operación de importancia: el asalto de Santa Cruz del Sur. Luego una tras otra, como una catapulta, las cinco acciones más extraordinarias y sublimes de la guerra grande: La Sacra, Palo Seco, El Naranjo, Mojacasabe y Las Guásimas de Machado.

Los jefes de más prestigio del ejército español, Báscones y Armiñán, son humillados: destruido lo mejor de sus regimientos y batallones. En Las Guásimas, que duró cinco días, tuvieron más de un millar de bajas. La táctica de Gómez, la misma de La Sacra y El Naranjo, fué batir en orden muy abierto la densa formación de cuadros, que provocaba de continuo por los amagos de carga, después de destruir la caballería con "la misma estratagema que usó Páez en las Queseras del Medio" (Souza).

En la llanura de Palo Seco quedó segado en veinte minutos el batallón de Valmaseda, dejando sobre el campo de seiscientas plazas que tenía, quinientos siete muertos, entre ellos su jefe, el teniente coronel Vilches. Más tarde escribirá Máximo Gómez: "Me conmovió ver el cadáver de aquel hombre joven y bien parecido, tendido insepulto en aquella sabana, y sólo un recuerdo, que me asaltó en aquel instante, volvió la serenidad a mi espíritu: las cenizas aventadas de Agramonte".

La revolución está medio varada. El general no se resigna a permanecer en los potreros camagüeyanos. Ansía llevar la guerra hasta occidente. España tiene dividida la Isla por una vía fortificada que cree inexpugnable: la Trocha de Júcaro a Morón. Medita y repasa una y otra vez el proyecto de invasión que años atrás expusiera al presidente Céspedes; y como el gobierno no le da los recursos necesarios reconcentra en silencio sus fuerzas y en la madrugada del día de Reyes de 1875, al frente de unos mil hombres ataca el famoso baluarte español. En persona toma el mando de la caballería, y al atravesar la línea, una bala de remington lo hiere en el cuello. Dominando a su caballo "Cinco", que así lo llamaba por el número de plomos que recibiera en otros combates, se lleva la mano a la herida, que chorrea sangre a borbotones y enronquecido lanza una orden: "¡Corneta, la marcha de la Bandera!".

La herida, la primera en su larga carrera, no fué grave. A las cuarenta y ocho horas estaba de nuevo a la cabeza de las tropas para pasearse por todo el territorio espirituano, quemando pueblos, ingenios y caseríos, tomando fuertes y haciendo prisioneras sus guarniciones. "No teniendo ya nada que hacer en Sancti Spiritus, porque todo lo había hecho —dice el brigadier es-

pañol Acosta y Albear —, resolvió Gómez la invasión de las villas occidentales." Sus vanguardias se encuentran en los llanos de Colón. El temor llega hasta la misma Habana. El *Diario de la Marina* [1] publicaba: "La falange incendiaria de Máximo Gómez está llamando a nuestras puertas con el pomo de sus machetes y está alumbrando nuestros campos con las llamas que levantan sus teas".

Sin embargo, después de casi dos años de brega, a pesar de dar brillantes combates, como el del Cafetal González, donde fué destruido el regimiento de lanceros del rey, el estado de ánimo que tomaba la guerra lo hizo trasladarse a Camagüey. La cámara se reúne, quita al presidente el mando del ejército y nombra general en jefe a Máximo Gómez; pero éste rehusa hacerse cargo del destino mientras no se normalice la situación política de la revolución, y presenta, por tanto, la renuncia.

Es designado Secretario de la guerra, cargo "poco agradable" que acepta "para no aparecer desobediente"; pero pronto dimite. La lucha prácticamente ha concluído. En el lado insurrecto sólo se hace política y política personalista. España ha mandado de capitán general a Martínez Campos, y comienzan las gestiones de capitulación que cristalizan en el Pacto del Zanjón.

Gómez, que está viendo todo esto con intenso dolor y no puede evitar el desbarajuste, se ha dirigido al presidente de la república, desde el campamento de La Mina, exponiéndole "que hallándose en la actualidad fuera del servicio activo y teniendo en el extranjero a su esposa e hijos desprovistos de recursos y de relaciones y de consiguiente en una situación aflictiva, aprovecha aquella oportunidad para solicitar se le conceda el correspondiente pasaporte para acudir al auxilio de su familia, en uso de licencia temporal".

Aunque el permiso no viene, como el Comité del centro ya ha pactado la capitulación, al amparo de sus bases solicita de Martínez Campos un buque para salir de la Isla.

*El Pacificador* desea hablar con "el primer guerrillero de América", como él mismo lo llamara. Largo en cuestiones de dinero, espera, para sus plenes futuros, poder conquistar a su adversario de las campañas de Guantánamo y Santiago. Se encuentran en Vista Hermosa, Camagüey, el 27 de febrero de 1878.

El restaurador de la monarquía, severo, rodeado de su estado mayor, decora su pulcro traje de campaña, que ciñe el fajín de teniente general, con las insignias del toisón de oro; el héroe de Palo Seco apenas si lleva ropas, porque harapos son los que cubren su cuerpo.

Después de las presentaciones de rigor: "Pida, por esa boca — le dice Martínez Campos —, porque excepto la mitra del arzobispo, todo se lo puedo dar".

Gómez le manifiesta que ha terminado la guerra y está decidido a marcharse a Jamaica con su familia.

---

(1) Febrero 5 de 1875.

"No es posible — continúa Martínez Campos — que vaya con esa ropa miserable. Yo le puedo prestar la cantidad que necesite y luego me lo pagará usted cuando quiera y pueda."

Entonces Máximo Gómez, poniéndose de pie, le contesta: "General, no cambio yo por dinero estos andrajos que constituyen mi riqueza y son mi orgullo; soy un caído, pero sé respetar el puesto que ocupé en esta revolución, y le explicaré. No puedo aceptar su ofrecimiento, porque sólo se recibe, sin deshonor, dinero de los parientes o de los amigos íntimos, y entre nosotros, general, que yo sepa, no hay parentesco alguno, y por la otra parte, es ésta la primera vez que tengo el honor de hablarle".

El jefe español bajó la cabeza, y Casola, su lugarteniente, "volvió la cara para ocultar dos lágrimas que corrían por sus mejillas".

Al terminar la entrevista, Gómez usó un momento un pañuelo que llevaba dentro de la polaina, si pañuelo "se podía llamar a aquel jirón". Martínez Campos emocionado se lo arrancó de la mano, diciéndole: "Ya que no quiere usted aceptar nada de nosotros, déjeme esto, de lo poco que tiene, para conservarlo de recuerdo".

"Con gusto se lo doy — le dijo el general Gómez —, y no obstante ser tan poco, es mucho, porque no tengo otro." Y aquellos dos hombres que "durante años, sólo se conocieron al través del humo de los combates", se estrecharon las manos y se separaron. El destino tenía dispuesto que al final de la centuria nuevamente se encontrarían en los muros del Coliseo.

A bordo de un cañonero parte rumbo a Kingston, y al perder de vista las costas cubanas, consigna en su *Diario:* "Adiós Cuba, cuenta siempre conmigo mientras respire —tú guardas las cenizas de mi madre y de mis hijos— y siempre te amaré y te serviré".

De su primo el coronel Tejeda, dominicano, aceptó un préstamo de seis onzas oro. Con una en el bolsillo arribó a Montego Bay; las otras cinco las había repartido entre sus pobres ayudantes. Para mantener a su familia pasa las más duras penalidades. De Kingston se dirige a Morgan "con la hamaca al hombro para ver si encuentra una estancia que arrendar". Vuelve a Kingston y en la finca de un judío inglés "entra a trabajar por un real diario y la comida". El general Julio Sanguily desde los Estados Unidos le envía una letra por veinte libras, y le ruega que le devuelva, para conservarlo como reliquia de los pasados días de gloria, aquel machete de puño de plata que le había regalado cuando la invasión de las Villas. Gómez le contesta: "En cuanto al machete que me pide, sólo me queda la hoja. Un día, en que mis hijos no tenían pan, para darles de comer, vendí la plata del puño..."

En medio de esta miseria recibe una visita. Es el hombre que le había puesto en El Dátil los galones de sargento, el poeta José Joaquín Palma. Esta vez le trae el grado de general de división. Se lo ofrece en el ejército de su patria, Marco Aurelio Soto, presidente de la república de Honduras. Y a Centroamérica se encamina Máximo Gómez. Es nombrado comandante militar de Amapala; pero antes de mezclarse en las cuestiones políticas del país, renuncia el puesto y se traslada a San Pedro Sula, dedicándose al cultivo del añil. Además se ocupa en sacar piedras para hacer cal. Así lo sorprende en

1882 una carta de un cubano desconocido que dice admirarlo y que lo respeta "porque ha sabido ser grande en la guerra y digno en la paz", solicitando su cooperación "por la confianza que inspira a sus antiguos oficiales". Contesta al joven conspirador, que se llama José Martí, lo que tiempo atrás le escribió a Calixto García, cuando le pidió lo acompañase en su intentona: "Siempre estoy y estaré dispuesto como el primero, pero permítame decirle que, a mi juicio, el movimiento que usted intenta es prematuro; no ha sonado aún la hora y es muy probable que Ud. en vez de victorias, recoja fracasos". "Es tristísimo — añade — pero necesario dejar a aquel pueblo, que se cansó en su larga lucha terminada en El Zanjón, que sufra de nuevo los ultrajes . . Entonces verá usted cómo *amalgamado el viejo elemento con el nuevo,* tendremos maduro el momento."

Serafín Sánchez a nombre de un grupo de veteranos de la década gloriosa le envía un nombramiento de jefe para la nueva revolución que preparan. Gómez responde dando las gracias y rehusando la nominación. Mas agrega: "Yo iré, sí, pues tengo en ello empeñados mi palabra y mi honor; pero iré como simple oficial al frente de una falange que yo mismo pueda organizar, y con ella me pondré a las órdenes del jefe que se nombre".

Las instancias continúan, y al fin transformado en conspirador abandona la república hondureña y marcha en 1884 a los Estados Unidos. El movimiento por una serie de disgustos, fracasó. Aunque lleno de amargura prosigue en la espinosa brega. "¿No hay un Dios que me dió la vida?—anota en su *Diario.* ¿Por qué no tener más esperanza en él que en los hombres?" Sale para Jamaica. Desde el barco ha dado vista a Cuba y Santo Domingo, "los dos pedazos de tierra de mis ensueños—escribe—: en la primera dejé mi cuna y quién sabe si en la segunda tendré mi sepultura".

En Kingston da la orden a los emigrados que ofrecen dinero para la revolución, de que los fondos que se recauden sean entregados al general Flor Crombet: "No debo olvidar nunca que yo no soy cubano; que las simpatías y la confianza que ellos me tengan debe ser limitada".

Laborando siempre por la causa vuelve a los Estados Unidos, para regresar a Jamaica; de Jamaica a Santo Domingo. En la tierra natal le demuestran aprecio; y con ganas de verla, tiene el desconsuelo de no pisar la patria chica. "De mi pueblo ¡ay! de Baní he recibido miles de agasajos y no obstante yo no podré ir a visitarlo, pues no tengo derecho ni al tiempo ni al dinero que se pueda consumir, sino en los asuntos de la revolución de Cuba; y a Baní, no me llama sino el afecto de los míos; preciso es renunciar por ahora a todo eso en obsequio a los deberes y compromisos contraídos con un pueblo."

Sin descanso y pasando grandes sinsabores llega a Panamá, para continuar hasta el Perú; conformándose, en un viaje de trece días, para mayor economía, con pasaje sobre cubierta. En Colón trabaja en las obras del canal: su empleo es "una especie de peón con nombre de capataz". Está avezado a las luchas por la existencia. En una ocasión en Puerto Cortés tuvo que pedir que lo dejaran con su familia pasar la noche en los portales de una casa.

Es indudable que la hora no ha sonado, y se retira a su país de origen para dedicarse a la agricultura. Próximo a Montecristi, en la ruta de Santiago de los Caballeros consigue unos terrenos. "¡Ojalá Dios, de eterna bondad!... sea esta vez más afortunado que las dos primeras, ahora que vuelvo a buscar asilo tranquilo en la sombra de la paz. Donde pueda, aunque pobre, reposar con honor de las fatigas de la vida" —apunta en sus memorias. Desea olvidar, pero el recuerdo de la tierra cubana lo tiene muy adentro, y al nuevo hogar lo bautiza con un nombre: La Reforma, aquel rincón que para él tiene tantas remembranzas.

En ese lugar lo encontró Martí en septiembre de 1892, "a caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca... montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad..."

Martí es el delegado del Partido revolucionario cubano, y al explicarle el motivo de su visita, Gómez le ha ofrecido todo su concurso. "Este mismo señor José Martí, hombre inteligente y perseverante, defensor de la libertad de su patria — escribe en su *Diario* — fué uno de los que con mayor entusiasmo se puso a mi lado, cuando el 86 estuve al frente del movimiento que tratábamos de iniciar. Pero Martí, se disgustó; parece que por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dió la espalda. Muchos cubanos prominentes de nuestro partido, con aparente razón, temían que ahora guardando yo algún resentimiento de Martí, por su conducta pasada, negase a la revolución que él trata de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios. No debe ser así, pues Martí viene a nombre de Cuba, anda predicando los dolores de la patria, enseña sus cadenas, pide dinero para comprar armas; y solicita compañeros que lo ayuden a libertar, y como no hay un motivo, uno solo ¿por qué dudar de la honradez de Martí? Yo, sin tener que hacer el menor esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me he sentido decididamente inclinado a ponerme a su lado y acompañarlo en la empresa que acomete."

El Partido revolucionario lo nombra "encargado supremo del ramo de la guerra" con poderes para "organizar dentro y fuera de la Isla el ejército libertador". Desde ese momento "ya no puede pensar con tino y reposo sobre sus propios negocios. Vive únicamente para la causa de Cuba".

Los jefes y oficiales del 68 están regados por Estados Unidos, las Antillas, Centroamérica; es necesario disponerlo todo y con sigilo para que el golpe sea contundente. Firma con Martí el Manifiesto de Montecristi. "No nos queda otro camino que *salir por donde se pueda y como quiera,* es su orden definitiva.

El 24 de febrero de 1895 se lanza en Oriente el grito de *Independencia o muerte.* ¡Y en la noche del 11 de abril, en un bote de remos, que bajo el chubasco encalla en la arena, seis hombres llegan a las playas cubanas. De ellos, Martí contempla cómo la "luna asoma roja, bajo una nube"; y Máximo Gómez se arrodilla y besa la tierra que va a libertar.

Trepa las cuchillas de Baracoa: ya está en la manigua heroica. El Jobo, Sabanalamar, la estancia de Filipinas, Jarahueca, La Mejorana, Baraguá. Cuando alcanza las márgenes del Cauto, tantas veces vadeado por él durante los épicos diez años, exclama enternecido: "Ah Cauto, cuánto tiempo hacía que no te veía!"

En el camino de Altagracia, la gente con entusiasmo a Martí le llama presidente. "Martí no será presidente mientras yo esté vivo", interrumpe Gómez y sigue a media voz, "porque no sé qué les pasa a los presidentes, que en cuanto llegan se echan a perder excepto Juárez, y esto un poco, y Washington".

El 19 de mayo, en fuego con una columna española, el apóstol cae, como anhelaba, de cara al sol. "Ya nos falta el mejor de los compañeros y el alma podemos decir del levantamiento", escribe, adolorido, esa noche el general. Y se prepara a continuar rumbo a Camagüey. Al conseguir el límite de la provincia las fuerzas orientales se niegan a dar un paso. No están dispuestas a pelear nada más que en su territorio. "Idos, yo solo llego hasta el fin del mundo", es su contestación. Francisco Borrero los increpa: "Sois unos malos cubanos y peores soldados. El general Gómez es un extranjero que viene a ayudarnos en esta guerra santa y queréis abandonarlo enfermo y perseguido por el enemigo. Oh, si así lo hiciereis, todo el mundo podrá deciros con mucha razón que sois unos cobardes". Muy de mala gana, la escolta decide acompañarlo. Y aquel viejo de fibra de ácana, con sus sesenta años a la espalda y una pierna deshecha, cruza a nado el Jobabo, crecido, y entra en la zona de Puerto Príncipe.

Muchos camagüeyanos están remisos a secundar el movimiento. "¿No quieren guerra? — les dice Gómez. Pues se las voy a meter a la fuerza, como taco en escopeta." Con las partidas que se van incorporando y la rapidez que lo caracteriza, da en unas noventa horas cuatro golpes maestros. Altagracia, El Mulato, La Larga y San Jerónimo. Y emprende alrededor de la ciudad del Príncipe, lo que llama la *campaña circular:* repetidos tiroteos nocturnos, que hacen sublevar en poco tiempo toda la región.

Aunque está nombrado por el Partido revolucionario cubano, propicia una asamblea de representantes, la cual, reunida en Jimaguayú, redacta la constitución de la república, elige su gobierno y lo ratifica general en jefe, con poderes casi ilimitados.

Máximo Gómez se da cuenta de toda su responsabilidad; tiene la experiencia de los hechos sucedidos en la guerra grande: indisciplinas, sublevaciones, regionalismos. Entonces aquel hombre que era de hierro, se transforma en un hombre de acero. Lo primero que exige es un acatamiento absoluto a la ordenanza y a la ley. Sus disposiciones son tajantes, imperativas, categóricas; no consulta ni da explicaciones. Lo mismo reprende con dureza a su jefe de escolta "por salir del campamento sin permiso", que se dirige en comunicación al lugarteniente general, diciéndole: "Extráñame también que usted, cuyo carácter tengo bien conocido, no haya procedido con un poco más de energía haciendo cumplir mis órdenes". Cuando planeó el sitio de Arroyo Blanco, uno de los miembros del Estado mayor del jefe a quien le había en-

comendado el ataque, le manifestó la duda que en el ánimo de éste pesaba porque la resistencia sería fuerte y probablemente larga. "Dígale que lo único que le ordeno es la victoria, y que si veo que no la alcanza, me iré a hacer cargo de las operaciones, y tomaré a Arroyo Blanco." Siempre enérgico, áspero, cortante; pero con un gran fondo de justicia. Al aproximarse las fuerzas y los cañones para atacar escribe en su *Diario de campaña:* "Nos movemos para Trilladeras, y aquí espero el resultado... No quiero con mi presencia quitarle gloria al general que ataca".

Desde Camagüey empieza a llevar a la práctica el proyecto soñado un cuarto de siglo atrás: la invasión a Occidente. Es indispensable conducir la guerra a todas las provincias. Da instrucciones, dicta circulares, decreta el paro forzoso del trabajo azucarero, amenaza a los hacendados: "Es preciso — afirma — quemar la colmena para que se vaya el enjambre".

Sin disparar un tiro, burla la Trocha de Júcaro a Morón y penetra en la región de las Villas. Es imprescindible un golpe que levante los espíritus, y asalta el destacamento Pelayo. El fuego es nutrido y continuo. Hay un momento crítico. En ese instante, con la misma audacia y acometividad de sus años mozos, arremete al frente de su escolta y toma las fortificaciones. Ese día Bernabé Boza apunta en su *Diario:* "No debo ni puedo censurar el valor, pero me parece que la alta y delicada misión del general en jefe le prohibe terminantemente los actos temerarios. Y hoy el nuestro ha cargado a caballo y con un puñado de hombres sobre cinco fuertes españoles, llenos de enemigos".

Al fin el 29 de noviembre de 1895 se reúnen Lázaro López, Máximo Gómez y su lugarteniente, que venía al mando de las tropas orientales. Dos días después comienza la marcha hacia occidente, marcha "que se acerca más a los prodigios de la leyenda que a los anales de nuestro tiempo", como decía *The New York Sun;* "tan notable desde el punto de vista militar como la Sherman", para usar las palabras del general Sickles, veterano de la guerra de Secesión.

Gómez ahora ya no es solamente el general, es el estratego, porque sobre sus hombros tiene un peso de gran responsabilidad, el de ganar la contienda. La orden a la columna invasora es concisa, lacónica, seca, "Marcha viva ganando terreno, no importa retaguardia o flanco sucio del enemigo, buscando siempre frente limpio". Personalmente se pone a la vanguardia con la caballería de Sancti Spiritus. A poco comienzan las primeras acciones: Iguará, Casa de Tejas, Boca del Toro. Pero la consigna es rigurosa: "Por la mañana, con el sol a la espalda; por la tarde de frente".

Atravesaban la región de las cañas. Desde los descalabros que Gómez les produjera durante la guerra grande en Camagüey, los españoles siempre se movían en núcleos compactos. Tuvieron un olvido y un error: el coronel Arizón escalonó sus batallones. El general en jefe es informado de que cerca de Cruces, a poca distancia, viene una fuerza enemiga de unos seiscientos hombres. Con la rapidez del rayo concibe dar una lección, como hiciera cinco lustros antes en La Sacra. Ordena que la columna invasora acorte la marcha, separa dos escuadrones de caballería y acompañado de su plana mayor y escolta, a trote largo, se encamina hacia el callejón de Mal Tiempo. Cuando los

escuadrones que tenían orden de cargar, pecharon con las bayonetas españolas, ya aquel viejo de hierro, "tieso, clavado en la montura", seguido de su escolta, había penetrado, siendo "el primero en abrir boquete", en los cuadros de Canarias y Bailén. En el empuje le mataron el caballo; el ala del sombrero se la cortaron de un balazo. Esta carnicería duró quince minutos. "¡Qué cosa más horrible es un macheteo!" —escribió conmovido su jefe de estado mayor. El combate de Mal Tiempo aseguró el triunfo de la invasión, porque obligó nuevamente al enemigo a moverse en unidades pesadas.

Después El Desmayo, La Colmena y Coliseo. Aquí lo aguardaba, con la esperanza de cortarle el impulso, el capitán general don Arsenio Martínez Campos. España lo mandó creyendo que podría terminar esta guerra como terminó la otra en El Zanjón. El príncipe de la milicia se vió en la necesidad de abandonar el poblado y parapetarse en el ingenio Audaz. Con presteza se retiró a la Habana para preparar la defensa de la capital. Máximo Gómez tuvo una idea genial, una maniobra extraordinaria, la contramarcha de la invasión. El verdadero objeto no lo sospecharon ni siquiera los jefes que iban junto a él: pues era su propósito fingir que desistía de continuar al occidente, y además desembarazar la impedimenta, dejando los heridos en La Ciénega de Zapata. Martínez Campos, cogido en el engaño, concentró las tropas en la zona de Cienfuegos para acorralarlo cuando se internara en Las Villas. Luego de tres días de recorrido hacia el sureste, al llegar a Yaguaramas, de modo inesperado, volvió sobre sus pasos, y tras los combates de Calimete y El Estante, penetró en la provincia de la Habana el 1º de enero de 1896.

De inmediato el asalto y la toma de Guira de Melena. Y una vez más se manifiesta su alma de gigante. "Si se invirtieran los papeles y ustedes fueran los vencedores — arenga a los prisioneros —, ni uno solo de nosotros quedaría con vida para contar el suceso; pero... no sabemos matar prisioneros de guerra. ¡Así, pues, españoles! quedan ustedes en completa libertad a pesar de haber hecho derramar nuestra sangre, por una mal entendida defensa de sus intereses."

Martínez Campos se encuentra agobiado; comprende que ha sido total su derrota, y reitera la renuncia que había presentado. "Tienen una generosidad fatal con los prisioneros y heridos nuestros — ha escrito a Cánovas del Castillo, que le insta a hacer una guerra sin cuartel. —No puedo yo, representante de una nación culta, ser el primero que dé el ejemplo de crueldad e intransigencia... Tal vez llegue a ello, pero en caso supremo, y creo que no tengo condiciones para el caso. Sólo Weyler las tiene en España..." Y Cánovas retira un general y manda una hiena para regir los destinos de Cuba. Al embarcarse el héroe de Sagunto, dice Máximo Gómez: "Se lleva la bandera de España en el bolsillo".

El 7 de enero las fuerzas invasoras se dividen en dos columnas: al frente de una se pone el general Maceo que va a invadir Pinar del Río y llevar hasta Mantua la enseña tricolor. Con la otra, Gómez se queda en la Habana *cuidándole la puerta,* según sus propias frases. Después de dar el sangriento combate de Mi Rosa, se cambia de nuevo en guerrillero e inicia su campaña de "lanzadera", sus admirables marchas y contramarchas, que obligan al man-

do español a echarle sobre él en la pequeña provincia habanera cincuenta mil hombres de las tres armas. En la laguna de Ariguanabo, un proyectil le pasa una pierna; en el fuego de Moralitos le dan un balazo a su caballo, que es el quinto que le matan durante la invasión. No reposa, ni casi come ni duerme. Cuando una noche en Alquízar la tropa cree que va a descansar al día siguiente porque está enfermo el general, no obstante tener fiebre alta, manda a tocar diana a las cuatro y a las cinco rompe el camino, para ir a acampar esa tarde a Quivicán. Observando el cansancio de la gente, escribe el jefe de su escolta, joven y robusto: "¡Que no son los hombres de hierro como lo es este viejo coloso!" Sin embargo este viejo de cáscara de hierro encerraba en lo hondo el afecto y la ternura. Al rendir a Bejucal, como en una casa fuerte se resistiera una guarnición, mandó que se retiraran todas las familias para el campo porque iba a incendiar la ciudad. Los pacíficos, mujeres y ancianos imploraban. Pero la orden era, como suya, concluyente. Un grupo, saliendo de un colegio, se adelantó suplicante. Los niños con las manecitas extendidas hacia él, pedían que les conservara sus hogares. Las lágrimas rodaron por las curtidas mejillas del guerrero... "¡Corneta! ¡Toque llamada y marcha a la carrera! ¡Vámonos de este pueblo y que nadie toque nada de aquí!" "Y esa noche hizo colgar su hamaca entre dos árboles, y envolviéndose en su capa, se echó en ella sin hablar ni permitir que nadie le hablara una palabra".

Las noticias del centro no son satisfactorias, y en la Habana se encuentra ya don Valeriano Weyler, que ha prometido en España finalizar la guerra en breve plazo. Es menester, por tanto, afirmar a todo trance la disciplina y prepararse para una lucha larga. Y Gómez se dirige hacia el oriente. Su tono de mando es ahora, si cabe, más áspero y más duro. "Inmediatamente que usted reciba esta orden — le comunica desde San Vicente de Sagua a un coronel —, sin pretexto ni excusa de ninguna clase, marchará a ponerse en presencia de este cuartel general y a dar cuenta de su conducta." "He venido a esta comarca — dice — resuelto a acabar con todos los desórdenes, que tanto daño están haciendo a la revolución." A la consulta que le hace el jefe de operaciones de Cienfuegos sobre la manera de organizar su brigada, le contesta: "La organización —y no debiera decírselo— no la reglamento yo; la reglamenta la ley de organización militar que usted debe conocer. El cuartel general la ordena y los jefes la ejecutan." A un comandante de batallón, le envía desde La Margarita un pliego urgente: "Al acampar esta noche después de rudo combate, he sabido con indignación, que esquivando usted la eventualidad de un encuentro con el enemigo que yo combatía, ha abandonado el campamento que con su fuerza ocupaba. Semejante vergonzosa conducta es indigna de un militar y más de su graduación." A un veterano del 68, que no anda claro en sus actuaciones, le escribe: "¡Avíseme general si es que *volvemos a las andadas...*" "No sé qué admirar más en este viejo incomparable — comenta Boza —, si la resistencia física o la fuerza moral que tiene."

Otra vez pasa la Trocha y entra en Camagüey. Acampado en La Auretánea tiene conocimiento de que al frente de una columna de 3,000 hombres ha salido de Puerto Príncipe el general Jiménez Castellanos, y le presenta batalla, que dura tres días, en los alrededores del ingenio Saratoga.

Continúa para oriente. Recorre las riberas del Cauto. Visita en Boca de Dos Ríos el punto donde cayó Martí y le levanta un mausoleo de piedra viva. Ordena un consejo de guerra, y fusilan, por asesinato, al coronel Bejarano, y arresta al brigadier Massó Parra. Por donde cruza, le imprime mayor severidad a la ordenanza; lleva la ley en la punta del alfanje y el rígido mandato a flor de labios. Y escribe en su Diario con honda pesadumbre: "Nadie es capaz de apreciar el trabajo y la fatiga que cuesta enseñar a los hombres a ser libres."

En seguida retorna a Camagüey; ataca a Cascorro y da los combates de El Desmayo, Lugones, La Conchita y Palmarito. En el campamento de San Faustino recibe la noticia de la muerte del general Antonio Maceo y de su ayudante, Francisco Gómez Toro, el hijo idolatrado. Cuando le razonan, con sentido humano, sobre la incertidumbre de la nueva: "Es una esperanza, responde adolorido, pero si el corazón del amigo puede engañarse, el de un padre es difícil que se equivoque; el mío me dice que la noticia es cierta..." Al confirmarse, dicta una orden en Santa Teresa, disponiendo diez días de luto por la muerte del lugarteniente "sin más toques que los de ordenanza y el mayor silencio y recogimiento en los campamentos." Habla el general en jefe; en lo interior, el padre vierte lágrimas amargas por la pérdida del hijo. Y le dice a María Cabrales, la viuda de Maceo, en carta de pésame que le envía a Costa Rica: "Usted que es mujer; usted que puede — sin sonrojarse ni sonrojar a nadie — entregarse a los inefables desbordes del dolor, llore, llore, María por ambos, por usted y por mí, ya que a este viejo infeliz no le es dable el privilegio de deshogar sus tristezas íntimas desatándose en un reguero de llanto."

Nuevamente cruza la Trocha, y se sitúa al oeste de la misma para empezar la más sorprendente de cuantas campañas se han realizado en América: la campaña de La Reforma. Razón le asiste a Souza al afirmar que la máxima de Federico el Grande: "Si un general fuera atrevido y circunspecto a la vez, sería casi invencible", le viene a la medida a Gómez, que llevaba amalgamada la osadía con la prudencia.

En una llanura de poco más de cinco leguas de diámetro, con unos 4,000 hombres, tuvo en jaque durante veinte meses a 40,000 soldados españoles. La intención era echarse sobre sí lo más granado del ejército colonial, a fin de que quedaran debilitadas otras regiones. Weyler, que acompañado de valiosos generales, dirigió desde Sancti Spiritus las operaciones, trajo fuerzas de La Habana, de Matanzas, de Sagua, de Cienfuegos; de Pinar del Río solamente sacó para esa campaña catorce batallones. "No andarán en mi persecución sus tropas sin que sean hostilizadas a diario, le decía Gómez a sus oficiales. *Mi plan será vencerlo sin combatirlo*".

Los españoles mantenían su costumbre: las unidades pesadas. Máximo Gómez valiéndose de emboscadas y patrullas las impulsaba a que le siguieran el rastro. Cuando era avisado por los exploradores de que había acampado una columna en cierto sitio: "Ya lo sabía — eran sus palabras—. Son las once y media. Salió esta mañana del pueblo, y la única aguada apropiada que tiene para descansar y hacer el rancho, es esa donde se ha quedado". Si se empeña-

ban en alcanzarlo: "Puesto que lo quiere, me veré en la ocasión de aniquilarla esta noche sin necesidad de dispararle un tiro." Y continuando la marcha la conducía hasta los lagunatos de agua salobre invadidos de mosquitos, donde la obligaba a pernoctar, en tanto que él, tomando una vereda se alejaba de aquel ambiente. A los pocos días la columna estaba diezmada por el paludismo y la disentería. "El sol de los trópicos — decía — destiñe las telas que se pintan en Europa"; y a veces declaraba socarronamente que "sus tres mejores generales eran junio, julio y agosto", que son los meses de calor más intenso y exacerbación de esas enfermedades.

Al observar con extrañeza en una oportunidad Charles E. Crosby, corresponsal de *The Chicago Record,* cómo había ordenado tocar retirada en el momento casi de tomar una loma que venía atacando: "Lomas como esa hay miles en Cuba —le respondió el general—. Me interesa más conservar un mulo de la impedimenta que ocupar esa altura." Si las columnas, queriendo coparlo, se aligeraban, en el acto articulaba sus fuerzas y las acometía, como en aquel reñido combate de Juan Criollo, que, por el número de profesionales que pelearon en primera línea, él llamó la "carga de los doctores", y en el cual le mataron el caballo que montaba. En Santa Teresa también le tumbaron el caballo, que rodó por tierra de un certero balazo. En la caída el viejo, como a su espalda todos le decían, perdió el alfanje, el único que usó durante la guerra de independencia. Al montar de nuevo en uno que le diera un alférez de la escolta: ¡Mi machete! — exclamó. Y se mantuvo impertérrito bajo las descargas cerradas de fusilería hasta que un ayudante lo encontró entre la yerba de guinea y puso en sus manos aquel acero que fuera de Martí y llevaba impresas aún las huellas de sangre de Mal Tiempo.

Cuando le pedían que se cuidara: "Si me hubiese querido cuidar no hubiera venido a Cuba. No quiero morir, ni quiero dejar de morir — contestaba —, quiero hacer lo que debo hacer, y cada uno debe hacer lo que le está encomendado". Una vez José Miguel Gómez le recomendó que evitara todo combate, porque el momento era crítico y su desaparición sería de fatales consecuencias. "General — le cortó con su voz engolada — yo tengo que corresponder al valor de mis subordinados". Y a continuación se batía en Los Laureles.

Si la invasión acabó con Martínez Campos, es indiscutible que la campaña de La Reforma terminó con Weyler, quien mandó en la estrecha Isla el ejército más grande que España sostuvo en América: 226,000 soldados peninsulares y además los cuerpos de voluntarios.

Los jefes españoles no llegaron nunca a comprender su táctica de cansar al enemigo, moviendo las tropas con una velocidad asombrosa. "Esta infantería cubana parece que camina en zancos", afirmaba. La velocidad de movimientos era en él un principio que tenía arraigado hasta la médula. En la epístola de despedida que dirigió a sus hijos desde Cabo Haitiano, al venir para la guerra, les aconsejaba comprar un velocípedo "aunque les cueste un poco de dinero", porque "mientras más y más rápido se mueve un hombre será más hombre". Y marcha y contramarcha y vuelve a marchar de El Saltadero a Los Hoyos, de La Crisis a La Janga, de Marroquí a Las Tinajas, de El

Damagal a Veguitas; acampa en La Herradura, Las Delicias, Blanquizar, Trilladeritas, Las Olivas, Jagüeycito, Paredones; y al vivaquear les dice a sus tenientes: "Un día más, señores, y una batalla más ganada".

En aquellos potreros se enteró del derrumbamiento de Cánovas del Castillo, por el plomo homicida, en Santa Agueda. "Siéntome satisfecho — fueron sus palabras — al saber que no ha sido un cubano el asesino del primer ministro de España. En la larga contienda que Cuba ha sostenido por conseguir su libertad, no hay una sola página manchada con el asesinato". Y luego le escribe a Estrada Palma, condenando el alevoso acto: "Si Angiolillo se le hubiera ocurrido escaparse después de su atentado contra Cánovas y refugiarse en nuestras filas, pensando salvarse, de seguro que se habría equivocado tristemente, porque aquí la justicia que debe ser la elegida de los hombres civilizados, hubiera sido cumplida como se cumplió en Madrid".

Un ejemplo de su gran espíritu de justicia y su energía lo dió en el caso del brigadier Roberto Bermúdez. Al cuartel general llegaron las denuncias de los desmanes cometidos por este valiente que, osado hasta la temeridad, había regado con sangre todo el suelo de Las Villas a Vuelta Abajo. La detención iba a ser difícil para cualquier jefe que se enfrentara con él porque sus tropas lo defenderían contra viento y marea. Fué Máximo Gómez, personalmente, quien detuvo a Bermúdez. Poniéndole la punta del machete a la altura de la garganta: ¡Abajo las armas! — le gritó. Y agarrado por varios soldados fué conducido a la escolta.

Mientras se llevaban a cabo las formalidades del consejo de guerra, comentó el general: "Hay hombres que no merecerían procesos. El proceso es un honor que se le hace a quien se le podría suponer inocente". Pero era indispensable guardar la ley, y la ley lo condenó a muerte. Había que ejecutar la sentencia. ¿Quién mandará el pelotón? Tiene que ser un general, porque hay que degradar al condenado antes de fusilarlo. Pretextos legales, demoras, indecisiones. Los generales presentes, para no prestarse al acto, se justifican de haber sido jueces en el primer juicio o en el de revisión. Máximo Gómez concluye: "Mandaré yo el cuadro". "El cubano debe ver en el fusilamiento de un general, que la virtud debe estar hermanada con el patriotismo". En Los Charcos, delante de la primera división del cuarto cuerpo, dió la voz de ¡fuego! al piquete de ejecución. Y nunca más se le oyó pronunciar el nombre de Roberto Bermúdez.

A medida que la campaña se alargaba era más autoritario, mayor la dureza de su carácter, más férrea la disciplina a que ceñía a sus subalternos. Era duro con todos, porque comenzaba siendo duro consigo mismo. Tiene hechos a veces, que recuerdan los ermitaños de la Tebaida o los monjes del Monte Casino. Una mañana abandonó La Demajagua, por la proximidad de dos columnas que lo perseguían, y se dirigió hacia Las Casitas. A poco detuvo la marcha, y con el ceño arrugado, dió orden en voz baja a un ayudante que partió a galope sobre el rastro. No mucho después puso éste en sus manos un paquete, y siguió la marcha. Cuando acamparon para el almuerzo, el asistente ofreció un par de huevos al general que no había tomado alimento desde la tarde anterior. Sin desarrugar el ceño, los rechazó y sentándose en la ha-

maca continuó la lectura de su correspondencia. ¿Qué le pasará al viejo? —se decían unos a otros—. Pero a Gómez, como nos contaba Loynaz del Castillo que estuvo a su lado, no se le preguntaba, se le oía solamente, para luego obedecer. Pasadas algunas semanas, el regaño a un oficial que no había cumplido un mandato a su satisfacción, dió la clave del enigma: "¡Aquí a nadie se le puede olvidar el cumplimiento de sus obligaciones! Yo llevo el peso de la guerra sobre mis hombros, y nunca se me ha olvidado nada... Miento: un día dejé unos documentos que coloqué junto a un árbol en La Demajagua, y ese día me castigué no comiendo nada absolutamente para recuerdo de ese olvido".

Madrid ha enviado para relevar a Weyler a don Ramón Blanco y Erenas, marqués de Peña Plata, y Máximo Gómez vislumbrando los acontecimientos que se avecinan, le escribe y le dice: "No más sangre, general; no más tea. España no debe permitir que Cuba deba su independencia, ni poco ni mucho, a favores extraños. Las deudas mejores y las que mejor se pagan, son las impuestas por la gratitud, aparte de la honra, que más cabe a la mano que se extiende para dar el beneficio, que a la mano que lo recibe". España no supo comprender esas razones, y, siguiendo al estallido del Maine, vino la declaración de guerra con los Estados Unidos y el fin del imperio español en América.

Al firmarse el armisticio traslada su campamento al Central Narcisa. Para muchos que ya movían los cordeles de la política, de la política personal, Máximo Gómez comenzaba a ser una pesadilla, porque veían en el caudillo revolucionario que "nació —como expresa el general Miró— para la guerra para dirigirla y para mandar a los demás hombres", un posible candidato que, por sus condiciones dominantes y autoritarias, pudiera transformarse en un dictador. Ignoraban que Gómez había anotado en su *Diario:* "Para la paz, mis servicios no son necesarios a Cuba, como no lo serán tampoco los de muchos generales cubanos. Otros elementos intelectuales son los llamados a administrar los intereses del país". Y lanza, dirigida al pueblo cubano, la famosa proclama de Yaguajay, el documento más hermoso que ha escrito un soldado:

"Para andar más pronto el camino de la organización nacional elegid para directores de vuestros destinos, a los hombres de grandes virtudes probadas, sin preguntarles en dónde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba en su lucha por la independencia".

"No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir".

"Aprended a hacer uso en la paz de vuestros derechos, que habéis conseguido en la guerra; que no se deben conformar los hombres con menos, porque esto conduce al servilismo, ni pretender más, porque os llevaría a la anarquía".

Y aquel viejo de temple de acero, a quien no se le aparta de la mente cómo remataron al hijo moribundo en Punta Brava, con una grandeza inigualable, continúa en la proclama:

"Se debe conceder el perdón a todo el que lo solicite, para que la obra quede completa. Al aproximarnos a las tumbas gloriosas de nuestros compañeros a depositar la "siempreviva", junto con una lágrima de guerrero, es preciso en esa hora piadosa, llevar el alma pura de rencores".

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

"No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas de la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz; puesto que la palabra Ley es la que debe decírsele al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma Ley".

El 24 de febrero de 1899, atronando el espacio las notas agudas de los clarines de órdenes, al frente de su estado mayor y de la escolta, entró en La Habana *el Libertador de Cuba*. Le dieron como hospedaje la Quinta de los Molinos, residencia de verano de los capitanes generales. Entonces el hijo de Marte descubre su fondo civilista, en pensamiento que le surge de lo íntimo: "En la vida no he odiado más que una cosa: la guerra. Los pueblos para ser felices y dichosos, no deben tener el gobierno de la espada, sino el gobierno de la Ley". Y la mano de hierro que sostuvo con firmeza el machete en las Ventas de Casanova, en el Carril de las Guásimas, en el Naranjo, en Camujiro, guarda, para no desenvainarla más, la hoja que brilló en la invasión y en la Reforma.

Al mes siguiente, una asamblea de representantes quiso concertar un empréstito con el pretexto de auxiliar al ejército. El general Gómez era opuesto, por entender que la república no debía nacer con deudas. La asamblea le exigió "su adhesión" a fin de que el acuerdo tuviera "la fuerza nacida de la unánime opinión". El general se mantuvo invariable. La asamblea dejándose llevar por las pasiones y los intereses, sin considerar aquellos inmaculados treinta años de esfuerzos y de luchas rebeldes, lo destituyó del cargo de general en jefe. Asambleísta hubo que dijo en el fragor del debate, que, puesto que Gómez era un extranjero, lo que debía hacer era marcharse para su país; y otro se ofreció mandar el pelotón, en caso de que fuera preciso fusilarlo. Se cumplieron los vaticinios de Martí. En la carta que le escribió desde Santiago de los Caballeros, pidiéndole que viniera para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte: "Yo le ofrezco a usted, sin temor de negativa, este nuevo trabajo — le decía — hoy que no tengo más remuneración qué brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres".

No era la primera vez que lo destituían. Respetuoso siempre de la Ley, sereno, obediente, tranquilo, acató el acuerdo sin protesta. Se despidió del pueblo, diciéndole: "Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos. Y en donde quiera que el destino me imponga plantar mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo". No es posible pedir a ser humano un rasgo de mayor humildad; el guerrero en fruto de la patria, trocaba los arreos de combate por los cordones del franciscano.

La gente se tiró a la calle, y en manifestación estuvo desfilando tres días seguidos por la Quinta de los Molinos. *El viejo* tuvo que aplacar la muchedumbre. La asamblea, al perder la fuerza moral, acordó disolverse.

Sin un reproche se retiró a vivir modestamente; empero quedaban en los ánimos clavados sus consejos: "La paz no significa deponer las armas; significa mucho más: crear un ambiente en el cual reine armonía". "Los países alcanzan la independencia con más o menos facilidad; pero crean repúblicas con inmensas dificultades. Hay que evitar que estas dificultades se agraven". "No basta ser patriota, hay que ser buen ciudadano".

La convención constituyente se reúne con el objeto de darle a la nación la Carta Magna que ha de regir sus destinos. Al tratar de los requisitos necesarios para ser presidente de la república, aunque pensó en un principio igualar al nativo a los extranjeros que habían luchado por la independencia, quiso tener la seguridad de que Máximo Gómez no sería el primer presidente, y buscando garantías absolutas, se decidió por suprimir la equiparación. Cuando el pueblo comprendió que se estaba legislando para impedir que su ídolo ocupara la primera magistratura, se rebeló abiertamente, y la convención se vió obligada a exceptuarlo del precepto general, agregando la coletilla de que para ser presidente, requieren los cubanos por naturalización "haber servido con las armas a Cuba en sus guerras de independencia, diez años por lo menos".

Gómez permaneció ajeno a los trabajos de la constituyente. "Jamás trataré de imponerme en ningún sentido, puesto que no quiero ni ambiciono nada", declaró; únicamente hizo una advertencia: "que no se confundan las ideas con los principios".

Por lo mismo que todos aspiraban a sumárselo, no se había afiliado a partido alguno, manifestando que no formaría parte de agrupación política en que no dominara la voluntad de la masa popular. Su criterio democrático era amplio; su espíritu, internacional. "No hemos luchado, no, sólo para nosotros y para Cuba — razonaba —, sino para la civilización, para el mundo todo".

No obstante haber asegurado que no sería más que el humilde servidor del pueblo y su deseo de que finalizada la guerra lo dejaran quieto en su casa, porque no tenía vanidades ni ambiciones, los políticos decidieron tantearlo. "Que el pueblo me quiere para presidente — respondió — no lo dudo. Que yo no quiero serlo de ningún modo, el pueblo no debe tampoco dudarlo. ¿Me ha visto nunca decir una cosa y hacer otra?" Y a la insistencia de cómo podría defenderse del asalto popular y evitar que el hecho aconteciera, en forma rotunda terminó: "No tengo que evitar nada. Con mi decisión basta". Y para concluir la porfía, remacha con frase lapidaria: "Prefiero libertar a los hombres a tener que gobernarlos".

En una de sus reglas sustentaba que "de mil modos se puede servir a la patria, pero lo esencial es servirla". En esa noble esencia estuvo la virtud de su grandeza. Su desprendimiento, su generosidad, no conoció límites: todo lo dió, y solamente recibió como premio a su vida de sacrificios, la satisfacción del deber cumplido. Era como la palma: de línea recta y de corteza dura, que

resiste al vendaval y a la tormenta, y blando el corazón, de masa tierna. Una tarde que estaba encerrado en su cuarto, revolviendo papeles, lo sorprendieron en silencio, baja la cabeza y los ojos cubiertos de llanto, y en sus manos la bandera de Palo Seco. Nunca se había separado de aquella reliquia. Cuando los golpes del azar le hicieron abandonar la Isla después del Zanjón, llevaba en el jolongo por único tesoro, con una muda de ropa gastada, el glorioso pendón que relució entre los fusiles de Valmaseda. A la hora del triunfo no se cubrió de oropeles, ni aceptó recompensas. En cuanto a ostentaciones, pasó por el mundo como un fraile trapense; austero y sencillo, ni anhelaba poderes, ni tampoco riquezas. Ya lo tenía dicho en letras memorables a Serafín Sánchez: "Hace muchos años que me siento rico por haber aprendido a saber ser pobre".

# Respuesta a los dos discursos anteriores, por el socio activo doctor Carlos Martínez Durán a nombre de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala

Distinguidos socios recipiendarios;
Honorable Junta Directiva de la Sociedad,
Señoras, señores:

> "Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina." *Martí.*

Bajo la advocación de este admirable epígrafe, núcleo de genuino americanismo, inicio mi respuesta y bienvenida a los socios correspondientes, doctores Horacio Abascal y Héctor Zayas-Bazán, quienes al dejar a la mayor y a la mejor de las Antillas, calzaron la sandalia del peregrino perfecto que todo lo comprende y ama, ofreciendo a nuestra patria el don riquísimo de su amistad franca y verdadera, el mensaje de su espíritu recto y justo, y la ponderación de sus juicios sobre valores de la cultura cubana.

En la cronología de la amistad cubano-guatemalense hay un largo y dilatado período en que nada se sabe de nuestras relaciones culturales, y aún llegamos a ignorarnos completamente. A fines del siglo pasado, mano a mano y alma a alma, convivieron con nosotros, Martí, Palma e Izaguirre, abiertos a todo impulso generoso y a toda inquietud libertadora, fomentando desde la cátedra austera y desde la conversación alada, anhelos verticales y puros. Fuimos entonces pequeño centro de americanismo nuevo, forjado a golpe de palabra y espíritu. Y luego, al caer en la red de políticas mezquinas y tiranías de todos los colores y tiempos, nos fuimos acostumbrando al aislamiento y nuestras fronteras se cerraron a los valores espirituales de nuestra América.

Muy de tarde en tarde, y sólo individualmente, supimos de Cuba, que estaba presta y gozoza, a ofrecernos las mieles de su cultura, tan ricas como las de sus cañaverales, logradas a través de una constante superación y un bien intencionado nacionalismo, surgido de años de sacrificio y dolor.

Podemos decir que hasta el pasado año se inicia la segunda etapa de nuestra cronología amistosa, remozada con el llegar de eminentes universitarios, que trazaron caminos, fomentaron intercambios, y mostraron lo que podía aprenderse en la tierra de la palma y el panal, y lo que podía admirarse en nuestra patria, camino en flor, recodo de leyenda, vendimia de color.

Podemos asegurar que las relaciones culturales entre Cuba y Guatemala están en su apogeo, y se acrecentarán cada día.

La Sociedad de Geografía e Historia, una de las pocas de abolengo en Guatemala, de penoso caminar, y que tanta ayuda necesita, está hoy de fiesta, realizando un magnífico programa de comprensión y amistad, honrada y complacida con la presencia de ilustres huéspedes cubanos.

No quisiera hacer la presentación de los recipiendarios, apegado a una muerta enumeración de méritos y servicios, y prefiero en diagonal juicio, deciros cuáles son los perfiles intelectuales y éticos de los que, en acertadas conferencias, acabáis de escuchar con júbilo y provecho.

El doctor Horacio Abascal es hombre de trabajo, de múltiples facetas. No se ha conformado con saber el limitado mundo de su profesión, que es la médica, y atento a su perenne inquietud espiritual, ha profundizado con singular acierto en las fuentes de la historia y de las letras. Es hombre de conducta, de acción constante, que rehuye el egoísmo de los sabios que no se dan y se intoxican con su propio saber, él conoce que "sólo es completo el que se da", y generosamente imbuído de genuino panamericanismo se ha prodigado en el logro de su ideología. Universitario de verdad no se conforma con la rutina y el pan diarios de la profesión que estanca, y animoso y entusiasta reparte sus actividades para mantener el prestigio de muchas de las mejores academias y asociaciones de La Habana. Carece de limitación en su horizonte, y frente al mar, que es lección y fuerza, variación e infinito, se consagra con singular dinamismo a fortificar la unión entre los pueblos americanos por los lazos del espíritu.

Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de La Habana, miembro del Consejo Directivo de la Benemérita Sociedad Económica, miembro honorario de muchas sociedades científicas, publicista fecundo, viajero infatigable en demanda de nuevos horizontes y emociones, creador del día de la medicina americana, ha fundado recientemente en La Habana, en unión del doctor Héctor Zayas-Bazán, la Sociedad de amigos de Guatemala, generosa idea que nos permitirá en el futuro ahondar y perfeccionar nuestras relaciones.

Acostumbrados a conocer la historia de Europa, hasta en sus ínfimos detalles, poco sabemos del hondo batallar de nuestra tierra y de la locura libertadora de los hombres verticales y rebeldes. Poco sabíamos, por no decir nada, de las primitivas y autóctonas culturas indocubanas, y de Máximo Gómez, el libertador, tan sólo conocíamos un nombre, unas batallas, ignorando lo rectilíneo de su conducta, lo profundo de su pensamiento político, lo vivo y recio de una personalidad americana, esculpida en el mejor de los heroísmos.

Habéis oído con devoción la palabra concisa y tajante de Abascal (tal como conviene y necesita el héroe de las guerrillas) que a través del juicio sereno y el estilo sobrio, cobra la pujanza de un mito y la revelación de todo un ideario político.

Horacio Abascal, nos ha mostrado a un libertador que se sale del panorama antillano, para surgir de la entraña misma de una América nueva.

La biografía de Máximo Gómez, no puede escribirse en el frágil papel, ni decirse con palabras, hay que esculpirla en la hoja de una espada, en la roca de una montaña, en la entraña viva de América, o en los muros pétreos de una abadía. No la podemos decir, la debemos gritar con violencia de huracán, con hondura de tragedia, y a veces también con lenguaje de ternura.

Cuán afortunado ha sido el comenzar y el fin del discurso. Empieza con la galanura de un verso y se extingue con lo hondo de una sentencia. Cuánto de Quijote tiene, Gómez, tu conducta apegada a la justicia, cuánta serenidad marmórea hay en tus actos, y cuán lapidaria es tu expresión breve,

afilada y mortal como hoja de alfanje. Sólo puedes definirte en aristas de realidad, y no necesitas palabras para predicar, te defines por una conducta, y ésta no se define, sino se imita. ¡Qué hermoso ejemplo puedes ofrecer a la milicia americana! Y bien podrías arrancarles parte de su gloria a los otros libertadores. ¿No te ciega un poco tu ambición de mando y gobierno, excelso Bolívar?

Hay en Máximo Gómez, tal lo pinta con certera frase, Abascal, un dualismo de severidad y dulzura, pues "trocaba los arreos de combate por los cordones del franciscano".

Su gran figura de libertador de Cuba permaneció inmaculada, pues supo en el momento propicio alejarse de la escena política, para crecer en la soledad y dar a su reciedumbre de héroe el toque final de una gloria que no se empaña con los intereses creados y con las ambiciones mezquinas.

La más difícil de todas las grandezas es conservar lo diamantino de un carácter, después de la victoria, cuando el mundo se inclina reverente y la tentación del poder ciega y envanece.

Máximo Gómez, al terminar la segunda guerra de independencia, estaba en condiciones extraordinarias para gobernar e imponerse. Y no lo hace, y renuncia a todo, para pulir en su soledad la última faceta de su vida.

De su anecdotario entresacamos estas graciosas expresiones: la revolución era su madre, la guerra del 95 era su novia, y la república era la muchacha, que debía cuidarse, pues la cortejaba un pretendiente rico: Norteamérica. Cuando el general español Ramón Blanco le invita a negociaciones de paz, le escribe una carta tajante, que es un código de moral. De ella tomamos textualmente este párrafo: "Yo sólo creo en una raza, la humanidad, y para mí no hay sino naciones buenas y malas. Desde el atezado indio más salvaje hasta el rubio inglés más refinado, un hombre para mí es digno de respeto, según su honradez y sentimientos, cualquiera que sea el país o raza a que pertenezca, cualquiera que sea la religión que profese".

Hermosas, breves y profundas palabras de un hombre sencillo, sin más escudo que su talento natural, no cultivado sino en mínima porción.

Cuando ya terminaba su soledad inmensa y jubilosa, supo que el primer presidente de la república, doctor Tomás Estrada Palma, preparaba la reelección, y entonces, atraviesa de nuevo la isla de sus innumerables batallas, y victorioso en la ética política, proclama con energía y unción, a la manera de canto de cisne: "La reelección es un crimen de lesa patria".

Tal la hondura de su último grito, tal la fuerza de su postrer batalla. La figura de Máximo Gómez, resucitada entre nosotros por el doctor Abascal, crece con los años, y sigue siendo un ejemplo inmortal.

Voy a referirme ahora a la personalidad de nuestro segundo recipiendario, el doctor en farmacia, Héctor Zayas-Bazán y Perdomo.

Zayas-Bazán está en el inicio de su brillante carrera, en plena juventud. Pocos son los años de su vida profesional, y sin embargo, las vendimias intelectuales adelantan su cronología. Nacido bajo el signo del trabajo y del tesón, puede enorgullecerse ya de haber laborado en su cantera espiritual, con extraordinaria energía y no menor desinterés.

Adicto a las austeras disciplinas de la historia, coleccionador fervoroso de libros, documentos y obras de arte farmacéuticas, va adentrándose en el acervo tradicional y cultural de su patria, para devolver el tesoro, convertido en sabia idea y hermoso estilo. Ha escrito un libro sobre legislación farmacéutica y ética profesional, y se prepara para ganar la cátedra de historia de la farmacia, por oposición, en la Universidad de La Habana.

Posee condiciones de sagaz hermeneuta, y acostumbrado a los misterios de la alquimia, sabe verter en la retorta antigua la esencia del presente y la combinación aún no descubierta del futuro. Celoso de la amistad franca y sincera que se da sin reservas, ha cultivado para Guatemala la rosa blanca de Martí, y como químico que gusta de la mezcla y la proporción, ha fundado una Sociedad de amigos de nuestra patria, que será elíxir de comprensión y bálsamo de buena voluntad.

Héctor Zayas-Bazán nos ha traído un mensaje desconocido: el mensaje de las primitivas culturas autóctonas de Cuba, desaparecidas totalmente, para desgracia de la Isla.

Casi nada sabemos de los siboneyes y tahinos, indios agricultores, cuya única perduración en la actualidad, es el aroma de su leyenda, encarnada en Hatuey, el invencible, y esparcida en diversos y armoniosos nombres de lugares y cosas, que nos hablan en una lengua de diptongos musicales.

Zayas-Bazán nos trae un recuento sintético de la vida de aquellas razas que no soportaron la esclavitud, y dejaron un rastro de nobleza primitiva.

Cuán terrible y curiosa nos parece su actitud mental y física ante los pobres médicos, destinados a sufrir la paliza o la castración.

Muy interesante es la cita de las enfermedades cutáneas, y en especial la llamada caracol, tan relacionada con el problema del origen de la sífilis en el mundo.

No creo que esta enfermedad fuera sarna, pues el padre Román de San Jerónimo en su relación al almirante Colón, le dice que Caracaracol es el roñoso de los haitianos, que es leproso o sifilítico, antes de nacer, cuando el mar se formó. Este roñoso haitiano es semejante a Nanahuatzin de los aztecas, que padeció las bubas antes de que alumbrase el sol.

Los indios de La Española cuentan en su leyenda el origen de las bubas, afirmando que una mujer llamada Itiba Tahuava tuvo cuatro hijos gemelos muriendo antes de darles a luz, motivo por el cual le abrieron el vientre, extrayendo primero a Caracaracol, el roñoso o leproso. Este rompió una calabaza donde estaba encerrado el hijo de Jaia, que se convirtió en pez, saliendo tal cantidad de agua y peces, que se formó el mar. Y luego, tal como una Afrodita anadiomena, surge una mujer en el mar, con la que hubo gran placer, de donde se esparció el mal, que es el mismo, añade el padre Román de San Jerónimo, que llaman Mal Francés. Esta cita tiene mucho interés, pues demuestra que en los primeros años del descubrimiento de América, ya se conocía ampliamente la sífilis por los españoles conquistadores. Además prueba, con las salvedades de lo difícil que es hacer un diagnóstico diferencial retrospectivo, que los pueblos autóctonos de América también conocieron la sífilis, antes de la conquista.

Como lo he probado en varios artículos, aduciendo pruebas paleo-patológicas, y documentos históricos, el origen de la sífilis ya no se discute, admitiéndose que es congénita de todas las razas y ha estado esparcida, desde los más remotos tiempos, en todo el mundo.

Queda para el consocio Zayas-Bazán un rico venero de investigación en todo lo relacionado con la flora medicinal de los indocubanos. Todavía no se han valorado completa y científicamente, las propiedades medicinales de muchas plantas, usadas con sabio empirismo por nuestros nativos. Quizás puedan revelarse muchas sorpresas, logrando enriquecer la farmacopea americana con nuevos productos terapéuticos. Esperamos que Zayas-Bazán se consagre a estos estudios.

La Sociedad de Geografía e Historia agradece a los distinguidos doctores cubanos Abascal y Zayas-Bazán, sus magníficas contribuciones científicas e históricas, y al repetirles su más cordial bienvenida, hace votos para que en el futuro se intensifiquen las relaciones con las sociedades científicas similares de Cuba, logrando a través del prisma del espíritu, las ventajas de una amistad clara y nítida como la luz, y múltiple como la gama de sus siete colores.

# Atualidade de Pedro Luís

Por el socio correspondiente Freitas
NOBRE. São Paulo, Brasil.

Quando Pedro Luís nasceu, a Regência de Araújo Lima tinha sóbre os ombros a grande responsabilidade da revolução da Balaiada que rebentara na Maranhao a 13 de dezembro de 1838.

O Duque de Caxias conseguira abafar a revolta do Maranhão, tendo seguido, depois, para o Rio Grande do Sul, onde os "farrapos" continuavam a revoluçao contra o govêrno central.

Minas Gerais já se manifestara na época colonial com os movimentos republicanos de 1720 e 1789, com Felipe dos Santos e Tiradentes. Pernambuco tambén já expressara o seu pensamento republicano pela malograda revolta de 1817, na qual a figura de frei Miguelinho avulta sôbre as outras, numa auréola de sacrifício e de fé. Continuaram êsses movimentos, após a independência, com a revoluçao pernambucana de 1824 que desejava a Confederação do Ecuador, a Setembrada de 1832, os sobressaltos de republicanismo que preocuparam o Ceará desde dezembro de 1831, com Pinto Madeira, depois com José Martiniano de Alencar, a Sabinada na Bahía, a Guerra dos Farrapos no Rio Grande do Sul. Essa a marcha das campanhas democráticas.

*
* *

Os grandes oradores surgem, sempre, quando as necessidades políticas de uma coletividade insuflam os mais cultos para uma campanha em defesa dos direitos de liberdade que pertence ao povo. Por isso, Pedro Luís tinha de ser, forçosamente, um orador vibrante e entusiasta.

E desabafou os pensamentos e os ideais, mostrando ao Brasil o perigo dos que se acobertavam com o manto da lealdade e da franqueza e agiam como se os *ditos* fossem *não-ditos* e como se a conciência de un povo fosse um barco de papel que seguisse à revelia inverossimil dos desejos de uma minoria que nem tinha o direito de falar em nome do povo, em nome da coletividade.

Na inquietação social que antecedeu a lei de 1888, é que Pedro Luis cria um tumo para a sua vida.

Desde a época colonial que o Brasil vive uma vida de inquietação política, sem um período mais ou menos extenso de paz e de tranquilidade. Aliás, isso é explicado, perfeitamente, pelo resultado da fusão racial que se processou. Transportando os costumes dêste povo, subtraindo os hábitos daquele, absorvendo a maneira de viver de um ou de outro, por intérmédio do cruzamento, a sociedade teria que surgir como um resultado desas uniões, numa inquietação geral de raça que se forma.

Pedro Luís viveu sob essa impressão e não poderia ter sido outro. Com a tendência patriotica que estimulou desde pequeno em várias campanhas políticas que afirmaram a sua honradez e o valor do seu caráter, não podia

ter sido outro, senão o Pedro Luís dos arroubos libertários, clamando pelo advendo de uma Pátria maior e mais digna para os seus filhos. Pedro Luís definiu a sua época, porque identificou-se com ela, confundiu-se com ela. Não podia haver êrro maior que o de esquecer êsse vulto admirável, criador de versos lapidares que o povo guardou como um estímulo e uma ordem de mando para a conquista real, firme, resoluta de um destino para o Brasil.

Estamos processando a um cômputo de valores, a uma análise dos esforços que cada um despendeu; e essa revisão histórica veiu demostrar a atualidade de Pedro Luis. O Brasil necessita criar um destino que seja genuinamente nosso, que concentre toda a fôrça das nossas idéias e que marque um rumo definitivo da nossa marcha através dos tempos. Pedro Luís previu que êsse destino teria que surgir, mais cêdo ou mais tarde, porque as fôrças concientes da nacionalidade haveriam de aglomerar-se em um bloco único e haveriam de definir um rumo novo e certo para o Brasil. Apesar disso, a Nação vive, ainda hoje, do patriotismo dos heróis, dos que tombaram, dos que se sacrificaram.

E Pedro Luís ainda está vivo, porque o Brasil já começa a ter uma conciência e a formar um destino.

"Meu consôlo é viver na obscuridade, tendo por sonho o amor de una mulher e a cabeça loura de um "criança", costumava dizer Pedro Luís aos seius colegas da Faculdade à maneira de um contemporâneo de Academia. Aprovado com distinção nos exames da Instrução Pública da côrte, Pedro Luís veiu para S. Paulo e, em 1858, matriculou-se na Faculdade de Direito do Largo de São Francisco. Parece que, desde a sua chegada, localizou-se na Chácara dos Ingleses, à rua da Glória, onde ocupava dois quartos, organizando, ali, segundo Peçanha Póvoa, um verdadeiro centro de estudes, onde se discutia arte, política e literatura. Muitas e muitas vezes Pedro Luís rodeava-se de amigos e colegas e passava horas e horas recitando os seus versos. Sua poesia "Lágrimas do Passado", segundo o testemunho de Mário Neme na "Revista do Arquivo Municipal", era recitada em todos os serôes e festivais. Pedro Luís no entanto, odiava-a como o fruto da inexperiência dos seus 16 anos... No libro "Anos Acadêmicos", afirma Peçanha Póvoa: "A poesia *Tirantes* não transcrevo, porque todos a repetem, quer sejam poetas, quer apreciadores", documentando, assim, a fama de Pedro Luís.

A poesia de novo pôe suas bases fortalecidas à sombra das Arcadas, notando-se pouco a pouco, a influência de doutrinas importadas especialmente da França e da Alemanha. (Comte, Michelet, Balzac, Schopenhauer, Byron, Lamartine, etc.)

O periodo letivo de 1860 último ano que Pedro Luís cursou a Faculdade, foi, talvez, o mais decisivo de sua história. Havia oradores de renome como Pedro Fernando, Fortunato de Brito o Teodomiro Alves Pereira. Até Carlos Gomes, convidado pelos acadêmicos, veiu a S. Paulo e viveu durante vários dias na intimidade das repúblicas e das pensões de estudantes, deixando, por essa época, a música do "Hino Acadêmico", letra de Bittencourt Sampaio. Essa foi, aliás, a fase mais importante da Academia, porque Pedro Luís, Luís Guimarães, Castro Alves, Fagundes Aarela, Américo Lobo, Alvarez de Aze-

vedo e tantos outros viveram sob as Arcadas o entusiasmo mais impressionante que abalou a mocidade acadêmica de São Paulo. Já dois partidos da época viviam aos encontrões. Os conservadores, pelo "Constitucional", atacavam os liberais e, até no Parlamento o deputado Saião Lobato verberava contra o pensamento da mocidade acadêmica que fugira ao tradicionalismo político. Além do "Conservador", que não era influenciado exclusivamente pelos acadêmicos, existia "A Lei", dirigida por Melo Matos, Miguel Tavares e Monteiro da Luz. As pensões tiveram uma vida agitadíssima. Calcule-se, por exemplo, a república da rua da Gloria, agitada pelas discussões partidárias ou pensão de Teófilo Otoni com sede de partidos e de jornais!

Cercados de todos os lados, quasi sem liberdade de agir, vigiados e perseguidos, os liberais contavam, porém, em suas reuniões, com a presença de elementos de destaque como Rangel Pestana, Rodrigo Otávio, Salvador de Mendonça, Cesário de Faria Alvim, Carlos de Abreu e outros. Apareceram o "Timbira" e a "Legenda", onde Pedro Luís muito colaborou e cuyos tipógrafos foram presos com o objetivo de retardar o desfecho dos acontecimentos. Quando muito *retardar,* pois a marcha da Democracia, já tinha fixado as suas raizes na alma nacional, na alma e na conciência da mocidade. E a prova de que a opressão não era senão um estimulo, temos n' "O Futuro" e n' "A Razão", jornais liberais que surgiram depois desses atritos com as autoridades.

Diplomando-se em 1860, Pedro Luís regressou à Côrte, ingressando na impresa, como cronista parlamentar do "Correio Mercantil", tendo trabalhado no escritório de advocacia de Teixeira de Freitas e, algum tempo depois, no escritório de Francisco Otaviano. Êsse, o ambiente da velha Faculdade na época de Pedro Luís, "legitimo filho espiritual das Arcadas". Pode-se, aliás, afirmar, sem receio que a história da Faculdade de Direito de São Paulo é uma miniatura da História do Brasil, pois todos os fatos de maior relevância viveram as suas origens ou as suas consequências à sombra inesquecivel das Arcadas. E Pedro Luís foi um pouco dessa agitada vida acadêmica da Paulicéia.

Assim como a Pátria atrasara-se no compasso histórico, a Inconfidência Mineira se lhe aidantara. Havia error tanto naquele retardamento como nesse adiantamento. O trabalho para a libertaçao não podia ser feito como estaba sendo. As articulações resumiam-se quase entre Minas e o Rio de Janeiro. O Brasil estava ameaçado de sofrer a descentralização geográfica de tão graves consequências à sua própria unidade política. Os fatos da história nacional, no entando, parece que seguiram algum ritmo mais ou menos determinado e, se o sacrificio da Inconfidência trouxe ao Brasil males os mais terriveis, trouxe, também, os benefícios mais lucrativos e práticos: despertou na alma nacional a conciência da Liberdade e insuflou as masas para a conquista dos direitos de soberanía, de autonomia, de honra.

Pedro Luís não foi monarquista. Êle compreendeu que atrás de um regime que passou de atualidade, tem que vir nova forma de govêrno, que, por sua vez será alterada, quando caducar o espirito de suas fórmulas jurídicas. Ê que somos, especialmente, o "ser social e político" de que nos fala o filósofo grego. Pedro Luís soube, assim, conciliar o pensamento diante da situa-

ção: sendo anti-monarquista, ocupou durante êsse regime os cargos de maior destaque, como o de ministro de várias pastas, senador e presidente da Provincia da Bahia. Quando se erguia na Praça da Lampadosa um estátua a Pedro I, êle escrevêra, perguntando se era aquele o anjo do Brasil. E êle proprio acrescentara:

"Não é, não!... Vergonha imensa!
Nesta quadra corrompida,
Com a fonte envilecida,
Sem glórias e sem pudor,
O Brasil cruzando os braços,
Dobra os joelhos contrito,
Ante a massa de granito
Do Primeiro Imperator.

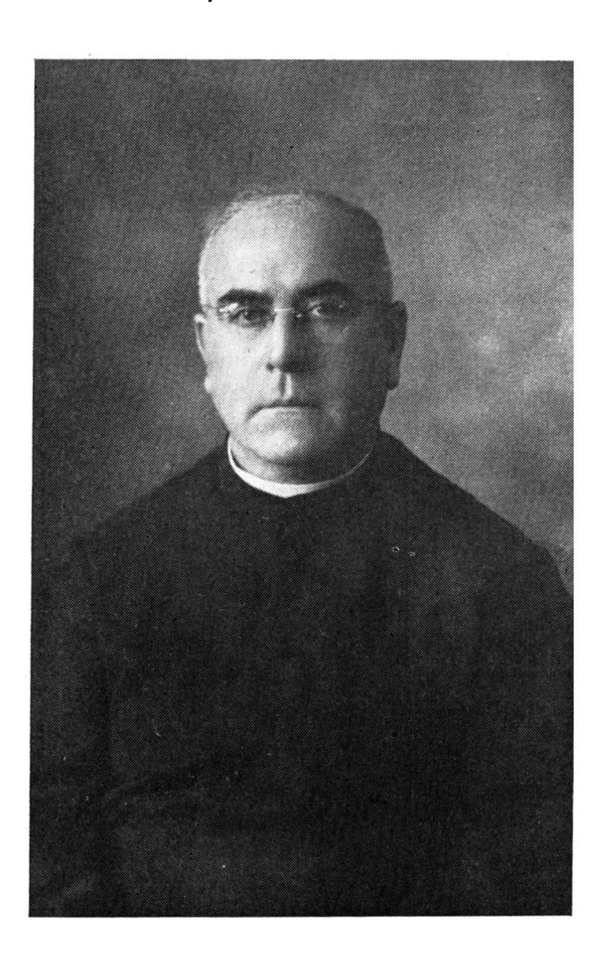
Curvai-vos raça de ingratos!
Nos dias de cobardia
Festeja-se a tirania
Fazem-se estátuas aos reis!...
Embora tenham da Pátria
Ouvido os longos gemidos,
Os cadafalsos erguidos
E postergadas as leis".

No entanto, êle que como protesto lembrava, naquele instante, a figura de Tiradentes que fôra ali enforcado e esquartejado, não deixou de ser um colaborador eficiente e decidido da Monarquia. Há quem veja nisso falta de coerência e de convicção. Mas, lembremos que Pedro Luís, embora inimigo da Monarquia, estava certo de que o Brasil não poderia seguir a sua marcha histórica, sem passar por êsse capitulo do regime monarquico. E não há nada demais nessa dupla convicção. Todas as convicções se alimentam de duas cousas: o da esperança no *meio* e o da certeza no *fim*. E essa esperança na função histórica do Império não era, senão, a sua própria convicçao republicana. Quando ocorreram a Abolição e a República, Pedro Luís já não estava vivo. Não sei por que os grandes idealistas morrem antes do sucesso. Parece que a História já se sente satisfeita com o que fizeram e quer distribuir com outros a responsabilidade dos acontecimentos.

# ¿El pueblo vasco factor importante en el poblamiento precolombino de América?

Por el socio correspondiente presbítero y licenciado Daniel BASAURI y RETOLAZA, S. J., San Salvador.

Es un hecho universalmente admitido, la gran maestría que en el arte de navegar mostraron en todo tiempo los marinos vascos. Sus conocidos navegantes: Elcano, Urdaneta, Legazpi, por citar sólo algunos, fueron precedidos en los siglos anteriores por otros muchos, quienes en frágiles embarcaciones desafiaban las iras del mar alejándose extraordinariamente de sus puertos en busca del bacalao y de la ballena.



"Parece averiguado, dice Humboldt, que Europa tiene que agradecer esta pesca de la ballena, sobre todo al valor y a la pericia de los vascos, debiéndosela atribuir con preferencia a los navegantes bayoneses.

Estos observaron que las ballenas que pescaban todos los años en sus costas aparecían con regularidad en determinadas épocas y desaparecían de nuevo; probaron pues seguirlas cuando abandonaban las aguas más meridionales y así fueron poco a poco atraídos hasta Groenlandia e Islandia.

Armaron en otros tiempos flotillas de cincuenta a sesenta barcos de pesca y supieron tan bien ganarse la simpatía de los islandeses, que éstos les favorecieron de un modo especial.

Prosiguieron incrementando su pesca — que empezó a ser menos pingüe —, por varias regiones, primero por las cercanías de Groenlandia y de Islandia, después por Finlandia y por último por el estrecho de Davis. Sólo que no pudieron mantener por mucho tiempo el monopolio, llegando durante algún lapso, a ser desalojados de las aguas del norte por los holandeses. Estos dispusieron su primera empresa el año de 1612; pero tan no pudieron pasarse sin los vascos, que buscaron tomar varios de ellos a su servicio. Componían una parte considerable de su tripulación y los empleaban con preferencia como arponeros. Durante la pesca tenían un poder ilimitado a bordo y hasta el capitán debía obedecerles. Cuando otras naciones se asociaron a los holandeses en estas pesquerías, los vascos concurrieron de nuevo con ellos. Los golfos de los alrededores de Spitzberg se distribuyeron formalmente, los ingleses tomaron la parte más meridional, les siguieron los holandeses, y la más septentrional junto al golfo Rojo les tocó a los vascos (franceses y españoles), pues todavía el día de hoy se conocen cabos vascongados.

En tiempos recientes, han abandonado los vascos la pesca de la ballena por la del bacalao, pero siempre les queda a éstos la gloria de haber dado a conocer a Europa, una de las pescas más útiles aunque también de las más peligrosas, y de haber transplantado su nombre a uno de los puntos más septentrionales de la tierra". [1]

Esta ocupación se remonta a fecha bien lejana. En efecto varias de las villas vascas del litoral la representan en su heráldica, llevando además el escudo de Lequeitio la siguiente inscripción: *Lequeitio reges debellavit, horrenda cetta subjecit, Terra Marique potens.* Lequeitio poderosa por mar y tierra, subyugó a reyes y destruyó las más horribles ballenas.

El más antiguo de estos escudos lleva la fecha de 1297; pero muchos años antes era éste el género de vida de una buena parte de la región costera. Testimonio también muy valioso es el de los sellos, uno de los cuales va representado en la siguiente figura:

---

(1) Guillermo de Humboldt: Los vascos o apuntaciones sobre un viaje por el país vasco en la primavera del año de 1801. Revista Internacional de Estudios Vascos, San Sebastián, Tomo XV, Nº 1.
Este eminente sabio alemán, visitó el país vasco en el año 1801, y de él se expresó de la siguiente manera: "Este es el único país en el que he visto que la cultura intelectual y moral es verdaderamente popular, en el que las primeras y las últimas capas de la sociedad no están separadas por una distancia por decirlo así infinita, en el que la instrucción y las luces de la clase alta han penetrado hasta cierto grado por lo menos en las bajas, y en el que la honradez, la franqueza y el inocente candor de éstas no ha llegado a ser extraño en aquéllas. Ahí radica el gran atractivo que sobre mí ejerce este país. Se ve perfectamente una región en que la fuerza, el movimiento, hasta la forma general del carácter viene de la masa y no es sino cultivado y refinado por los individuos a quienes su situación personal ha puesto en estado de hacer más grandes progresos. En casi todos los otros países, el pueblo no es sino una masa inerte".



FUENTERRABIA

Sello del Concejo de Fuenterrabía mostrando en el anverso una escena de pesca de ballena y en el reverso un castillo (año 1297)

Estos pescadores en sus travesías no solamente llegaban hasta Groenlandia, sino hasta la misma Terranova como lo prueban los nombres vascos que han quedado a algunos de los lugares de esta isla. Así bahía de Vizcaya, Portuchua, Echaide Portu, San Lorenzo Andia, Buru Andia, Buruchumea, Macallaua, Ederra, Auguchar, Biarritz y otros, indican bien a las claras la lengua natural de los que los impusieron.

¿Pero cuándo vinieron por primera vez a estas apartadas regiones?

Este dato tan interesante no ha podido hasta la fecha fijarse con toda seguridad. Para algunos autores como Prevost [2] Eliseo Reclus[3], Segundo Ispizua, [4] y otros, esta fecha es muy anterior al año de 1492, no admitiendo dicho aserto el historiador Enrique de Gandia, [5], por no haber según él, documentos que fundamenten con solidez este hecho.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que los audaces viajes de los marinos vascos, así como las particularidades de su lengua y sus características antropológicas, han hecho a no pocos fijarse en este pueblo como factor del poblamiento de América.

---

(2) Histoire des voyages, París.

(3) Nueva Geografía Universal. Madrid. 1889.

(4) Historia de los vascos en el descubrimiento, conquista y civilización de América. Tomo I. Bilbao, 1914.

(5) Primitivos navegantes vascos. Editorial Ekin, Buenos Aires 1942. "Durante siglos — dice este escritor — la historia del pueblo vasco ha sido considerada por los estudiosos como un conjunto de misterios.

Desde el siglo XVII hasta la actualidad, los aficionados a la antropología, a la filología y a las teorías extraordinarias acuden a la historia vasca para lanzar hipótesis descabelladas. Tal vez no hay pueblo como el de los vascos, acerca del cual se hayan emitido tantas fantasías.

Su lengua ha sido emparentada con casi todos los idiomas del mundo. Su origen se ha buscado en las comarcas más lejanas: América, Japón y la India no se han librado de un parentesco con los vascos. Por fortuna, aunque el misterio de su raza y de su lengua continúe, estudiosos serios han hecho justicia de estas locuras.

Con los navegantes del Cantábrico ocurrió un proceso paralelo. Primero se habló de empresas fabulosas. Luego las hazañas fantásticas se fueron reduciendo a límites más razonables." Obra citada. página 16.

"Hay, dice un conocido escritor, [6] en el occidente de Europa, entre Francia y España, confinado en las montañas, un pueblo que difiere de todos los de esta parte del mundo, que parece ofrecer en parte los caracteres de una raza primitiva y que habla además un idioma que no tiene la más pequeña analogía con todos los demás del viejo continente, sean semitas o indoeuropeos.

Este pueblo es el pueblo vasco que habla el eúskaro o vascuense, lengua que según los trabajos más recientes parece que fué hablada por los pobladores de Europa occidental y meridional, antes de la invasión de los arios".

El antes citado Guillermo de Humboldt, fué el primero en señalar al mundo científico las singulares analogías del vasco con algunas lenguas americanas, particularmente con la de los Delaweres y Chippewais. Lo mismo que el vasco, estas lenguas americanas son polisintéticas, ofreciendo no pocas relaciones y semejanzas así desde el punto de vista de la formación de las palabras, como de la declinación, conjugación y de la misma numeración. [7]

De esta misma opinión es el P. Fita S. J. quien al hablar de la relación entre las lenguas americanas y el vasco cree que algún día se verá la comunidad entre los iberos de España y los aborígenes de América. [8]

Baudrimont, profesor de la Facultad de Ciencias de Burdeos, ha llegado a establecer curiosas aproximaciones entre la lengua vasca y varias de las lenguas americanas. Según él, las voces *andia* que significa grande, *ur ugari,* agua abundante, *oren,* ciervo y *ariñ,* rápido, se encuentran en muchos nombres geográficos de América del Sur, lo mismo que las palabras *aboa,* boca, e *illa,* luna, las que con esta misma significación se encuentran en las lenguas guaraní y quichua. [9]

---

(6) F. Ameghino. La antigüedad del hombre en el Plata. París, 1880.

(7) G. de Humboldt. Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne.

(8) P. Fita en IV C. I. A., Madrid, 1881. Actas, 1882, T. II. pág. 136.

(9) Baudrimont: Histoire des Basques ou Escualdunais primitifs, citado por Ameghino en su obra: Antigüedad del hombre en el Plata. Buenos Aires, 1918. Dice muy acertadamente a este propósito el profesor Poznanski: "El hecho de que existan en algunas tribus de las Américas algunas vagas y superficiales afinidades lingüísticas con los idiomas de tierras lejanas, no justifica la suposición de que en épocas prehistóricas hayan venido de tal o cual parte a este continente, pueblos extraños. Siempre se han reconocido ciertas semejanzas en algunos idiomas que parecen haberse derivado de fenómenos primarios de sonido (onomatopéyicos).

Es posible observar un ejemplo sencillo de semejanza de sonidos entre el alemán Kumme Nase y Kumanasa (nariz curva) de la lengua del altiplano andino.

Rudolf Falb, investigador científico del siglo pasado, descubrió en las lenguas aymara y quechua, lo que él suponía que eran palabras semíticas y sánscritas. De esta manera hablando en términos de geología, el pretender buscar inmigraciones recientes a base de unas pocas palabras coincidentes, es más bien un propósito desatinado. Ellas constituyen "folk words" (vocablos del pueblo). Además las invenciones simultáneas de ciertos utensilios y técnicas, pueden ser determinadas por distintos pueblos que nunca tuvieron contacto alguno entre sí, fenómenos que hoy se conocen con el nombre de convergencias.

Finalmente el establecer relaciones raciales a base de unos cuantos índices craneanos de una media docena de cráneos aparentemente semejantes, es una proposición que un verdadero antropólogo debe rechazar.

Me gustaría facilitar a cualquier estudiante de antropología física el cráneo de un indio, de los que se han venido a llamar aymara, o mejor aún un cráneo khella, y junto a él uno de algún semita de Palestina cuyos antepasados no hayan tenido mezcla racial alguna, para ver si puede distinguir entre ambos, alguna diferencia morfológica o de otra índole. Así que la pretensión de comprobar con esos alegatos las primitivas inmigraciones prehistóricas a las costas americanas se reducen a la nulidad." (Revista Belga, febrero 1945, Nueva York.) Como anteriormente lo hemos indicado estamos conformes con las afirmaciones del profesor boliviano; pero ¿no le parece al señor Poznanski que estas analogías así lingüísticas como antropológicas tan extrañas denotan un primitivo tronco humano común y una primitiva lengua también común de los que por modificaciones realizadas a través del espacio y del tiempo se han producido las diferenciaciones que hoy observamos? ¿No es esta explicación mucho más científica que la del evolucionismo absoluto que propugna Poznanski basándose en hipótesis totalmente gratuitas, muchas de las cuales hacen sonreír a cualquier lector medianamente crítico?

Por otra parte, según Brocca, los vascos se acercan a las razas americanas entre otras cosas por su pelo, que además de ser fuerte, negro y liso, presenta cortes transversales redondos o circulares con el centro de su canal medular lleno de pigmento. (10)

Su cráneo, prosigue este autor, es dolicocéfalo, forma característica de los cráneos de las razas primitivas americanas aún existentes.

Pero en esta materia cedamos la palabra a un verdadero especialista, al profesor Telésforo de Aranzadi, antiguo rector de la Universidad de Barcelona. (11) Según éste, la raza vasca está caracterizada por los tres rasgos salientes: platicefalia o poca altura craneal, anchura temporal, cara reducida en cuanto lo permite su longitud y la anchura hacia las orejas.

Es aborigen de la Europa y no semita. Mirando al cráneo desde arriba, su forma es elíptica con dolicocefalia oval y pentagonal con subdolicocefalia: en los masculinos predomina la oval y en los femeninos la pentagonal.

En la norma posterior hay de bóveda rebajada, subpentagonal redonda y pentagonal alta, pentagonal cuadrada, bóveda aplanada con norma estrecha, bóveda ancha con norma pentagonal redonda, bóveda alta con norma pentagonal redondeada, bóveda ojival con norma oval y subpentagonal: la porción cerebelosa abultada con norma pentagonal. En la norma lateral le son característicos el saliente del occipucio y la inflexión del obelio.

Pero aun admitidas todas las analogías arriba indicadas, muchas de las cuales son ciertamente bien dudosas (12) ¿qué influencia pudo ejercer nuestro pequeño pueblo en el poblamiento del continente americano o en las características raciales de sus habitantes? ¿Cuándo y cómo pudo realizar esta acción?

Por lo que hace a Terranova es notorio que los pescadores vascos iban a aquellas regiones y volvían de allí, y aunque en algunos de sus puertos establecieron puestos permanentes, bien se echa de ver que su influjo tuvo que ser prácticamente nulo. En cuanto a otros lugares más meridionales, que es a los que principalmente aluden los que proponen esta solución, no hay documento alguno que pruebe dicha idea, pero aunque lo hubiera, su papel sería tan insignificante como el de los normandos. (13) Puede por lo tanto afirmarse que el elemento vasco hasta la llegada de Colón, no ejerció influencia alguna en el problema propuesto.

---

(10) Brocca: Caracteres du crâne des Basques.—Sur les crânes basques de Saint Jean de Luz.

(11) Telésforo de Aranzadi. Cráneos de Guipúzcoa. Madrid, 1913.

(12) Las exageraciones que se suelen cometer en esta materia, son frecuentes y extraordinarias. Así en la reciente obra de A. Braghine que lleva por título: "El enigma de la Atlántida", se dice en la página 230, lo siguiente: "Cuando me hallaba en Guatemala, me hablaron con frecuencia de una tribu india del distrito del Petén que habla un idioma que se parece al vasco hasta tal punto, que en cierta ocasión según me contaron, un misionero vasco pudo predicar a aquellos indios en su propio idioma y hacerse comprender por ellos".

La única explicación para nosotros de este extraño fenómeno estaría en el don de lenguas del afortunado misionero, del que para desgracia nuestra no se cita el nombre.

(13) Sabido es que estos marinos valiéndose de débiles embarcaciones — sus drakkar — arribaron primero a Islandia y después a Groenlandia donde, en 986, Erik el Rojo y Thorffin Karlsefni, establecieron dos colonias, en las que la población normanda llegaba a 3,000 almas. Saliendo de aqui, Leif, hijo de Erik el Rojo, descubría la tierra firme de América, el Vinland, lugar que no se ha precisado con toda exactitud, pero que se cree que se halla cerca de Nueva Escocia, en la Bahía de Passamaquody. Pero los estudios realizados a este respecto tanto entre los indios de Hop como entre los esquimales de Groenlandia no acusan influencia normanda de alguna importancia en los caracteres antropológicos, etnográficos ni lingüísticos de estos pueblos.

# Las cosas de la alimentación en la Historia de Sahagún

Por el doctor Alfredo RAMOS
ESPINOSA, México, D. F.

Este es un relato de sugerencias surgidas al ir leyendo la "Historia General de las cosas de Nueva España", de fray Bernardino de Sahagún, en su edición de 1938. Es un comentario, una glosa, no un sesudo trabajo de investigación histórica y gira en torno de los libros décimo y undécimo de dicha obra.

Sahagún escribió en su "Historia General de las cosas de Nueva España" un Código de alimentación, muy adelantado para su época, en el que señala con minuciosidad las características que ahora llamaríamos higiénicas de los productos alimenticios, que para facilitar la exposición agrupo en ocho incisos:

I.—Granos, semillas, harinas y panes.
II.—Miel y pulque.
III.—Fruta y hortalizas.
IV.—Las verduras.
V.—Los productos animales.
VI.—Los atoles.
VII.—Alimentos minerales.
VIII.—El agua.

No vienen los artículos numerados, tampoco vienen términos curialescos, ni penas para los infractores, pero en el cabal relato de Sahagún hay todo un Código de alimentación que considera, tanto los productos naturales, como los ya elaborados. Al estudiar los alimentos como se preparan en el hogar, se adelanta en varios siglos a la preocupación dietética moderna.

Estimo que Sahagún hizo bien al dedicar menos páginas a los acontecimientos políticos y militares y más a describir la vida sencilla en la plaza pública y en el hogar, en donde la mujer, callada y pacíficamente, realiza la gran labor que los historiadores olvidan a menudo.

### *I.—Granos, semillas, harinas y panes.*

(Cap. XVIII, Lib. X.)—Quiere Sahagún semillas de cacao, gordas y macizas que el tratante debe poner aparte de las menudas, de las que son como huecas y de las quebradas y aparte también las de cada género, ora blanquizcas, cenicientas o coloradas.

Sigue el grano de América, el maíz, que el buen tratante vende limpio, gordo, sin falla, recio y duro, aparte el blanco del prieto y que el malo vende agorgojado y dañado y revuelto el maíz nuevo con el de dos, tres y aún diez años. Brilla un espíritu de selección en el historiador, que no sabía que el almacenamiento prolongado oxida las vitaminas.

Después del maíz, tenía que tratar de los frijoles, que son como carne para ponerse sobre las tortillas y dice del buen tratante que vende aparte los de cada género y los vende nuevos, limpios, gordos, sin dañar, para que, como piedras preciosas, se puedan guardar en el arca o en la troje y da al precio justo los amarillos, los colorados, los blancos y los menuditos, los que son como jaspeados, los de diversos colores y los muy gordos como habas, que se dicen en la lengua "ayecotli". El mal tratante envuelve los buenos con los ruines y dañados. Sahagún hablaba de guardar como piedras preciosas los granos de leguminosa que la ciencia moderna cataloga entre los alimentos fundamentales.

Quiere chia uniforme y aceitosa aparte el chile de cada especie y estación y aparte el tocado por el hielo o que no está bien sazonado, quiere jitomates de tamaño y maduración uniformes, alejados de los podridos, machacados, acedos o no bien maduros, que todavía vemos en el mercado de los pobres porque hemos olvidado el empeño de Sahagún.

Quiere pepitas de calabaza de buen sabor, lejos de las podridas y dañadas, las que amargan, las tostadas y demasiado saladas. Fué más prudente que muchos de nosotros que quisimos considerarlas como alimento bajo y ordinario sin tener en cuenta que podían tener algunas buenas grasas y vitaminas.

(Cap. XIX, Lib. X.)—La tamalera debería vender tamales de pescado, de gallina o de otra manera, bien hechos, sabrosos y limpios, nunca sucios, desabridos y revueltos con otras semillas, ni podridos o hediondos por ser ya de muchos días. Ved cómo el que sabe sentir puede presentir la acción de las ptomainas varios siglos antes de que se descubran.

La tortillera vende tortillas de muchas maneras y otras que tienen dentro chile molido o carne, o llevan chile untado o chilmolli, esbozo de memelas y garnachas que todavía saboreamos. Había también tortillas de huevo, de masa mezclada con miel y las cocidas debajo del rescoldo.

No se avergüenza al hablar de nuestros guisos ni los desprecia al decir: "La que vende cazuelas hechas con chile y tomates suele mezclar ají, pepitas, tomates, chiles verdes y tomates grandes, y otras cosas que hacen los guisados muy sabrosos, tienen también por oficio vender asados, y carne asada debajo de tierra, y chílmolli de cualquier género que sea, y otros muchos guisados". Es lógico al haber tratado primero de los productos naturales y después de los elaborados; parece haber presentido que el higienista tiene que llegar más allá del mercado en que se venden y transportan los productos alimenticios, entrando respetuosamente al hogar para averiguar lo que se come y la manera de tomarlo y así, dice de la guisandera que ha de saber: "hacer bien de comer, hacer tortillas, amasar bien, saber echar la levadura, para todo lo cual es diligente y trabajadora; y sabe echar tortillas blancas, redondas y bien hechas, prolongadas y delgadas, con pliegues, o arrolladas con ají; y sabe echar tamales de carne, como empanadillas y otros guisados que usan. La que es buena en este oficio sabe probar los guisados si están buenos, o no, y es diestra y experimentada en todo género de guisados, entendida y limpia en su oficio para hacerlos lindos y sabrosos. La que no es tal... es penosa y

molesta porque guisa mal, es sucia y puerca, comilona, golosa y cuece mal las tortillas, y los guisados de su mano están ahumados, o salados, o acedos, y tal que en todo es grosera y tosca". En estas líneas hay apología de la delicadeza femenina y con toda seguridad una preocupación que hoy caería en el dominio de la dietética. Sahagún habla con empeño de tortillas y tamales y tienen que pasar muchos siglos para que volvamos a preocuparnos por saber lo que son.

Regresemos al capítulo XIX del libro décimo. Quiere pan blanco y dulce, harinas bien molidas, deshojadas y muy blancas, como la nieve, según el viejo prejuicio, pero habla con amor del "trigo de todo género, blanco, amarillo, trechel, candeal, gordo y macizo y duro". Ya quería los trigos duros, ricos en minerales y vitaminas de que tanto hablaba la prensa médica de Francia poco antes de la guerra que hoy asuela al mundo.

El trigo ruin era el menudo, vano y podrido, mohoso y que tiene neguilla, y helado y también el mal sazonado y comido de gorgojo. En un reglamento moderno sobre trigo, poco más se podría poner.

Termina este capítulo refiriéndose a la harina mezclada fraudulentamente con maíz molido, tal como hoy se le ponen a la masa olotes y otras cosas que nos permiten decir que hemos prosperado en el oficio de ser malos tratantes.

### *II.—Miel y pulque*

(Lib. X, Cap. XX.)—"El buen tratante en el oficio de miel y pulque —dice Sahagún— no adoba la miel con alguna cosa, sino como es virgen así la vende, ora sea miel de abejas, ora de otro género, blanca o prieta. El mal tratante dáñala, mezclándola con cosas que la hacen espesa como son metzolli que son raspaduras del meollo del maguey, y el agua mezclada con cal con que cuece el maíz, o con algunas raíces como son las de las malvas, y algunas semillas, las cuales molidas y mezcladas con la miel hácenla parecer buena y espesa, o solamente le echa agua o lejía". Parece un oficial sanitario de nuestros días que anduviera tras de pulques con nopalillo y aguas frescas con muchas cosas. En el capítulo IV del libro undécimo se refiere a la miel de abejas muy amarilla y buena de comer, como si presintiera que la intensidad del color amarillo denota a menudo riqueza en elementos minerales y vitamínicos.

### *III.—Frutas y hortalizas*

(Lib. X, Cap. XXII.)—Quiere fruta bien sazonada como si supiera que la verde suele ser venenosa por el ácido cianhídrico que puede contener y dice: "Vende cañas dulces, xilotes y mazorcas verdes y las desgrana a las veces para hacer tamales y tortillas de ellas, vende también las mazorcas tostadas y las tortillas de masa mezcladas con miel, y los granos de maíz tostados, envueltos con miel, harina de maíz tostada mezclada con miel, y las pepitas de calabaza hervidas con miel y cascos de calabaza cocidos y otras comidas que están en la letra". Estamos ante la bizcochería mexicana a base de elote con sus gorditas y sus uchepos, el pinole y otras cosas que me preocuparon cuando escribí el "Arte de comer con maíz".

Después, sigue la fruta propiamente dicha, "vende también unos erizos de fruta como nabos que llaman jícamas, unas raíces de árboles que son como batatas y patatas silvestres, y unas raíces comestibles llamadas tocimatl y piñas, fruta y zapotes de todas maneras y peruétanos, anonas, mameyes, ciruelas de todas maneras, guayabas, manzanilla de la tierra, cerezas de cualquiera especie, tunas amarillas, coloradas, blancas, rosadas, vende también unos tamales pequeños dulces, que se venden por fruta". Buena agrupación de raíces, tubérculos y frutas sin sus correspondientes vitaminas porque entonces no se conocían.

Más adelante, en el capítulo VI del libro undécimo, al tratar de los árboles y sus propiedades, va a describir los zapotes, el tejocote, el guaje, el mezquite, el capulín y las tunas ya mencionadas, entre las que va el xoconochtle, que algunos hemos saboreado en el rico mole de espinazo.

En la parte de raíces comestibles, con el guacamote, el camote y la jícama al frente, siguen nombres que ni siquiera puedo identificar, lo que indica que he tenido menos interés que Sahagún para estudiar las cosas nuestras. Lo mismo puedo decir en tratándose de setas que él describe y yo no conozco.

### *IV.—Las verduras*

(Lib. X, Cap. XXV.)—No le importa que las hierbas se planten o se recojan del campo en tiempo de aguas, pero sí que sean comestibles, como las hojas de las matas del chile, bledos (alegría), acederas, mastuerzo y poleo. Más adelante (Lib. XI, Cap. VI), va a enumerar cuidadosamente, señalando cuál es el procedimiento de cocimiento, sabor y otras propiedades, aparte las hierbas comestibles que se toman cocidas y las que se toman crudas, como si hubiera presentido que esto es importante porque la ebullición destruye la vitamina C antiescorbútica, y ataca otras en determinadas condiciones. Entre las hierbas que se comen cocidas señala los quiltoniles y la flor de calabaza, entre una docena más o menos de verduras y quelites que no sabría yo identificar. Con las que se comen crudas, hace verdadera feria por lo muchas que son, pues suman alrededor de treinta que debieron tener mucha importancia por su variedad en el régimen vegetariano más o menos estricto del común de la población aborigen, misma que en nuestros días sabe saborear el pápaloquelite, cuyas vitaminas no dosificamos todavía. Y no habían de faltar en el capítulo siguiente las hierbas olorosas que dan sabor y estimulan las secreciones digestivas, con el epazote al frente y que distingue entre las medicinales y las que no se comen.

Cuando en los días que corren veo a los investigadores de nuestra alimentación formar listas de nuestros productos alimenticios, tengo la impresión de que la labor iniciada en el siglo XVI por Sahagún, no se prosiguió con el mismo empeño.

### *V.—Los productos animales*

En el inciso de "Pescadores" (Lib. X, Cap. XXII) anota los camarones y pescados, sabandijas menudas como *arenc,* que no sé lo que serían, los huevos de pescado, y señala que se les puede ver como tales o en tortillas, ta-

males o buñuelos. Un código sanitario moderno habla de pescados y mariscos, de productos sin elaborar y elaborados, varía el estilo, pero hay destellos del mismo pensamiento.

Como si Sahagún quisiera satisfacer al investigador más escrupuloso, dejando una lista completa de productos animales (Lib. XI, Cap. V), habla de las langostas que son de comer y de las que no lo son, así como de los gusanos, para hacer honor al gusano de maguey, muy blanco y muy bueno.

Donde habla de camarones y tortugas (Lib. XI, Cap. III) dice de los camarones colorados y muy sabrosos, de las buenas tortugas y galápagos, de las ranas y los caracoles de la mar.

Al hablar de la iguana dice que es de aspecto espantable, pero buena de comer.

Pone aparte los peces de los ríos y lagunas, para hablar, entre otros, de los sabrosísimos juiles.

Habla de los atepocates que come la gente baja, de las ranas y ranillas que se comen desolladas, de los ajolotes que son comida de los señores, de los acociles que se comen cocidos o tostados, de otro animalejo que se llama aneneztli, de los coquillos del agua que llaman axaxayacatl, que según pienso y entiendo son el ahuautle, y sigue hablando de mosquillos, gusanos, coquillos y urronas, sobre las que no puedo pensar porque no entiendo.

Siempre la idea de mencionarlo todo, de describirlo, de definir lo que es comestible y lo que no lo es, como el ahuizote, que ahoga a sus víctimas para comerles los ojos, los dientes y las uñas.

En verdad es para sorprender que con tan buenos augurios, hoy día no tengamos un catálogo de nuestros productos alimenticios que expresara siquiera sus características morfológicas.

De los carniceros (Lib. X, Cap. XXII), dice que venden "carne de todo género, de gallinas, de venados, de conejos o de liebres, de ánsares, de patos, de pájaros, de codornices, y la carne de águila y de bestias fiéras y la carne del animalejo que trae sus hijos en una bolsa y la de los animales de Castilla, aves, vacas, puercos, carneros, cabritos, véndela cocinada o por cocer, y la carne cecinada y la asada debajo de tierra. El que no es fiel en esto vende la carne que es podrida y hedionda y aceda, y la carne magullada, y por engañar a los compradores dice ser comestible la carne de perro". No señala la refrigeración como medio para evitar la descomposición de las carnes, tal vez porque no había hielo en todas partes ni refrigerador eléctrico en cada casa.

Las aves han de ser "gordas, tiernas, nuevas, pollos y gallos que tienen papada. El que es mal tratante vende gallinas viejas, duras, flacas y enfermas, que tienen pepita, mortecinas y hediondas". Brilla el espíritu de sanidad y el deseo de carnes tiernas fácilmente digeribles y gordas, más nutritivas.

Acepta como buenos los huevos de gallina, patos y codornices, que han de ser recientes, o frescos como decimos ahora, y señala como malos los podridos y los de ánades, cuervos y auras que no sé que se coman a no ser entre hechiceros y agoreros. (Lib. X, Cap. XXIV.)

## *VI.—Los atoles*

(Lib. X, Cap. XXVI.)—Al hablar del atole que se vendía caliente o frío, dice cómo se hace el primero con maíz molido o tostado, con tortillas molidas o escobajos de mazorcas quemadas y molidas, mezclando unas veces frijoles y otras agua de maíz aceda, ají, agua de cal o miel. El frío se hacía de semillas parecidas a la linaza, que eran de "cenizos" muy bien molidas y cernidas.

Se molía el cacao una, dos, tres y cuatro veces, se mezclaba con granos de maíz cocidos en poca agua para que hiciera buena espuma y después de chorreado fuera blando, espumoso, bermejo, colorado y puro. Podía llevar especies aromáticas, miel de abeja o agua rosada.

Después de los atoles y del chocolate, ya que no la había visto antes, busqué la leche, mas no la encontré. Es que habiendo muerto Sahagún en 1590, no tuvo tiempo para ver el apogeo de la industria de la lechería. Si la leche no se vendía en el mercado, Sagahún no pudo tratar de ella.

## *VII.—Alimentos minerales*

No olvidó los elementos minerales de la alimentación: habla de la cal buena (Lib. X, Cap. XX), de la sal que muchos venden con más arena que sal y del tequezquite. (Lib. X, Cap. XXVI.)

## *VIII.—El agua*

Quien se refiere a la alimentación tiene que pensar en el agua. Sahagún lo hace (Lib. X, Cap. XII) al enumerar los ríos, arroyos y fuentes que manan agua dulce o salobre, las lagunas o estanques y se refiere al manantial de Coyoacán, cuya agua no pudo llegar a la ciudad; al de Chapultepec, insuficiente para provisión, y al de Santa Fe, que la prodigaba en el año de 1576.

Al hablar de los pozos dice de los no muy profundos y de los profundos y añade: "A los manantiales profundos de las fuentes que corren los llaman axoxomilli, quiere decir agua azul, porque por ser el agua muy pura y profunda parece azul". Los ingenieros sanitarios de ahora dicen que el agua de pozo superficial a menudo tiene colibacilos y la de pozo profundo suele ser limpia.

## *Elogio de Sahagún*

Ya es casi redundante decir que por la forma en que Sahagún habla cosa por cosa de los buenos y de los malos tratantes, lo único que falta a su relato para ser flamante sección de un código sanitario muy avanzado para la época en que fué escrito, es el no venir en artículos numerados ni en términos curialescos, ni con penas para los infractores, penas que no extraño porque creo que más se logra enseñando y persuadiendo, que castigando.

Fué cabal, comprendió en su crónica todos los grupos de alimentos que la dietética moderna considera: granos, mieles, frutas, hortalizas, verduras y productos animales en su estado natural y ya elaborados.

Al leer a Sahagún he tenido la impresión de que en todo tiempo hemos tenido hombres que han sabido señalar el buen rumbo y lo han hecho con amor.

El que en la misma forma señalada para los alimentos, quiere medicamentos bien seleccionados, define a la buena y a la mala médica, quiere hacer buenos a los brujos y hechiceros, trata de las mujeres públicas, quiere que se refrenen las borracheras, tan perjudiciales a la república y a la salud desde que cesó el rigor antiguo de castigar con pena de muerte a los borrachos que no escarmientan azotados, trasquilados ni vendidos como esclavos, el que se preocupa por resumir los remedios usuales en las enfermedades habituales, el que recoge los discursos con que los padres invitan a los jóvenes a la castidad y vida matrimonial, el que aconseja limpiarse los dientes y muelas después de haber comido en época en que los dientes prietos se trataban con orines, el que estudia culebras ponzoñosas, alacranes y otras sabandijas y también los mosquitos y las moscas que andan en los muladares, el que no olvida la toxicología estudiando el peyotle, el que residiendo en Tlaltelolco cuando en 1546 ocurre terrible peste, cae contagiado al tener que enterrar "más de diez mil cuerpos", bien merece ser reconocido como higienista, y de los buenos.

### *Capítulo que es elogio del arte de preparar los alimentos*

El capítulo XIII del libro octavo que trata de las comidas que usaban los señores, es fiesta para recrear. Ahí están las tortillas simples, las dobladas y las compuestas; las delgadas y las gruesas y ásperas; las blancas y las de color; las hojaldradas. Los tamales blancos, los matizados con frijoles, los coloreados al sol, tan ricos que podían llevar pedazos de gallina o de codorniz asada y tan pródigos que podían contener una gallina entera. Cazuelas o guisados de gallina en pipián o con chile amarillo, aves asadas, potajes de chile, guisos de pescados, de ranas, ajolotes, langosta y camarones, algunos tan raros como uno de ciruelas no maduras, pececillos blancos, chile amarillo y jitomate. Después los zapotes, el guacamote, los xilotes, elotes y ejotes en rima poética. Las gorditas de elote, los tamales de alegría. Las verduras que se tomaban crudas. El atole caliente, con miel, con chile amarillo y miel o con tequexquite. Hay tamales tan raros como unos hechos con penachos de maíz, semillas de alegría y meollos de cereza, tal vez capulín.

Van y vienen los calpixque, que tienen a su cargo las cien comidas de los señores, que terminaban con las muchas y muy delicadas maneras de cacaos, los hechos con elote, con miel de abejas, con neinacaztli o tlilxóchitl; cacaos que se hacían colorados, bermejos, naranjados, negros, blancos y servidos en jícaras con diversas pinturas y sus cucharas de tortuga.

Las jícaras del atole, los cestillos de las tortillas, las escudillas de palo ponen fin al capítulo que allá como en un paréntesis evoca las tortillas que de muchas maneras servían para la gente común.

Hizo bien Sahagún al poner estas cosas en su historia, hizo bien al dedicar menos páginas a los acontecimientos políticos y militares y más a describir la vida sencilla en la plaza pública y en el hogar, mucho más hermosa y útil de conocer. Veamos en la evocación de estos manjares el arte y la abnegación de la mujer india para lograr con los productos de la tierra lo mejor y más sabroso. ¿Por qué la labor de la mujer no ha de ser digna de figurar en la historia, tan sólo porque es callada y pacífica?

*Capítulo en que se glosan las cosas bellas*

A la diosa de las siete mazorcas, cifra símbolo de la equidistancia y del corazón, se le cantaba porque se iba al reino de Tlaloc, dios de la lluvia, donde todo germina y está verde, donde hay abundancia de mazorcas de maíz tiernas, de chiles verdes, de frijoles en su vaina, exceso de vegetación tierna, reciente, que brota bajo la lluvia.

Ellos no sabían que la vitamina A de la mantequilla se encuentra en forma de diversos pigmentos en los vegetales verdes y amarillos, donde la lluvia es bienhechora.

*Elegía*

El sueño del borracho era el símbolo de la muerte y su despertar el del renacimiento de la naturaleza. El tartamudeo del borracho era el canto colérico del dios espumante. Se arrojaban sobre el fuego pulque y tequezquite en rito de oráculo pagano.

Mientras tanto, la raza se moría.

Se trabajaba y luchaba un año para emborracharse unos días. Sahagún, con su hábito gris, lo comprendía.

*Canto*

De ocho en ocho años se tomaban los tamales de vigilia batidos sólo con agua, tal vez en honor de Venus, y se decía: "atormentamos mucho los comestibles, poniéndoles para comerlos, chile, sal, tequezquite y cal viva, matándolos, por decirlo así, al aprovecharlos para sustento".

Ellos no sabían que el tequezquite y la cal matan la vitamina $B_1$ antineurítica y pueden echar al nejayote la criptoxantina de los maíces rojo y amarillo con actividad vitamínica antixeroftálmica, pero sabían cantar:

El señor de la medianoche
abrió la flor de mi corazón.
Ha nacido el dios del maíz
en el lugar donde están las flores,
en el lugar de la lluvia y de la niebla
y los peces de piedra preciosa.
Levántase la aurora, los pájaros
quechol chupan en las flores.
Debe reinar la alegría entre los árboles floridos.
Deben alegrarse los pájaros quechol.

Demos gracias a Sahagún, que supo hablar de los mantenimientos corporales tan bien como guardar la belleza de un canto.

(Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, tomo LIX, números 1 y 2, enero-abril de 1944, México, D. F.).

# De Guatemala a Rabinal

## Episodio de un viaje en la América del Centro en los años de 1855 y 1856

Escrito por el abate
Brasseur de BOURBOURG

(Conclusión)

Arcos verdes formados de cañas de bambú se elevaban en las estremidades de las calles principales que son anchas y rectas como las de Guatemala. De lo alto del campanario de la iglesia habian dado la señal de mi llegada. El sonido de las campanas, tocadas atropelladamente, se mezclaba con las detonaciones de los cohetes y de las cámaras que habian colocado en el terraplen de cabildo. Era un ruido y una confusión capaz de volver sordo a un artillero de Sebastopol. Finalmente, llegamos a la plaza, la cual es grande y espaciosa; su frente principal está ocupado por la portada de la iglesia que es alta y de un carácter magestuoso. A uno de sus lados hay un cementerio reservado, y en el otro está la entrada del convento, cuyo patio es tan grande como una plaza pública. Sus altos corredores estaban adornados con flores y plantas verdes. Eché pié a tierra en medio de una multitud de gente solícita y curiosa, que obligué a entrar en la iglesia, y sin perder tiempo me dirigí a ella, revestido del roquete y la estola, y acompañado de mis jóvenes intérpretes. Las grandes naves del templo estaban enteramente llenas. Despues de haber estado algunos instantes en oración al pié del altar subí al púlpito y pronuncié un corto discurso en español; fué una innovación que no aguardaban y que hice a propósito, de suerte que produjo todo el efecto que deseaba. Es necesario imponer respeto al carácter de estas poblaciones, pues mientras mayor es el prestigio que en ellas se ejerce, mas respetada es la autoridad. Bien sabía que la mayor parte de los rabinalenses no comprendian el español, pero bastaba que yo me les manifestase y que me oyesen hablar. En pocas palabras les hice una breve reseña de sus deberes para con Dios y la Iglesia, dándoles a entender que era el enviado y encargado del Sr. Arzobispo para hacer su felicidad espiritual y temporal; pero que en recompensa exigia de ellos no solo su adhesion y respeto, sino la mas ciega obediencia.

Me escucharon en profundo silencio, y la muchedumbre me acompañó con una admiracion mezclada de respeto hasta la puerta de mi habitacion, donde permaneció largo rato, despues de lo cual la despedí, no quedando mas que algunas señoras, que quisieron voluntariamente participar con Rufina del honor de servirme la comida que me habian preparado, con la noticia de mi llegada.

Desde este momento data la época de mi administracion en Rabinal, donde estoy cierto que ha quedado el recuerdo del *padre frances,* grabado tan profundamente en el corazon de los vecinos indios y ladinos, como en el mio.

Jamás se borrará de mi memoria esa época interesante, que a pesar de algunos ligeros desagrados, ha quedado impresa en mi mente como una de las mas agradables de mi vida. Casi constantemente enconfré hombres dóciles y dispuestos a obedecerme en cuanto les mandaba, y quedé muy satisfecho del conato y diligencia de aquellos por cuyo medio procuraron algunos inspirarme preocupaciones desagradables. El comandante de la guarnicion [12] que era hombre muy temido y respetado de todos, se mostró tambien muy atento conmigo, y en una circunstancia crítica en que la poblacion se creyó amenazada de ver salir a muchos de sus hijos a una expedicion, no tuve mas que dirigir algunas líneas al general Paredes, corregidor y comandante general del departamento de Verapaz, para alcanzar a favor de mis clientes la respuesta mas satisfactoria. [13]

Aunque el servicio feudal que los indios debian prestar en los monasterios de los dominicos, estuviese nominalmente abolido desde la revolución, sin embargo han quedado grandes *vestigios* de él en la mayor parte de los pueblos y aldeas de la Verapaz y de los demas distritos y departamentos de la república. Por consecuencia de un concordato entre la Santa Sede y el general Carrera, los diezmos continúan pagandose por los blancos y ladinos en beneficio del Arzobispado y del cabildo metropolitano [14], y las primicias de los rebaños y ganados y de los frutos de la tierra se pagan tambien a los curas de las diversas parroquias. Los indios tienen otras obligaciones: sus gefes suministran el número necesario para el servicio en los trabajos de utilidad pública, bajo el doble aspecto religioso y administrativo; ellos son los que costean los gastos que exige la conservacion del culto y la subsistencia del párroco, tasándose lo que a cada uno corresponde segun una tarifa establecida por la autoridad eclesiástica superior, y proveen ademas de sirvientes el templo y convento. La estensión de estos antiguos monasterios exige ordinariamente un numeroso personal, y todos tienen sus atribuciones particulares, segun los diferentes puntos y circunstancias. El empleo de sacristan mayor está siempre a cargo de un gefe indígena elegido por el administrador espiritual de la parroquia, y que ejerce este oficio hasta el fin de su vida, a menos que, por motivos graves no juzgue este conveniente removerlo y nombrar a otro. Dicho sacristan es responsable de la plata y ornamento del templo, y en la época en que estuve en Rabinal, la iglesia de este templo poseia unos cincuenta mil francos (diez mil pesos) solo en vasos sagrados. Hay además otros sacristanes subalternos.

En la parroquia de San Juan Sacatepequez y en otras muchas hay entre los criados uno que tiene el titulo de ***Tata Alabon*** (padre de los jóvenes), y es el gefe que los regentea. Mi vieja ama de llaves ejercia en Rabinal estas

---

**(12) Cerca de un año antes de mi partida, tanto este ladino llamado Francisco Martínez como otros varios, fueron muertos en una sublevacion de los indios contra los ladinos de Rabinal.**

**(13) El General Paredes era un jefe de mérito: fué Presidente de la República, y murió del cólera en Nicaragua, en la primera expedición contra Walker, el año de 1856 en el campo de batalla cerca de Granada.**

**(14) Al observar el lector este estado de cosas no debe admirarse, pues si se pagan diezmos y primicias, es necesario tambien que se sepa que en Guatemala los diezmos y primicias reemplazan el salario designado en otras partes al Clero. Debe también advertirse que no hay en esta República impuestos de hacienda, ni personales, ni feudales, ni de puertas y ventanas &c. El Gobierno no tiene mas renta que el producto de aduanas y el monopolio de la pólvora, tabaco y aguardiente.**

funciones, que se consideran tan elevadas como las de intendente entre los antiguos señores: las señoras mas atentas del pueblo la trataban con respeto, y los indios no la saludaban nunca sino con los titulos de *señora Rufina* y de *nuestra madre.* A Joaquin y Nicolas se agregaron otros dos jóvenes versados en el español y el quiché, y que fueron tambien empleados en mi servicio ordinario. El cuidado de las caballerizas estaba a cargo de dos hombres; otros dos abastecian el convento de leña y ocote [15], y habia además otros dos encargados de proveerlo de agua. El servicio de la cocina estaba compuesto de una cocinera ladina, de una muchacha y de dos molenderas, una de las cuales molia el maíz en la piedra destinada a este uso y hacia las tortillas, y la otra pulverizaba el cacao para mi chocolate. Toda esta gente comia en el convento a espensas del amo de la casa, sin esceptuar los trabajadores que la municipalidad me enviaba todas las semanas para limpiar las diversas partes del convento.

Entro en estos pormenores con el único objeto de dar una idea clara y exacta del sistema feudal que se conserva todavia en muchos pueblos guatemaltecos, particularmente en aquellos donde excede el número de habitantes indigenas al de ladinos. Despues de la conquista, habiendo la autoridad de la Iglesia reemplazado el poder señorial y el de los sacerdotes idólatras, era natural que los cargos que conferia fuesen considerados por los indios como un honor aun temporal. Para ayudar a los gastos que exigía la conservacion del culto, se habian instituido bajo la invocacion de los Santos de la parroquia, doce cofradias, cuyos gefes elegidos anualmente tienen el titulo indigena de *Cahauixel* [16] que equivale poco mas o menos en español al de *mayordomo.* Estos, elegidos ordinariamente entre los principales del pueblo, tienen obligacion de procurar el aumento de los bienes de las cofradias, que consisten en terrenos [17] o en dinero y de aplicar su fruto a la conservacion de sus capillas y de los ornamentos que les son anexos, ya para suministrar las sumas que exije la celebracion de ciertas fiestas, ya para pagar lo que corresponde al padre encargado de las ceremonias. Ademas del sacristan mayor, se eligen entre los mayordomos otros tres oficiales denominados fiscales. Estos son los encargados del coro, del canto y de la música, que enseñan a los jóvenes que consideran con voz y disposicion. A ellos toca también inscribir el nombre de los niños que se presentan a recibir el Santo Bautismo, publicar las amonestaciones de casamientos de indios; finalmente todos los domingos al concluir el sacerdote las ceremonias de estos días, entonan los cantos o recitativos compuestos en lengua indigena o española que comprenden toda la doctrina cristiana y que enseñan de esta manera a sus hermanos reunidos.

El domingo despues de mi llegada a Rabinal, era el dia designado para celebrar la fiesta del Patrocinio de Señor San José, diferida hasta entonces

(15) El ocote (del mejicano *ocotl*), indica las grandes astillas de madera de pino, que encendidas por una estremidad, sirve generalmente de candela a los pobres y se emplean tambien para alumbrar los lugares como la cocina, etc.

(16) *Cahauixel* significa *padre:* viene de la voz *cahau;* pero aqui indica una generacion actual y activa. Por esta razón en esta lengua hablando de Dios Padre, se dice siempre *cahauixel,* de Dios Hijo *qaholaxel,* y de Dios Espíritu Santo *uxlabixel,* que expresa exactamente la operacion continua en sentido espiritual de la paternidad, de la filiación y de la inspiración divina.

(17) Las ruinas de la gran ciudad de Nimpokom pertenecen a una hacienda de una de estas cofradias.

por falta de Sacerdote que cantase la misa. Esta fiesta era una de aquellas, cuyos gastos eran costeados por los ladinos: ambas razas tenian las suyas, y estos últimos hacia sesenta u ochenta años que se habian avecindado de nuevo en esta aldea, componiendo entre ellos muchas cofradias cuyos patrones eran diferentes de los de las cofradías indigenas. Con motivo de dicha solemnidad habian adornado la Iglesia con un gran lujo de colgaduras, de flores, guirnaldas y gallardetes, y sobre todo de tapiceria de papel dorado. El sábado por la tarde llegó una comision a darme aviso de que me aguardaban para ir por el santo a la casa de su mayordomo, donde todos los patrones pasan ordinariamente en una capilla doméstica formada expresamente, los ocho dias que preceden a su fiesta. Una procesion se organizó al pié del altar mayor. Adelante iban la cruz y los ciriales; tras ellos marchaban los fiscales y coristas: era un completo ejército de violines, violoncelos, flautas; tambores, tortugas, harpas, tunes, pitos, zambumbias y otros instrumentos que acompañaban un canto latino de que no entendi ni una sola palabra, en un aire que no carecia de melodia, pero que era demasiado alegre para ser solemne. Yo formaba la retaguardia de la última parte de la comitiva que salió de la Iglesia al ruido de todas las campanas: un sirviente me acompañaba llevando un gran paraguas que me servia de quita-sol.

La imagen de San José ocupaba el lugar mas honroso de la casa del mayordomo y su altar estaba cubierto de flores y luces. Luego que entré, cuatro de los principales ladinos tomaron en hombros a su patron, colocado de pié sobre unas ricas andas, mientras otros cuatro lo cubrian con un magnífico palio de seda y oro. La procesion tomó otra vez el camino de la Iglesia, a donde entré con un cirio en la mano. Al llegar al altar mayor, incensé al Santo, y despues de la oracion de costumbre, me retiré al convento. Pasados algunos instantes, vino un oficial de la cofradia a presentarme la ofrenda del convite, que consistia en un plato de excelentes manjares, con un gran cesto lleno de tortas, y cubierto con una servilleta muy limpia. El dia siguiente desperté al ruido de las campanas. El pueblo todo estaba en movimiento y como preparándose a una gran fiesta: media hora antes de la misa llegaron a la puerta de mi habitacion todos los mayordomos de las cofradias indigenas, vestidos de gala; cada uno llevaba en la mano una especie de cetro de plata, de seis piés de largo, que tenia colocada en una de sus estremidades la imágen del patron de su cofradia, resplandeciente y coronada de flores. Me saludaron, doblando una rodilla, y me condujeron en seguida a la sacristia marchando con gravedad de dos en dos delante de mí. Concluido el Santo Sacrificio de la Misa me acompañaron de la misma manera hasta mi aposento, de donde se retiraron despues de haber recibido mi bendicion. Estas ceremonias y costumbres eran muy antiguas, y se repetian todos los domingos y dias de fiesta de alguna cofradia indigena. Al medio-dia oi un gran ruido de tambores y trompetas que me llamó la atención; pronto me informé de lo que era: una comision de la cofradia, regentada por su mayordomo, venia a convidarme para que honrase sus fiestas con mi asistencia. El patio principal del convento estaba lleno de gente: una docena de ladinos, enmascarados y disfrazados de una manera estrambótica, se acercaron a saludarme bailando. Eran los personajes del baile, única diversion con que se celebraban las fiestas religio-

sas en esos paises. Un sitial, erigido sobre un tablado cubierto con un petate, me habian preparado en el corredor. El baile que nada tenia de interesante ni particular, terminó con el besamanos, al ruido de los cohetes que dispararon; para acomodarme al uso establecido, dí algunas monedas a los danzantes, que se retiraron bailando por entre la multitud, para ir a representar en otras partes espectáculos de la misma clase.

Estos bailes son de un carácter muy diverso cuando la fiesta pertenece a una u otra de las cofradías indígenas. Es cosa muy sabida que, antes de la conquista de la América, las danzas formaban una parte integrante de los ritos religiosos, y se ejecutaban en las plazuelas de los templos, y en los patios de los palacios de los principes. Unos eran puramente religiosos, y tenian por consiguiente una relación directa con la divinidad cuya fiesta se celebraba; otros eran históricos o guerreros; frecuentemente se convertian en una simple pantomima o en cantos y recitativos monótonos acompañados por intervalos con el ruido sordo de los instrumentos. Cuando los misioneros encargados por la Corte de España para trabajar en la conversion de esos pueblos, adquirieron mayor conocimiento de ellos, advirtieron con horror el carácter idólatra de estas representaciones escénicas, y las profundas raices que tenian en sus usos y costumbres. Proscribirlas desde luego, hubiera sido muy arduo y casi imposible; lo que hubiera sido inútil y hubiera además espuesto la tranquilidad del pais. En tal perplejidad, concibieron la idea de contraponerles representaciones cristianas del mismo género, adaptándolas a algunas de las fiestas del calendario católico: por eso es que en muchos lugares indigenas se vé el Baile de la Sierpe, sacado de la leyenda de San Jorge y del dragon, y algunos otros que traen a la memoria la historia de la conquista de Granada contra los moros y la de México por Hernan Cortés.

Pero con estas diversas tentativas no se consiguió hacer olvidar a los indios sus bailes históricos y religiosos cuyo recuerdo se encuentra a cada paso en los nombres de las poblaciones y puntos que los rodean. En los lugares donde los misioneros se negaron a tolerar dichas diversiones, hicieron de ellas objeto de reuniones secretas, que se transformaron en algunos parajes en una especie de francmasoneria en que nadie podia ser admitido sino despues de muchas pruebas. Los religiosos moderaron por ultimo su rigor en un gran número de parroquias, y se volvieron a ejecutar las representaciones como en otro tiempo, de donde viene el *Hunahpu Coy* (el mono de Hunahpu) en los Altos, y el Xtzul, cuyo argumento se refiere a la leyenda maravillosa de la danza de las trece piedras preciosas en el fondo del volcan de Gagxanul. Esta tolerancia aprobada por algunos fué vivamente cómbatida por otros: lo que en particular se objetaba es que, segun el uso, estos espectáculos se verificaban no solo en el convento sino algunas veces en la misma iglesia, donde se consideraban como una profanacion del culto divino. Lo que sucede con frecuencia es que los actores enmascarados y disfrazados se presentan para asistir a la misa como los demas fieles, y que tanto al entrar como al salir del templo ejecutan algunos pasos del baile en honor del patron de la fiesta. Por mi parte yo no veo nada malo en esto, y lo califico de muy inocente, aunque todo esté en completo desacuerdo con nuestras costumbres europeas.

Los religiosos mas indulgentes pretendian por otra parte que este era el único medio de impedir las reuniones o conciliábulos secretos, mucho mas peligrosos todavia a la fe y a la seguridad pública; y, con el objeto de desterrar los escrúpulos de los demas, decian que esta era la manera de obligar al mismo diablo a rendir homenaje a Dios, convirtiendo sus invenciones idólatras en beneficio de la Iglesia.

Como quiera que sea, estas representaciones continuaron verificándose, con mas o menos magnificencia, en todos los puntos indigenas situados a alguna distancia del lugar donde residia la autoridad central; y si algunas veces eran interrumpidas por algun superior rigido, despues se volvian a emprender con mayor entusiasmo, si su sucesor se mostraba mas o menos tolerante. En tal estado se encontraba la representación del *Rabinal-Achi,* cuando por primera vez oi hablar de ella. Algunos pormenores relativos a bailes de este género, que habia leido en Juarros, en los manuscritos de Ordoñez y en los autores de la historia de la conquista de México, me habian inspirado gran curiosidad. Pocos dias despues que tomé posesion de mi curato de Rabinal, haciendo cierto dia una escursion hacia una de las colinas que rodean el valle, Colash y su hermano me refirieron una leyenda muy interesante en que se trataba del Rabinal-Achi: les pregunté qué significaba eso. Ninguna desconfianza les inspiré con esta pregunta, pues demasiado conocida les era mi aficion por sus antiguas costumbres; de manera que no vacilaron en referirme los pormenores de este drama, y Nicolas, que era el mas despreocupado y audaz, me aseguró que el viejo Bartolo Ciz, su tio, habia sido uno de los principales actores de dicho drama.

Esta revelacion me interesaba en sumo grado, y desde ese momento procuré adquirir mas datos. Pocos dias despues, vinieron a verme los Gefes de una de las principales cofradias, con ocasion de una de sus fiestas; comenzaron a saludarme y aun no habian acabado de hacerlo, cuando los interrumpi para preguntarles si pensaban representar ese dia el drama del Rabinal-Achi. Esta pregunta inesperada los sorprendió, y me respondieron con alguna turbacion que el referido drama era tradicional, y que habia habido en otra época motivos para dejar de representarlo. No pareciéndome conveniente insistir mas, me contenté con añadir que dicha representacion me interesaba de una manera especial, y que hubiera tenido mas gusto en ver el Rabinal-Achi, que contenia hechos de su historia nacional, que la escena de Cortés y Montezuma, que era un recuerdo de la degradacion de su raza. Se retiraron admirados de lo que les dije, y supe despues que la poblacion indigena había considerado esto como una prueba de deferencia y adhesión. La influencia que comenzaba a ejercer en el pais, se acrecentó mas de lo que yo hubiera podido imaginarme.

Estando una tarde pensativo viendo caer un aguacero copiosísimo que acababa de purificar la atmósfera, entró una india en mi aposento. Era una muger anciana y de una fisonomia respetable; estaba vestida con las enaguas ordinarias de género listado, ajustadas alrededor del cuerpo, exactamente como las con que representan a la diosa Isis en las pinturas de los monumentos egipcios; tenia encima un huipil bordado, semejante a una especie de casu-

lla corta, que le cubria las espaldas y el pecho, y sus cabellos trenzados con dos anchos listones de color verde y encarnado que le formaban una especie de diadema en la cabeza. Nicolas Lopez me la llevó, diciendome que era la muger de su tio Bartolo Ciz. Como no hablaba ni una palabra de español, Nicolas me dijo, en nombre de ella, que su marido adolecia de una enfermedad que me explicó y para la cual me pidió una medicina. No habia en Rabinal médicos ni boticarios, por consiguiente, yo me habia provisto de un botiquin de viaje que me habia dado la reputacion de un Hipócrates. Felizmente supe indicarle un remedio bastante sencillo, por medio del cual pudo restablecerse al cabo de pocos dias. Vino a verme: era un indio de unos cincuenta años de edad; aunque pobre relativamente a otros muchos habitantes de la aldea, tenia buenos modales y una manera de expresarse que no dejó de causarme alguna admiracion. Despues de haberme dado las gracias, me dijo que habiendo tenido noticia, por medio de su sobrino, de que yo deseaba conocer el drama del Rabinal-Achi, venia a ponerse a mis órdenes para informarme de todos los pormenores que apetecia. Le aseguré que nada podia serme mas satisfactorio. Me manifestó que lo habia aprendido tradicionalmente por órden de su padre y de su abuelo; que habia representado en él el papel de uno de los principales personajes en la época en que lo habian ejecutado por obsequiar a un padre dominico, cuyo nombre me indicó, treinta años hacia. Desde dicho tiempo, prosiguió, lo han abandonado bajo diversos pretextos; pero viendo el olvido de las cosas antiguas y la decadencia que amenazaba cada dia a su pueblo habia concebido la idea de recopilar todo el drama, para trasmitirlo como un depósito a sus hijos. Terminó proponiéndome que me lo dictaria para que yo lo escribiese.

Esta proposición me agradó sobremanera. Lo comprometí a que volviese pocos dias después cuando estuviese enteramente restablecido de su indisposición. No tardó en cumplir su promesa. Habiéndome dicho Nicolas Lopez que su tio era muy amigo del café con leche y de las tortas de anis; se las hice preparar por Rufina, y se las envié todos los días hasta que dió cumplimiento a mi encargo. En aquella época no estaba yo todavía muy versado en la lengua Quiché, y no era pequeña tarea emprender semejante trabajo. Lo logré, empleando la ortografia adoptada por mis predecesores. Por espacio de doce dias me encerré en mi habitacion con Bartolo Ciz, Nicolas Lopez y Tecú. La inteligencia de estos dos jóvenes era mayor de lo que yo pensaba; no conocían ni una palabra de gramática, y es increible la claridad con que explicaban las formas y construcciones de las frases del drama; porque después de cada página que escribíamos, hacía una traducción literal de ellas, dándome ellos todas las explicaciones y datos necesarios.

Este trabajo me fué además de suma utilidad, pues acabó de ponerme al corriente de la lengua quiché. Luego que concluí mi manuscrito, me dediqué a ponerlo en limpio, traduciéndolo al frances. Sin embargo, no estaba todavia enteramente satisfecho. Lo que deseaba era verlo representar como en los tiempos antiguos. Diferentes ocasiones tuve oportunidad de proponerlo a los gefes; pero como ignoraban lo ocurrido con Bartolo Ciz, me contestaban como siempre eludiendo una respuesta directa. Un dia que me hallaba

muy impaciente les repliqué, despues de una conversacion de esta especie: "Pues bien, si vosotros no lo sabeis, yo lo sé y os lo dictaré". Al mismo tiempo, repetí algunas palabras del drama que habia aprendido de memoria y añadí en tono enfático: "Conozco todas vuestras historias y tradiciones mejor que vosotros mismos; por esta razon vivo con vosotros, porque yo soy quien todo lo sabe: *In, in, in ux Estamayom".* [18] Este discurso, estas citas, y sobre todo esta última frase que, segun una de las historias del pais, se halla en boca de uno de sus antiguos legisladores, los llenaron de admiracion. Acto continuo tomé el cuaderno en que habia comenzado a copiar de nuevo el drama, y les recité de corrido una o dos páginas.

De esta suerte acabé de convencerlos de que en efecto, no ignoraba ninguna de las cosas que les eran concernientes, y creyeron de buena fé que yo sabia mejor que ellos sus propias historias. Despues de algunos instantes de silencio, me dijeron con humildad que estaban dispuestos a obedecerme en cuanto les mandase, y que representarian el Rabinal-Achi el dia que yo designase. Les pareció suficiente objetarme que en la época en que acostumbraban poner en escena el referido drama, eran mas ricos y que seria necesario emplear mucho dinero en comprar las plumas y géneros que se requerían para la hechura de los vestidos. A esto les respondí que corrian de mi cuenta todos los gastos, y como entonces estabamos en Setiembre u Octubre, les dejé tiempo para prepararse y les fijé para la susodicha representacion la fiesta del patron de Rabinal, dia de la Conversion de San Pablo en el mes de Enero siguiente. Esta respuesta los llenó de júbilo y admiracion; la noticia se esparció rápidamente por todo el pueblo y por los lugares circunvecinos. No concebian cómo un padre extrangero tomase tanto interés en las cosas de los indios; de esta suerte se aumentó mi influencia de una manera extraordinaria. Envié a comprar a Guatemala algunas piezas de galon y de damasco de lana, con lo que pudieron los sastres de la escena comenzar su trabajo. Entretanto los actores se dedicaron a estudiar sus papeles, todas las tardes se ensayaba el drama, en alguna de las casas de los gefes.

El sábado 19 de enero de 1856 estaba ya dispuesto todo para la primera representacion pública del Rabinal-Achi. Al medio dia llegaron los mayordomos a suplicarme que fuese a la iglesia, donde me aguardaban los actores para recibir mi bendicion. Revestido del roquete y de la estola, pasé al templo, que estaba atestado de gente. Los actores estaban vestidos con sus nuevos trajes, y tenian la cabeza coronada con sus diademas de plumas. Lo que les daba un carácter muy original, era la máscara de madera con que tenian cubierto el rostro: estas máscaras estaban trabajadas con esmero y bien pintadas, enteramente en relacion con el papel de los personajes que las tenian puestas. Habia en ellas un agujero para los ojos, una hendedura al rededor de las cejas y otra para la boca. Era un completo recuerdo de la máscara de teatro de los Griegos y Romanos.

---

(18) Yo soy, yo soy quien todo lo sabe. *Estamayom*, participio de presente del verbo etamah, saber, se emplea frecuentemente en las historias antiguas como sinónimo de la palabra francesa *voyant*. (el que vé o viendo) en sentido de profeta.

Asi como en los tiempos antiguos en que los indios eran dueños absolutos del pais, ningun acto se verifica ahora entre sus descendientes sin que sea precedido de otro religioso. Los bailes y representaciones escénicas se hacian en honor de los dioses, y hoy dia se hacen en honor de Dios y de sus Santos; y como las fiestas del calendario católico son a la vez civiles y religiosas como en otro tiempo, es necesario que la iglesia lo consagre todo. Cuando me vieron llegar al altar mayor, resonó en la nave el grito de guerra con que principia la pieza; el *tun* y el *teponaztli* lanzaron algunas notas melancólicas, y los actores ejecutaron con gravedad y moderacion una de las danzas del baile. En seguida les dirigí la palabra, haciéndoles una ligera indicacion sobre la época en que sus padres eran los soberanos del pais, y recordándoles que sus fiestas habian tenido constantemente un objeto religioso; que el drama que iban a poner en escena estaba lleno de recuerdos de un tiempo en que segun la opinion de un autor indigena, adoraban todavia la piedra y la madera. "Hoy, añadí, a pesar del carácter profano de estas representaciones, Dios no prohibe que las convirtais en objeto de regocijo y diversion; pero tened siempre presente que ahora sois cristianos, y que debeis tributarle toda la gloria como lo habeis hecho viniendo a recibir por medio mio su bendicion." Al decir estas palabras los rocié con agua bendita, e hice sobre ellos la señal de la cruz. En seguida pasaron todos en orden delante de mi, saludándome a la manera antigua, y formados en cuadrilla, salieron de la iglesia, bailando al son de sus instrumentos.

La novena de la Conversión de San Pablo había ya comenzado. El día siguiente celebraba la Parroquia la fiesta de San Sebastian que era uno de los patrones del pueblo. Despues de la misa cantada como de costumbre, levantaron un tablado bajo los pórticos del gran patio que en un momento se llenó de gente. Los actores del Rabinal-Achi ejecutaron delante de mi por primera vez el baile entero.

Realmente este drama no tiene más que cuatro personages que hablan: Goptoh, gefe de la casa de Rabinal y rey de Zamanib; el Galel-Achi, (19) su hijo, llamado generalmente Rabinal-Achi, es decir, el guerrero o héroe de Rabinal; Qeché-Achi, príncipe de la casa de Cawek, rey del Quiché y un esclavo. Los personajes mudos deben haber sido primitivamente muy numerosos: actualmente no comprehenden mas que la reina madre, esposa del rey Goptoh, la jóven consorte de Rabinal-Achi, la Esmeralda-preciosa, princesa de Carchag, doce guerreros de alto rango, llamados los Aguilas, otros tantos denominados los Tigres y varios esclavos de ambos sexos. Lo más particular de la pieza es el director de la escena, que es a la vez jefe de orquesta y maestro del teponaztli, (20) hace lo mismo que los otros dos músicos, parte integrante de la representacion. El drama está dividido en dos actos y cuatro escenas. La pri-

---

(19) La voz *galel* o *calel* es un título cuya significacion literal equivale a portador de un brazalete. La palabra Achi indica guerrero.

(20) El maestro del teponaztli es en muchos lugares uno de los principales vecinos. Es generalmente el depósito vivo de las antiguas tradiciones y el jefe de todas las conferencias que se refieren a las antiguas costumbres. Ocupa uno de los primeros puestos en la Iglesia, y todo el mundo lo respeta.

mera pasa junto a los muros del palacio de Cakyug, residencia de Rabinal-Achi; la segunda dentro del recinto mismo, en presencia del rey; la tercera fuera del mismo palacio, y la cuarta otra vez dentro.

El espectáculo comienza, al sordo y melancólico sonido del teponaztli con una especie de rueda o circulo formado por Rabinal-Achi, Yxoc-Mun, su esclavo favorito y muchos guerreros, Aguilas y Tigres. Dan vueltas unos tras otros sin precipitarse demasiado, aunque la música no carece de vivacidad. Derrepente Qeché-Achi se lanza entre ellos con ademanes amenazantes y obliga a la rueda a andar mas deprisa. Pronto se detiene blandiendo su lazo hacia Rabinal-Achi y provocándolo con expresiones injuriosas aunque ya sea su prisionero. Todo el primer acto no es más que un diálogo lleno de acusaciones de Rabinal contra Qeché-Achi, y de respuestas de este último a su vencedor. En efecto, el principe quiché cometió el crimen de haber atraido engañosamente a una trampa a diez de los hijos del rey Goptoh, y de haberse despues apoderado como traidor de la persona de este príncipe para hacerse dueño de sus ricos dominios. La relacion no da una idea exacta de la suerte de los primeros, pero manifiesta que, por medio del poder de Rabinal-Achi, su padre se libra de la fortaleza, en que había sido encerrado por orden de Qeché-Achi, el cual desafiado a su vez, fué derrotado y hecho prisionero de su rival. Su diálogo es sumamente monótono para los espectadores Europeos. Rabinal-Achi, al formular sus acusaciones, toma sin cesar por testigo al cielo y a la tierra, y Qeché-Achi usando de las mismas expresiones, comienza a repetir casi literalmente la mayor parte del discurso de su adversario, antes de responderle. Este a su vez prosigue la contestación de Qeché-Achi, antes de continuar la serie de sus acusaciones. Asi pasó toda la escena entre-cortada de cuando en cuando por un rondó fastidioso acompañado con el sonido de los instrumentos guerreros. Por último Qeché-Achi, amenazado de ser conducido a la presencia del Rey para oir su sentencia definitiva, pide una prórroga para ir a despedirse de su familia, ofreciendo en recompensa todas sus riquezas.

"¡Conozco verdaderamente que he pecado, dijo; he pecado asi a causa de la tristeza de mi corazon, y vengo ahora a recibir el castigo de mis culpas entre el cielo y la tierra! No tengo nada que decir, pero la ardilla y el pájaro que estan delante de mi os inspirarán Señor, para que me concedais la gracia de ir a comunicar mi sentencia a mi amo, al Gefe de mi raza, al interior de su gran fortaleza y de su gran palacio: ¡Pueda yo enviar desde allí un mensajero a vuestros valles y montañas! [21] Por que aqui es donde cortaremos vuestra raiz y vuestro tronco. [22] Habeis dicho, ante el cielo y la tierra. Hagamos pues el último convenio ¡O hermano mio, o hermano mio mayor! os revestiré de mis despojos, os daré mi oro y mi plata, mi flecha, mi escudo, mi maza Azteca, mi hacha de Yaqui, mis vestidos y mis sandalias. Servirán a vuestros hijos aquí, entre el cielo y la tierra [23] y serán prueba de que me permitireis volver a mis montañas. Asi dice vuestra palabra en presencia del cielo y de la tierra. El cielo y la tierra sean con VS, ¡oh valiente guerrero, o Rabinal-Achi!"

(21) *Valles y montañas* estan tomados aqui en sentido de patria.
(22) *Cortar la raiz y el tronco*, significa extinguir la raza.
(23) *Entre el cielo y la tierra*, repetido con tanta frecuencia, hace alusion a la costumbre que tenian estos príncipes de edificar sus palacios sobre las cúspides mas inaccesibles de la cordillera.

Pero Rabinal-Achi debe referir todo esto a su padre el Rey Goptoh. Aqui principia la segunda escena. Goptoh da el parabien a su hijo por su victoria; lo llama por su nombre interpelándolo con el título siguiente: "Mi cólera y mi valor" y le ordena ademas que le lleve a su cautivo. En el segundo acto (si es que se puede dar este nombre a la tercera escena) Rabinal-Achi hace entrar a Qeché-Achi y Goptoh le echa de nuevo en cara sus maldades.

El principe quiché repite el discurso del rey, que está lleno de recomendaciones humillantes, y añade después con altanería. "¡Yo tambien soy un guerrero valiente, un héroe! En verdad, ¡que si doblo mi espalda y humillo mi frente, es porque el signo de mi obediencia y humildad es mi flecha y mi escudo. ¡Ah! ¡Que no pueda yo arruinar ahora mismo vuestra grandeza y poder! Que no me sea dado heriros de arriba abajo. Voy al momento a intentarlo o gran Señor."

Al decir esto, se acerca al rey amenazándolo; pero un esclavo le detiene el brazo. Goptoh le echa en cara una nueva serie de maldades, y acaba por notificarle su sentencia de muerte. Qeché-Achi repite su discurso, y responde haciendo la recapitulación de las riquezas que hay en el palacio de Zamanib, sus bebidas deliciosas de doce clases diferentes, sus doce platos sustanciosos, sus telas brillantes bordadas por la reina madre y por la princesa llamada la perla por excelencia, venida de Carchag [24] cuya belleza excede a la de cualquiera otra muger. Puesto qué es necesario morir, añade, que al menos se me permita gozar una vez más de todos estos bienes; que me sea dado beber en la copa del rey y sentarme a su mesa, bailar con la joven reina y disputar con los veinticuatro héroes de la Corte de Zamanib, denominados los Tigres y las Aguilas. Goptoh, accede sucesivamente a todas sus súplicas. El mismo Qeché-Achi dá entonces la señal a los músicos y les manda tocar el himno nacional de su patria, compuesto de algunas notas melancólicas y que tiene alguna semejanza con las dianas de nuestros regimientos de caballeria.

Cada vez que acaba de hacer uso de alguno de los favores, que le ha concedido el rey, viene a darle las gracias desafiando de nuevo. Le devuelve sus Aguilas y Tigres, con los cuales acaba de lidiar, y no teniendo ya nada que pedir, exclama lleno de tristeza: "¡Y que no podais ahora darme algunos dias y noches para ir a despedirme de mis valles y montañas... !" La escena termina con estas palabras, y se acerca al lugar de su suplicio; despues desaparece por algunos instantes. Vuelve en seguida llamando a las Aguilas y Tigres que deben ser sus verdugos. "¡Aguilas y Tigres! exclama, sin duda habeis dicho: Partió! Pero no, solamente he querido despedirme por última vez de la imagen de mis valles y montañas, donde hace poco tiempo andaba en busca de caza para comer... ¡De nada pues me han servido mi cólera y mi valor! ¡Cielo y tierra, escuchadme! Es necesario morir y poner término a mi vida entre el cielo y la tierra. ¡A vosotros pues, Aguilas y Tigres, el oro mio y la plata mia! la maza mia azteca y hacha mia de Yaqui! ¡Las vestidu-

(24) *Carchag*, hoy dia San Pedro Carchá, es un pueblo rico situado a 28 leguas de Rabinal, en las fronteras de *Peten Ytza*.

ras y sandalias mias! Pero no ireis a mis valles y montañas, llevareis la noticia de mi suerte a mi Señor y a mi padre, el cual dirá: mi Cólera y Valor se han ocupado sin duda en procurarse por medio de la caza los alimentos necesarios a mi conservación. Asi habla mi Señor; pero ya no dirá nada. No espero mas que la muerte y el fin de mis dias, aqui, entre el cielo y la tierra. ¡Cielos y tierra, escuchadme!, Si, es demasiado cierto que yo debo acabar mis dias entre el cielo y la tierra. ¡Ay de mi! ¡Que no pueda convertirme en la ardilla o en el pájaro que mueren en la rama de un árbol o en el caliz de una flor, buscando sus alimentos entre el cielo y la tierra. ¡Ea! Aguilas y Tigres, venid, puesto que así lo exije el deber que se os ha impuesto y la misión que se os ha encargado; alargad vuestros dientes y garras; no me moveré mientras me hagais pedazos; porque yo soy el único valiente, que ha salido de mis valles y montañas. ¡El cielo y la tierra sean con vosotros, Aguilas y Tigres".

Las Aguilas y Tigres lo rodean entonces: ejecutan la sentencia de muerte y la pieza concluye con una rueda general en que toman parte todos los actores, excepto el príncipe Quiché. La música de que he hecho mencion en el curso del drama, es en general seria y melancólica y muy sencilla. La he mostrado a M. Gevaert, autor de *Quentín Durward,* y despues de haberla examinado, la ha calificado de muy original. Diré ademas que es muy corta y que lo mismo que el drama, es casi una repetición de las mismas notas; pero a pesar de todo, hay en estos desafíos, que se dirigen constantemente Rabinal-Achi y Qeché-Achi, bellezas reales y pasages muy poéticos. A consecuencia de uno de estos desafíos; este ultimo responde "¡Cielos y Tierra, escuchadme! ¿A quien diré el nombre de mis valles y montañas? ¿Será a vosotros amables cantores, pájaros de las plumas amarillas? ¡Soy hijo de la cólera y del valor! El Señor, el Yaqui de Cunen, el Yaqui de Chahul, el rey Balam-Achi Balam-Qeché, me ha honrado diez veces con bajar el camino de las nubes y de la niebla, para venir a mis valles y montañas". Poco despues Rabinal-Achi, recordando la aventura trágica de sus hermanos y el abandono de sus casas, exclama con dolor. "Las salas de sus festines estan ya enteramente desiertas; todo está destruido y arruinado, y no quedan mas que algunos montones de piedras cubiertas de zarza. ¡Ya no hay en aquellos lugares mas que un profundo silencio interrumpido unicamente por el chirrido del grillo!". En uno de los primeros diálogos, Qeché-Achi, acusando a su rival de haber sido el primero en provocarlo, exclama: "¿Por qué habeis excitado vuestra cólera y valor? Estas son vuestras palabras... Pero de aquí ha salido el heraldo, el mensajero, de entre el cielo y la tierra, de delante de estas murallas que dominan el Cakyug, el Cilig-Kagocanic-Tepecanic, que es el nombre que se da a la fachada y muros de vuestro palacio." [25]

"Arreglémonos como buenos hermanos; que vea yo el valor y poder del rey del Quiché; que venga a tomar la parte que le corresponde de estos hermosos valles y montañas; que venga, oh hermano mio a recibir su herencia entre el cielo y la tierra; ¡que venga a labrar los terrenos y a sembrar en los surcos donde crecen nuestras calabazas y nuestros frijoles blancos!". Poco

(25) Estos últimos nombres significan el lugar donde sube la víbora y se lanza con furia.

después, Qeché-Achi hace resonar otra vez el grito de guerra, repetido en seguida por el Gefe de su casa. Es una invocación a la divinidad de los Quichés y que no carece de majestad, concebida en los términos siguientes: "Levántate, o Tohil, y vuelve acá. [26] Porque he dado asilo a un rey de armas a un mensagero salido de entre el cielo y la tierra. Recobra tu fuerza y tu poder, toma tu arco y tu escudo!... Algunos instantes despues prosigue. "Lancé a mi turno cuatro veces mi grito de guerra y mi desafío... y vine a Xolchacah... Allí los oí, en número de doce, Aguilas y Tigres rojo-amarillentos, haciendo resonar la trompeta de las batallas y el tambor de la sangre. El cielo estaba en movimiento y conmoción, la tierra temblaba y se estremecia fuertemente con el ruido tumultuoso y las terribles agitaciones de los doce, de las Aguilas y Tigres, reunidos con sus esclavos hombres y mugeres... Allí, pues entoné mi canto entre el cielo y la tierra": ¡Ven príncipe infame y odioso! Que! ¿no lograré estinguir la raza del rey de Chacachib y Zamanib, del Caok de Rabinal?..."

Podria reproducir otros muchos fragmentos del drama; pero estos bastan para dar a conocer su interés y originalidad. Está lleno de alusiones a los usos y costumbres de los pueblos de la Vera-Paz tales como deben haber sido en el siglo XIII, que es probablemente la época en que tuvieron lugar los sucesos de que se hace mencion en el curso de la pieza. Se habla también con frecuencia de palacios y fortalezas, situados siempre en las nubes, y algunas veces se creería encontrar las costumbres germánicas de la misma época. Qeché-Achi hace memoria de otra costumbre, que es propia de tiempos más bárbaros y que jamas he visto en los anales de ningun otro de aquellos países: es la de hacer engastar en plata u oro el cráneo de un enemigo vencido y de servirse de él en vez de copa, en recuerdo de la victoria.

Tal es este baile, que se puede considerar si no como la única produccion dramática conocida de los antiguos habitantes de la America, al menos como una de las más raras y curiosas. Continuaron ejecutándolo por espacio de doce dias antes y despues de la fiesta del Apostol San Pablo. Observé que entre los actores del drama habia siempre dos o tres que desempeñaban el mismo papel, para poder reemplazarse en caso de necesidad, pues lo largo de la pieza y la mascara de madera con que se cubren el rostro, les causa gran fatiga, sobre todo en país tan cálido.

Poco me queda que añadir sobre el drama-baile, diré solamente que, algun tiempo despues, cuando las circunstancias me obligaron a retirarme de Rabinal, me vi en la necesidad de pretestar un viage ligero a Guatemala, para poderme separar de mis indios. Partí a la mitad de la noche, pero, a pesar de mis precauciones los principales vecinos, informados de mi partida, acudieron al Convento a suplicarme que volviese pronto y que no los abandonase enteramente. No sabia que hacer ni que responderles, y me sentia tan conmovido de su afliccion, que creo que hubiera cedido sino me lo hubiese impedido el vivo deseo que esperimentaba de regresar, cuanto antes a Fran-

(26) Esta invocacion trae a la memoria aquellas bellas palabras del salmo 57: *Exsurgat Deus et dissipentur inimici ejus; etc., etc.*

cia, para publicar mi obra sobre México y Centro América. [27] Bartolo Ciz, que era quien me habia dictado el drama, no pudo ir a despedirse de mi por hallarse enfermo en aquellos dias; y habiendo tenido noticia, por medio de su sobrino Nicolas Lopez, de que yo no volvería a Rabinal, exclamó lleno de dolor y tristeza: "ah nuestro padre nos abandonó para siempre; ahora si, puedo morir, puesto que ya no abrigo esperanza alguna de volverlo a ver". Refiero con un gusto mezclado de pesar estos sensibles testimonios del afecto y deferencia que me grangeé a tan poca costa en Rabinal. En cuanto al pobre Ciz, su enfermedad tomó un caracter mortal pocos dias despues de mi regreso a Guatemala, y pagó en efecto el tributo a la naturaleza a fines del año de 1856.

(Gaceta de Guatemala, tomo II, números 78, 79, 80 y 81.)

(27) Historia de las naciones civilizadas de México y Centro-América durante los siglos anteriores a Cristobal Colon, escrita sobre documentos originales y enteramente inéditos, sacados de los antiguos archivos indígenas; 4 vols. grandes en 8º, Paris. Arthus-Betrand, editor calle de Hautefeuille, num. 21.

# Efemérides para escribir la historia de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala

Por el socio profesor
J. Joaquin PARDO

(CONTINUACION)

## 1720

*12 de Junio de 1720.*—El maestro de obras Diego de Medina, pide se le dé testimonio de haber dirigido en parte la obra de la ermita del Santo Calvario.

*21 de Agosto de 1720.*—Ante el escribano Mateo Ruiz Hurtado, los mayordomos y alcaldes de la Cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe, ceden a la del Señor San Lázaro, el predio donde habían iniciado la construcción de una ermita dedicada a la Virgen de Guadalupe, en 1709 y estaba "...en el remate de calle que sale de la Plaza Mayor, de oriente a poniente, para la Casa Mata de la Pólvora". La construcción no fué terminada, por falta de fondos, en 1713. Arruinóse en 1717, lo mismo que el hospital y templo de San Lázaro situados... "en el campo que llaman de Santa Lucía..." y debido a esto los hermanos de la cofradía de San Lázaro, pidieron autorización para hacer construir nuevo hospital, en sitio más cercano a la ciudad. Este dato pone en claro que el actual templo de San Lázaro, que hoy está en el Cementerio de la antigua Guatemala, no data del año de 1638, como ha sido consignado.

*24 de Noviembre de 1720.*—La real audiencia obedece la cédula de 9 de agosto de 1719, en que su majestad pide se le informe a cuanto montará el costo de la reparación del templo de San Sebastián.

*17 de Diciembre de 1720.*—El ayuntamiento, cede varias pajas del agua del río Pensativo, para riego de un alfalfal perteneciente al convento de Nuestra Señora de las Mercedes, redención de cautivos. Esta merced fué confirmada por auto del cabildo celebrado el 21 de junio de 1721.

## 1721

*10 de Enero de 1721.*—El ayuntamiento encarga al síndico Procurador, gestione ante la audiencia informe al consejo de Indias, la necesidad del establecimiento de Casa de Moneda.

*17 de Enero de 1721.*—El síndico procurador, solicita se dicten providencias para evitar la fabricación y venta de chicha en los pueblos y barrios de indios "por el daño que les hace..."

*21 de Enero de 1721.*—En vista de haberse "perdido" la semilla del trigo en las Mesas de Petapa, Valle de Mixco y de Chimaltenango, y estar agotadas las sementeras, mociona el síndico se proceda a la distribución de semillas "...nuevas", prohibiendo entre tanto, que mercaderes exporten en cantidades mayores, fuera de la provincia de Guatemala.

*21 de Enero de 1721.*—El presidente de la audiencia, recibe los autos y demás recaudos, relativos a la fundación y organización de la Casa de Moneda de México; estos documentos los reunió el ayuntamiento de la ciudad de Santiago. Los capitulares fueron del parecer se celebrara junta general, para formular el proyecto de erección de un cuño en Guatemala.

*4 de Febrero de 1721.*—El mismo ayuntamiento, quien estaba interesado en la fundación de una Casa de Moneda, sugiere que los oficiales reales, formulen cuadro en que conste la riqueza minera de las provincias del Reino, para que su majestad pueda juzgar la posibilidad de la erección de Casa de Moneda.

*6 de Febrero de 1721.*—Según las actas de cabildos celebrados por el ayuntamiento de la ciudad de Santiago, puede deducirse el estado de pobreza en que estaban los vecínos, como consecuencia de la falta del comercio con Perú, Nueva España y Habana. Por esta razón, el mismo ayuntamiento solicitó al obispo no cobrara diezmo sobre la carne, manteca, cueros y sebo, a lo cual accedió, dando órdenes a los Jueces Hacederos de Diezmos del obispado.

*7 de Febrero de 1721.*—El presidente de la audiencia, en vista que los vecinos del pueblo de San Juan del Obispo se oponían a que fuera ingerido en el acueducto de Santa Ana el agua del "Ojo de San Juan", pide informes detallados al respecto. El ayuntamiento, expuso que la ciudad de Santiago, se "...había ido hasta más allá del campo del Calvario...", lugar adonde —por ser alto— no llegaba el agua de San Juan Gascón y Pamputic y que por ello era indispensable la introducción del agua de San Juan del Obispo, "pueblo que está sobre la ciudad..."

*7 de Febrero de 1721.*—Desde 1719 quedó establecido el pago de tres pesos anuales, por derechos de cajones en la plaza mayor, destinada esta contribución a la conservación de empedrados y aseo de la misma plaza. Ahora solicitaban los dueños de "cajones, tendejones y sombras..." se les rebajara.

*11 de Febrero de 1721.*—A pesar de la protesta y oposición de los vecinos de San Juan del Obispo, el ayuntamiento de la ciudad de Santiago, ordena sea ingerida el agua "del ojo de San Juan" al acueducto de Santa Ana. Quedaron encargados de dirigir esta obra, el maestro de campo José Agustín de Estrada y Azpeita y el síndico Pedro Seberino López de Estrada.

*14 de Febrero de 1721.*—En vista que los frailes del convento de Santo Domingo, estan haciendo construir varias casas, sobre el lado izquierdo del camino que "...va a Petapa y frente a la ermita de Santa Inés..." dispone el ayuntamiento que el procurador de dicho convento, presente los títulos de la huerta de la Chácara, con el objeto de establecer "...si ésta no ha ocupado ejidos..."

*18 de Febrero de 1721.*—Los mayordomos de la cofradía de Jesús Nazareno de la Merced, piden al ayuntamiento que éste jure a dicha imagen "...por patrón de esta Muy Noble Ciudad..." Los capitulares acordaron "...por su patrón y abogado a dicha santísima imagen de Jesús Nazareno, para que sea en todas sus necesidades comunes de temblores, pestes, fuegos, agua y demas que puedan sobrevenir y la jura la hagan para asistir el martes santo, a la mañana, a su reseña en forma de ciudad..."

*20 de Febrero de 1721.*—El ayuntamiento informa a su majestad, haciendo constar el "buen proceder"... y recto gobierno del presidente Francisco Rodríguez de Rivas. Para rendir este informe, previamente se procedió al examen de testigos, para hacer constar que Rodríguez de Rivas, a su costa, reedificó varios templos, repartió fondos entre gente pobre, etcétera (terremoto de septiembre de 1717).

*28 de Febrero de 1721.*—En cabildo extraordinario, los alcaldes, regidores, síndico y demás oficiales del ayuntamiento, juran "dar asistencia todos los martes santos"... a la festividad o reseña de Jesús Nazareno del templo de las Mercedes.

*27 de Mayo de 1721.*—Los mayordomos de la Cofradía de San Lázaro solicitan al ayuntamiento la merced de medio real de agua, para poder iniciar la reedificación del templo y hospital destinado a los lazarinos.

*4 de Julio de 1721.*—El Ilmo Sor. Dr. Fr. Juan Bautista Alvarez de Toledo, obispo de Guatemala, dona al templo de los PP. Misioneros dos imágenes "...una de la pura y limpia Concepción de Nuestra Señora con el título de Madre de Huérfanos y Pobres y otra de Santa Gertrudis la Magna..."

*13 de Agosto de 1721.*—El ayuntamiento, en cabildo extraordinario obedece la cédula de 17 de noviembre de 1720, sobre que se proceda a informar a su majestad, si es conveniente la fundación del Convento de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, como lo han solicitado las monjas de Madrid.

*16 de Septiembre de 1721.*—El ayuntamiento es notificado del auto del fiscal de la audiencia, sobre que se proceda a calcular los medios existentes para sufragar la fundación del Convento de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza (Capuchinas) en la ciudad de Santiago.

*21 de Septiembre de 1721.*—Fallece el impresor, Alférez Antonio de Pineda Ibarra, hijo de José Pineda Ibarra. Testó ante el escribano Mateo Ruiz Hurtado. Tenía 56 años y fué sepultado en Catedral.

*14 de Octubre de 1721.*—El capitán Agustín de la Caxiga y Rada (quien estaba casado con una hija del Cap. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán), expone al ayuntamiento "...que mediante los encargos hechos por Su Majestad, pasó ha hacer ciertos tomos de Ystoria General de todo este Reyno de Goatemala que intituló Recordación Florida, cuyos tomos no se hallan en el archivo de este ayuntamiento, y porque no se pierdan y malogre trabajo tan importante, pidiése el señor síndico de esta ciudad censuras en lo eclesiástico, para que dichos tomos se restituyan.." El ayuntamiento, dispuso dirigir solicitud al obispo, para que fueran rescatados los tomos de la Recordación Florida que había dejado inéditos el historiador Fuentes y Guzmán.

*24 de Octubre de 1721.*—El ayuntamiento recibe carta de la Muy Rda. Madre Abadesa de las capuchinas de Madrid, solicitando licencia para la erección de un convento similar en la ciudad de Santiago. Acordóse elevar esta solicitud al Obispo, Deán y Cabildo Eclesiástico.

*31 de Octubre de 1721.*—Ante el ayuntamiento Fr. José de la Purificación, procurador general de la hospitalidad de Nuestra Señora de Belén, pide se proceda a informar a su majestad, el estado en que quedó el templo y hospital, con los terremotos de septiembre de 1717.

*24 de Marzo de 1722.*—Fray Damián de San Bernardo, religioso belemita, hace presentación al ayuntamiento de la ciudad de Santiago, de la patente librada por el Generalísimo de la Orden, sobre que continúe la gestión sobre recibir información de la vida y hechos del Hermano Pedro de San José Betancour. El Ayuntamiento nombró comisarios y procurador al Maestro de Campo José Agustín de Estrada y Azpeita, al Capitán Alejandro Antonio Pacheco y a José de Luna y Estrada.

*26 de Marzo de 1722.*—Auto del presidente de la audiencia, haciendo constar que el Pbro. Alonso de Osegueda, no está impedido para poder hacer postura y rematar el abasto de carne de la ciudad de Santiago.

*17 de Abril de 1722.*—En el seno del ayuntamiento es obedecida la real cédula de 27 de Agosto de 1721, mediante la cual queda prohibido el arribo de naves francesas a puertos de las provincias de Guatemala.

*24 de Abril de 1722.*—Queda terminada la pila pública construída "a las espaldas del convento de Santo Domingo", frente a la puerta de la Chácara.

*5 de Mayo de 1722.*—Fechado en Panamá a 19 de enero, el ayuntamiento recibe un pliego suscrito por el presidente nombrado Echévers y Subiza. Acordóse preparar el recibimiento que debía tributársele.

*4 de Julio de 1722.*—El Rdo. Padre Guardián del Colegio de Misioneros de Cristo Crucificado, otorga escritura ante el escribano Mateo Ruiz Hurtado, mediante la cual asigna sitio para la sepultura del Ilmo. Sor. Obispo Dr. Fr. Juan Bautista Alvarez de Toledo.

*28 de Julio de 1722.*—El síndico procurador del ayuntamiento de la ciudad de Santiago, hace constar la falta de moneda y, debido a ello, la carestía de víveres y géneros. Sugiere la conveniencia de gestionar ante el superior gobierno, la información sobre el establecimiento de una Casa de Moneda.

*27 de Agosto de 1722.*—Acuerda el ayuntamiento, que sólo asistirá a actos religiosos, en templos y conventos, cuando sea invitado expresamente por los prelados de las religiones.

*27 de Octubre de 1722.*—Juan Antonio de Urcilla, síndico procurador general de la ciudad, pone en noticia del ayuntamiento haber localizado dos ejemplares manuscritos del "Norte Político", obra del Capitán Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán. Uno lo entregó el Capitán Miguel de Uría y el otro está en poder del Maestro de Campo José Agustín de Estrada y Azpeita. Además, que el Capitán Uría, poseía los originales de la Recordación Florida.

*30 de Octubre de 1722.*—Expone el síndico procurador que varios vecinos, aquellos a quienes no se les permitió desocupar el valle de Guatemala, cuando la ruina de septiembre de 1717, están siguiendo información, con el objeto de hacer cargos al presidente Francisco Rodríguez de Rivas, en el juicio de su residencia. El síndico pide se informe a su majestad, que Rodríguez de Rivas "...a quien se le ha debido la restableción de esta ciudad y sus provincias y que puso su vida y que respecto a ser notorio y sus operaciones justas..." donó cantidades de dinero para la restauración de los templos.

## 1723

*26 de Febrero de 1723.*—El capitán Juan Batres, pide al ayuntamiento se proceda a dar más amplitud al callejón del Camarín de la Virgen de Nuestra Señora de las Mercedes, situado al oriente de este templo.

*16 de Marzo de 1723.*—El ayuntamiento da comisión al mayordomo de los propios de la ciudad, para que proceda a "...demoler las paredes que atajan la calle atrás del camarín" (De Ntra. Sra. de las Mercedes).

*6 de Abril de 1723.*—El alcalde Domingo de Retana, propone al ayuntamiento la introducción de agua al barrio de la Joya y se proceda a la construcción de una pila pública en dicho barrio. (A este barrio algunos historiadores le nombran de "Las Andaluzas", denominación que no aparece registrada en las actas de cabildos).

*17 de Abril de 1723.*—Don Antonio de Velasco, dueño que fuera de una de las imprentas que hubo en la ciudad, otorga poder para testar.

*20 de Abril de 1723.*—Real provisión en que consta el nombramiento de don José de Herrarte, para el cargo de Contador de Cuentas.

*27 de Abril de 1723.*—El alcalde ordinario de primer voto capitán Domingo de Retana, es comisionado para inspeccionar la construcción de unas casas, que don Bernardo Cabrejo está haciendo sobre la ribera izquierda del Río Pensativo, cerca del pueblo de San Juan Gascón. Esta vista de ojos, tenía por objeto comprobar si no causaba dicha obra, daños al acueducto y estrechaba el camino. Este dato, que a primera vista no tiene importancia, prueba que las ruinas que hoy pueden ser apreciadas al lado derecho del camino que de la Antigua Guatemala conduce a la capital, no son de la vivienda del Pbro. Juan Gascón, fundador del pueblo del mismo nombre, en 1545; como se ha pretendido.

*19 de Mayo de 1723.*—Registra el acta de cabildo, haber mortandad en la ciudad de Santiago, y sus barrios debido a la peste de viruela.

*25 de Mayo de 1723.*—El Rdo. P. Guardián del Convento de San Francisco, solicita al ayuntamiento licencia "...para hechar estrivos a la capilla del Señor San Antonio que se está haciendo de nuevo, con que quedaba asegurada y los vecinos más seguros..." Esta capilla, estuvo situada en la esquina sureste del convento. En cabildo de 4 de junio, se otorgó la licencia solicitada.

*12 de Junio de 1723.*—En el libro de defunciones correspondiente a la parroquia de Santiago (Parroquia del Sagrario), está una nota marginal, haciendo constar que en esta fecha, recibieron sepultura en catedral los restos humanos extraídos del templo del hospital de San Lázaro, que quedó en ruinas en 1717. Este templo no fué reconstruído en su primitivo sitio, es decir entre los pueblos de San Andrés Deán y San Bartolomé Becerra, sino al final de la calle que parte de la plaza mayor hacia el poniente, o sea donde en la actualidad está situado el Cementerio de la antigua Guatemala.

*20 de Junio de 1723.*—El Capitán Juan de Calderón, síndico-administrador de los bienes del convento de Santa Clara expone al ayuntamiento: "...que respecto estar para hacerse la obra de la iglesia y necesitar ocupar la plaza del Señor San Pedro con los materiales y sacar tierra, para las mezclas..." se le otorgó la licencia respectiva. El ayuntamiento accedió a ello, con la condición que dejará libre el paso en las calles inmediatas a dicha plazuela.

*23 de Julio de 1723.*—Fr. Damián de San Bernardo, religioso belemita, pide al ayuntamiento testimonio de todas las gestiones hechas por los comisarios y procurador del ayuntamiento, acerca de la beatificación y canonización del Hermano Pedro de San José Betancour.

*23 de Julio de 1723.*—El ayuntamiento se dirige al obispo, para que éste libre censuras eclesiásticas con el objeto de rescatar los originales de la Recordación Florida, obra escrita por el Capitán Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán.

*23 de Julio de 1723.*—El síndico procurador hace constar ante el ayuntamiento "...que para que haya memoria" se haga constar con todo detalle los hechos y actos de las determinaciones de los cabildos celebrados por el ayuntamiento de la ciudad de Santiago.

*27 de Agosto de 1723.*—En vista que desde septiembre de 1717 aún permanecían ranchos en la calle ancha de Santa Lucía, el síndico solicita al ayuntamiento se proceda a la demolición de ellos.

*27 de Agosto de 1723.*—Ante el ayuntamiento el Bachiller en Medicina Pbro. Bartolomé Lozano, solicita se le haga merced de un cuartillo de agua, en retribución a sus servicios.

*27 de Agosto de 1723.*—Acuerda el ayuntamiento elevar ante Su Santidad informe "...sobre las heróicas virtudes del Venerable Hermano Pedro de Betancour.." dando comisión al capitán Juan Antonio Colomo, para que extracte de todas las informaciones recibidas, lo más saliente.

*7 de Septiembre de 1723.*—El alcalde capitán Miguel de Uría, hace entrega al ayuntamiento de "...dos libros Ystoriales que izo el Capitán don Francisco de Fuentes para que se guarden en el archivo...". (Estos dos tomos manuscritos, están en el Archivo General del Gobierno).

*7 de Septiembre de 1723.*—Los pueblos del valle de Guatemala, son invadidos por plaga de chapulín.

*22 de Octubre de 1723.*—En el ayuntamiento es obedecida la cédula que prohibe el rediezmo.

*23 de Octubre de 1723.*—A solicitud del síndico procurador, el ayuntamiento confirma por auto el patronato que tiene en el convento de la Inmaculada Concepción de María.

*9 de Noviembre de 1723.*—Expone el ayuntamiento al presidente sea puesta en vigor la cédula que autorizó al virrey de México, el establecimiento del cobro del diezmo sobre plata "..hasta que su majestad otra cosa fuere muy servido determinar...".

*20 de Noviembre de 1723.*—En cabildo extraordinario es vista la propuesta del obispo Dr. Fr. Juan Bautista Alvarez de Toledo, en que cede ciertas casas que adquirió en la suma de 8,000 pesos al convento de la Concepción, con destino a la fundación de la Casa de Recogidas. La cesión que hacía el obispo, de dichas casas, era para que en ellas se fundara el convento de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza (Capuchinas), bajo la protección del ayuntamiento.

*23 de Noviembre de 1723.*—Expone el síndico que siendo Santiago Apóstol el patrón de la ciudad, desde el año próximo sea restablecida la festividad en su honor.

## 1724

*15 de Febrero de 1724.*—Recibe el ayuntamiento carta del presidente nombrado Antonio Pedro de Echévers y Subiza, anunciando su próximo arribo.

*15 de Febrero de 1724.*—El ayuntamiento manda dar cumplimiento al auto de la audiencia, sobre el cobro y administración de bienes de comunidades en pueblos de indígenas del Valle de Guatemala.

*4 de Marzo de 1724.*—El Pbro. Gregorio de Retana, es nombrado capellán de la real audiencia.

*11 de Marzo de 1724.*—Fr. Andrés de la Purificación, de la Congregación de Nuestra Señora de Belén, solicita al ayuntamiento la calle y solar "...que está junto a su convento y Beaterio de Beatas de su religión, calle que va a la iglesia de la Santa Cruz... junto a la puente que está en la esquina de dicho su convento...". Esta calle y solar, lo solicitaba para dar amplitud al Beaterio de Beatas.

*30 de Marzo de 1724.*—El ayuntamiento autoriza al convento de Belén, incorpore y cerque el solar (adquirido el 22 de junio de 1667, ante el escribano Juan Antonio de Sauza) al Beaterio de Beatas de Belén.

*9 de Mayo de 1724.*—En vista de la carestía de productos y falta de moneda, de nuevo el ayuntamiento pide al superior gobierno gestione ante su majestad la autorización para fundar una Casa de Moneda.

*9 de Mayo de 1724.*—El procurador de causas del convento de Santo Domingo, Manuel de Porres, presenta querella contra don Bernardo Cabrejo "...porque los molinos que tiene dicho convento, que muelen con el agua del río Pensativo, la ataja don Bernardo Cabrejo, para el ingenio en que está fabricando fierro, de que se le sigue perjuicio a dichos molinos.." El ayuntamiento, mandó hacer inspección de la obra de los molinos de hierro, situados en la hacienda de Cabrejo.

*15 de Mayo de 1724.*—Exposición del síndico ante el ayuntamiento, haciendo constar "...que en órden a que se celebre al Señor Santiago Patrón de esta ciudad, como ha hecho antiguamente, por estar perdida esta costumbre y se execute como antes en lo de adelante..." La festividad de Santiago quedó en suspenso desde el año en que fue alzado el Estandarte Real, jurando como monarca a Felipe II, transfiriéndose con tal motivo al 22 de noviembre, día en que se conmemoraba la derrota de las huestes indígenas (22 de noviembre de 1526) y no porque en esta fecha hubiera sido trazada la ciudad de Santiago en el Valle de Panchoy, como equivocadamente ha sido consignado.

*23 de Mayo de 1724.*—Acuerda el ayuntamiento rogativa pública ante la imagen de Jesús Nazareno "...que está en el Convento de Nuestra Señora de las Mercedes... para que libre de la langosta y enfermedades a los de esta ciudad..."

*27 de Mayo de 1724.*—En cabildo extraordinario el ayuntamiento es notificado del auto "...de su Señoría dicho Señor Presidente, en órden a que el Señor Santiago se celebre como Patrón... con las solemnidades y circunstancias que expresa dicho auto..."

*(Continuará)*

# Nota Bibliográfica

*LATIN-AMERICAN CIVILIZATION, Colonial Period, by Bailey W. Diffie. Stackpole Sons, Harrisburg, Pa., U. S. A., 1945. 764 páginas. Indice, 47 páginas. Ilustrado con 47 retratos. Dividido en tres libros y un prólogo.*

El autor en el prólogo, agradece la cooperación que le han prestado para esta obra un sinnúmero de personas y bibliotecas, especialmente de la América del Sur.

Toda la obra contiene referencias a innumerables historias y citas de autores de reconocida fama, y cuyas obras son bien conocidas. Por consiguiente, este libro está muy bien documentado en todo lo que se refiere a la historia colonial, según se desarrolló en el Continente Americano.

Forzosamente el autor ha tenido que hacer un breve relato a la historia precolombina para poder tener una base sobre la cual descansar sus opiniones. Además, reseña con gran acopio de citas, la historia de las civilizaciones de Portugal, España, Italia y aun de Inglaterra, que fueron los países que más influyeron en el descubrimiento y la conquista del Continente Americano. Muy interesante es la parte que se refiere a los destacados navegantes y descubridores de dichos países que emprendieron viajes hacia el Asia, India y la China, y que fueron los que encendieron la tea para las ambiciones de nuevos descubrimientos, no importando el rumbo. Todo lo cual resulta interesante.

Para el estudio de la historia colonial en la América Latina, el autor divide en dos grandes épocas su estudio: la primera, que se extiende desde las postrimerías del siglo XVI, abarcando la fusión parcial de las razas y culturas indígenas, europeas y negroides. La segunda, abarca la evolución de dicha fusión cultural y razas, hasta las guerras de independencia latinoamericanas.

La mayor parte de esta obra voluminosa se refiere naturalmente a las grandes parcelas de México, Brasil, Perú, Ecuador y Chile, la Argentina, y otros países de la América del Sur; en cuanto a la América Central apenas someramente hace referencias a ella. Sin embargo, cita al Popol Vuh y los libros de Chilam Balam como autoridades de las leyendas y tradiciones de los indígenas y se detiene con bastante amplitud sobre la civilización que desarrollaron los mayas — localizada en Guatemala y en Honduras — citando autores de todos conocidos sobre esta civilización de los mayas. Nota interesante es la que dice que los aztecas, teniendo también una escritura pictográfica, sin embargo era mucho más comprensible que la de los mayas que no se ha podido interpretar.

Habla de la América Central como muy importante en todo tiempo de la conquista, y fuente para surtir y lograr la conquista del Continente Sudamericano, que sin ello no hubiera podido lograrse, sin las bases en la América Central y las islas del Caribe.

Dice el autor que la historia de la conquista de la América Central es demasiado compleja para poderla citar minuciosamente, pero sin embargo se deduce que se logró por el hecho de que los españoles pelearon unos contra otros para lograr tierras y riquezas, de un modo tan feroz como lo hicieron contra los indígenas.

Rebate con cifras y documentos las muchas veces citadas cifras de los millones de indígenas que habitaban el Continente Americano. Esta parte del libro es sumamente interesante, por contener puntos de vista novísimos y hasta ahora poco estudiados. Dice el autor que aunque en muchas partes de la América los indígenas habían progresado notablemente en la agricultura, pero no conociendo el arado ni los animales domésticos — con excepción de la llama en los Andes—, bien puede tenerse como un hecho que el hambre en toda época fué el mal básico, social y económico. Al llegar los españoles, portugueses e ingleses, su primer empeño fué en cultivar tierras para el sostén de los habitantes y miles de españoles se dedicaron a esta labor y a la minería. El autor asimismo desvirtúa lo que se ha escrito sobre el enorme botín en metales que encontraron los españoles, que en verdad no fué tan copioso, en comparación de lo que después sacaron los españoles de las minas, y no de lo que saquearon a los indígenas. Además habla el autor sobre la lucha de europeos contra indígenas y cita una fase que no han tomado en cuenta los historiadores, es decir: el hecho de emplear grupos de indígenas, unos contra los otros, que hoy día según dice él, se conocería como "la Quinta Columna". Por supuesto también contribuyó mucho la degeneración de los indígenas y el poco adelanto de todas las ramas de la cultura, y aprecia que la contribución de la cultura europea fué muy superior a la indígena que encontraron los conquistadores. Cita como importantísimo la fusión de la religión pagana con la española, que formó un gran eslabón de la política colonial, y juzga que a la Iglesia Católica española debiera agradecérsele enorme influencia civilizadora. Se extiende copiosamente sobre todas las fases civilizadoras de la iglesia, pero asimismo tiene palabras duras para muchos del clero que al llegar a la América olvidaron sus santos votos, especialmente el de la castidad.

Desde el momento de la conquista, los españoles se creyeron dueños y señores de las tierras que se adjudicaron en nombre de la cruz, y desde este momento la religión apostólica cristiana tomó posesión y se creyó dueña de todos los habitantes de América.

Habla el autor de las encomiendas y repartimientos, cuyos sistemas se trasladaron a la América para poder afianzar el control español sobre los indígenas y las tierras de éstos. Menciona los cultivos que introdujeron los españoles, y el gran desarrollo agrícola, comercial y cultural que con el tiempo se evolucionó.

Cita a las diferentes razas que tuvieron influencia en las razas de hoy día en el Continente, y hace hincapié en la raza negroide que se importó primeramente para trabajar en las minas y en la América del Sur, especialmen-

te en el Brasil, se desarrolló allá enormemente, y cuya fusión con los indígenas y los blancos tomó enormes proporciones, a tal grado que probablemente el Brasil hoy día es el país en donde la distinción racial es casi nula.

Lo principal en esta obra es la referencia que hace de la agricultura y el desarrollo de la cultura mestiza. Sin embargo, en varias partes se repite sobre el mismo punto y la misma época; pero en todo y por todo, la obra merece elogio, tanto por su interés histórico étnico y las fases de un período del cual todos los autores hasta la fecha han tenido el mismo punto de vista, y que el autor ahora señala con otras fases: el menor número de habitantes de la América a la llegada de los españoles; lo mucho superior de la cultura española; la pobreza de los cultivos precolombinos; la poca altura que alcanzó la civilización precolombina con pocas excepciones parciales, aún juzgada bajo el punto de vista de una civilización completamente foránea a la que introdujeron los conquistadores.

En cuanto a Guatemala, hace mención de los historiadores Bernal Díaz del Castillo y Bartolomé de las Casas, y reproduce el retrato de Pedro de Alvarado, cuyo original retocado se encuentra en la municipalidad de la ciudad de Guatemala.


TIPOGRAFIA NACIONAL
GUATEMALA